



J. A. PAGAZA

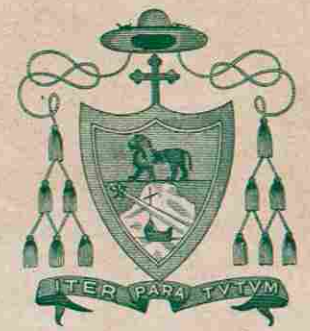
POESIAS



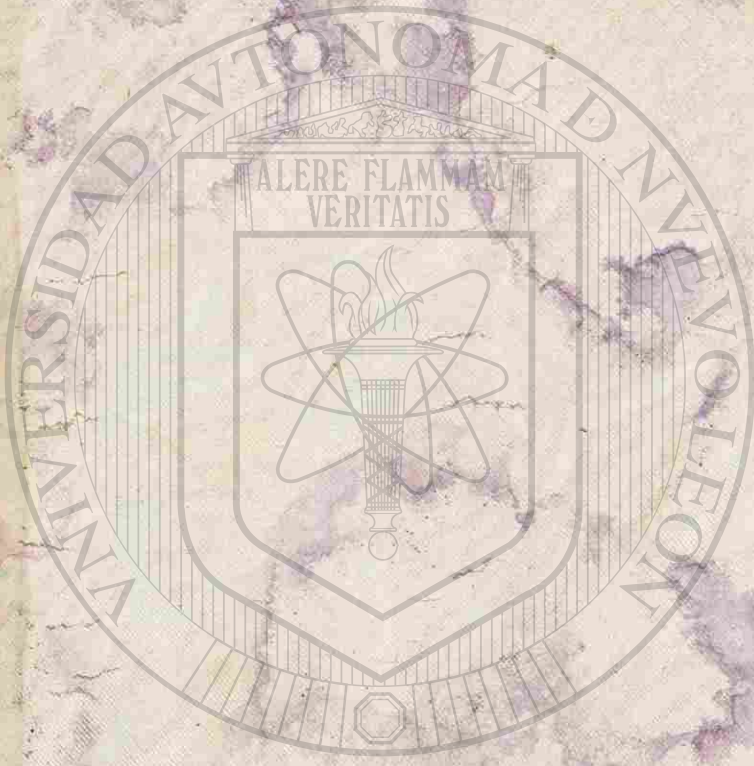
PQ7297
.P25
M8

02670





EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MURMURIOS DE LA SELVA

ENSAYOS POÉTICOS

POR DON JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA

PREBENDADO EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE MÉXICO,
INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA MEXICANA Y CORRESPONDIENTE EXTRANJERO
DE LA REAL ESPAÑOLA.

CON PRÓLOGO

ESCRITO

POR DON RAFAEL ÁNGEL DE LA PEÑA

Secretario perpetuo
de la Academia Mexicana é individuo correspondiente
de la Española.



MÉXICO

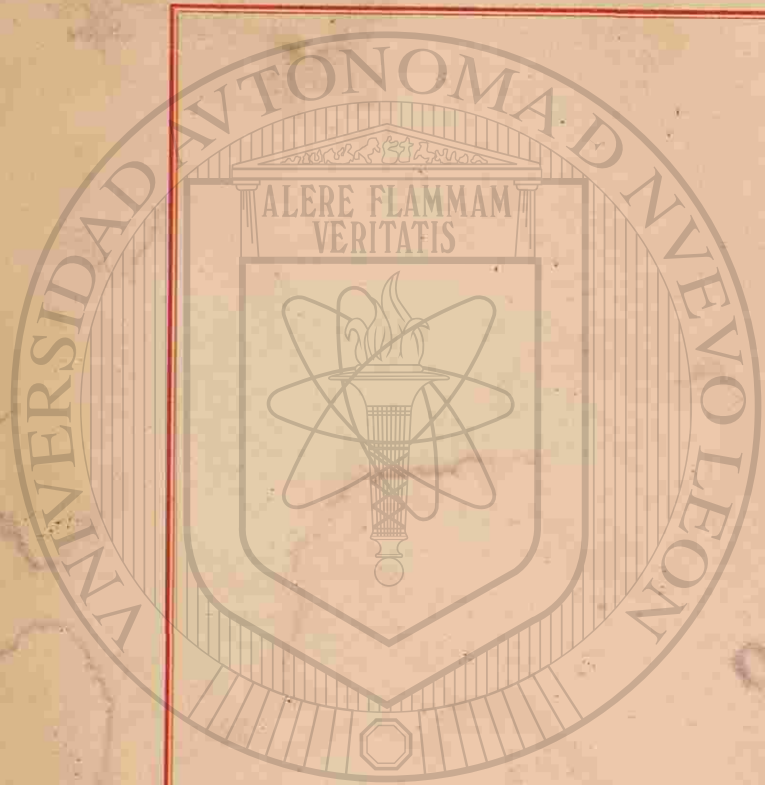
IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON
Calle de Lerdo N.ºm. 3.

1887



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez 40051



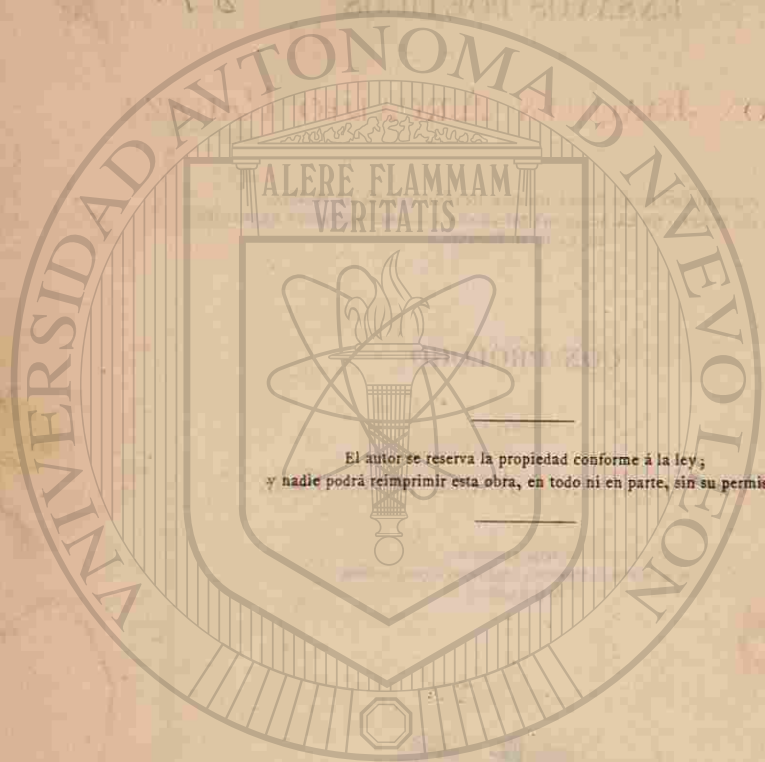
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PG 7297

P25

M8



El autor se reserva la propiedad conforme a la ley,
y nadie podrá reimprimir esta obra, en todo ni en parte, sin su permiso.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

Este libro que publica el Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza con el título poco ambicioso de ENSAYOS POÉTICOS, producirá según yo pienso, dos grandes bienes: hará renacer la afición á la poesía pastoril, poco ó nada cultivada, é inspirará el deseo de conocer los grandes modelos de la literatura latina y también los de la griega.

Con insistencia se viene diciendo por críticos de nota que pasó ya el tiempo de la poesía bucólica, y que no se escucharán más el caramillo ni la avena que Títilo y Melibeo tañeron en días lejanos á orillas del Mincio.

Hasta se ha llegado á enseñar que si la poesía bucólica ha de volver á nueva vida, es necesario romper los moldes antiguos, aquellos mismos en que vaciaron Teócrito y Virgilio las más bellas creaciones de su numen. Mas con ser tan respetable quien ha pronunciado esta sentencia, creo que es lícito apelar de ella ante el tribunal de crítica más sana y de gusto más acendrado. No es doctrina incontrovertible la que enseña que no son ya del dominio de la poesía los asuntos cantados en églogas ó idilios. Ya se pare la consideración en el teatro donde pasan las escenas de la vida campestre; ya se mire á los personajes que en ellas figuran, ó bien á los sentimientos que los mueven, siempre podrá

602670

dar cuerpo y realidad á bellezas de primer orden el poeta que apacienta su espíritu con la contemplación de la Naturaleza.

El sosiego de los campos, la serenidad del cielo, la fragancia de las flores, el canto no aprendido de las aves, serán raudal in-exhausto de inspiración de donde manen á la continua la dulce paz del alma y la plácida alegría. ¿Y quién negará que todo ello fertiliza á los ingenios, que por inclinación de su estrella, han nacido para cantar la vida tranquila del campo? Sin embargo, algunos críticos malhumorados reputan este linaje de poesía frívolo y baladí; y otros, ahondando más en esta cuestión, juzgan que el poeta ha de ser intérprete de las ideas y sentimientos reinantes en su época; y que tales ideas y sentimientos si bien se hallan en todos, no tienen en todos la claridad, intensidad y viveza que en la mente inspirada del poeta, foco donde convergen los haces de luz que parten de otras inteligencias menos favorecidas. De donde se colige que el poeta ha de darles forma, y que de ésta es dueño exclusivo; mas por lo que toca á la materia, tiene que recibirla según su grado de universalidad y trascendencia, ya de la humanidad, ya de su raza ó bien de su nación, y aun habrá casos en que el asunto escogido tenga color todavía más local. Si no se atempera á las exigencias de los tiempos, y si su lira produce sonos desusados, nadie querrá oírle, ó no será comprendido cuando por ventura haya alguien que le escuche. En este caso piensan muchos que se halla el poeta bucólico, que cuenta cómo pastores que viven sólo en la fantasía, cantan sus amores, lloran la muerte ó los desdenes de su amada, ó bien compiten en alternado canto, y apuestan como premio al vencedor, quién un vaso ó una copa, y quién una oveja ó un cayado.

Se dice asimismo que el asunto es tan pobre, que á poco queda ya agotado, y por cortas que sean las producciones de este género, resultan monótonas; y sus autores se ven en el caso, ya no de imitarse, sino de copiarse unos á otros. Sin embargo, no son tales estas consideraciones que nos autoricen á rehusar á los poetas bucólicos un lugar en el Parnaso. Las églogas y los idilios son verdadera poesía, y ni el transcurso del tiempo, ni la mudanza en tendencias, aficiones y gustos, podrán destruir la belleza interna y esencial que hay en esta clase de composicio-

nes. Porque no es la belleza algo puramente subjetivo que varía con el sentir de los hombres; si así fuera, nada habría verdaderamente bello, toda belleza sería relativa; y así como de no aceptar una verdad absoluta es necesario negarlas todas, y de no admitir una bondad absoluta, es preciso negar todo bien; de la misma suerte, de no confesar la existencia de una belleza eterna y absoluta, de la cual son participación é imagen todas las cosas bellas, será menester conceder que nada hay real é intrínsecamente hermoso. El universo entero con sus armonías maravillosas y sus leyes imperturbables, es la expresión del pensamiento y la realización de la idea de su artífice, idea y pensamiento que deben considerarse como prototipo invariable de la belleza.

La belleza ontológica, que es esencialmente objetiva, es inseparable de la verdad y de la bondad. En el orden intelectual no es bello lo que no es verdadero, y en el orden moral tampoco puede ser bello lo que es intrínsecamente malo. El error y el mal son deformidades que no se compadecen con la belleza. En el Sér Absoluto, Verdad, Bondad y Belleza son cosas idénticas; sin embargo, esto no obsta para que sean distintos sus conceptos y para que correspondan á facultades distintas de nuestro espíritu: entendemos lo verdadero, amamos lo bueno y nos gozamos en lo bello.

Los griegos, siguiendo sin duda las doctrinas de Platón, emplearon como sinónimas las voces *καλός* bello, y *αγαθός* bueno, y aun de las dos formaron una sola *τό καλοαγαθόν*; por lo que mira á la verdad, es cosa universalmente reconocida que es bello lo verdadero. Sin embargo, Rousseau pensaba que *lo bello es lo que no es*. La antinomia que se advierte entre estas dos doctrinas nada más es aparente. Aunque en el mundo real hay bellezas que contemplamos arrebatados de admiración, no están exentas de defectos; más allá de lo real está lo ideal, y lo ideal es el tipo de la perfección en cada orden de cosas. Es ministerio del arte purificar la naturaleza de todas sus imperfecciones, y después de purificada, hermosearla y magnificarla. Acontece en el orden estético lo mismo que en el geométrico; la verdad no existe fuera del espíritu, está dentro de él; no es verdadero círculo el que ha construido el artífice, sino el que ha concebido y defi-

nido el géometra; y de la misma suerte el tipo de la perfección, que es la verdad estética, no se ha de buscar en el mundo real, en donde se combinan, y mezclan, y entreveran lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, sino en las creaciones del genio, ó como enseña uno de los mayores críticos modernos, en la vida y desenvolvimiento del espíritu. En este sentido, lo bello es lo que no es, lo que no existe en el mundo real; pero que vive con vida maravillosa en el mundo de las ideas, cuyos horizontes son más extendidos y están iluminados por luz más casta y más intensa. En este sentido puede afirmarse que la verdad que el arte busca y hallada realiza, no se encuentra en lo real, sino en lo ideal; pero lo ideal no es lo quimérico, ni lo contradictorio, ni lo inconcebible. Los ámbitos inmensos del ideal, dentro de los cuales vive é impera el arte, están limitados por el concierto y armonía que ha de haber entre lo real y lo ideal; pues lo segundo no destruye á lo primero, antes lo acendra y lo ennoblece, corrigiendo las imperfecciones inherentes á lo bello natural, que descubre y señala Hegel en su profundo tratado de Estética.

Los grandes ideales son propiedad exclusiva del genio; son á manera de revelación que los espíritus privilegiados reciben de la inteligencia suprema durante arrobos inefables. Mas como los ideales humanos al cabo sólo son participación y como tenue reflejo del ideal soberano, varía su grado de perfección con el grado de luz, de intensidad y elevación que le comunica la inspiración individual, que no en todos puede ser la misma. Platón, en uno de sus diálogos, que traduce en parte el Sr. Menéndez Pelayo en su admirable historia de las Ideas Estéticas en España, enseña que las mejores obras humanas «sólo se hacen «por cierto furor, manía ó delirio que los dioses nos infunden.» Y según él manía es también «μανία» la inspiración poética que «instruye á los venideros de los hazañosos acontecimientos de «los pasados. Quien sin ese furor se acerque al umbral de las «Musas, fiado en que el arte le hará poeta, verá frustrados sus «anhelos, y comprenderá cuán inferior es su poesía dictada por «la prudencia á la que procede del furor concedido á nosotros «por los dioses inmortales para nuestra mayor felicidad.»

Las obras de arte entre las cuales ha de contarse la poesía, toman su belleza, no sólo del ideal de que son trasunto, sino de

la perfección con que han sido ejecutadas, y del instrumento que ha servido para la ejecución. Esta última se reputa perfecta cuando es copia fiel del ideal, y por esto piensan muchos que en las obras de arte la belleza estriba en la imitación. Mas aunque es muy intenso el placer que nos proporciona la imitación perfecta, no consiste en ella la *quididad* ó esencia de lo bello, es sólo el medio de trasladarlo al mundo real. De otra suerte, la reproducción de lo feo llegaría á ser una obra hermosa, y tanto más hermosa cuanto fuera más fiel.

¿Y cómo pudiera concebirse que siendo el original feo fuera bella la copia, cabalmente por asemejarse á un tipo de fealdad? Ideas tan radicalmente falsas conducirían á monstruosos absurdos. Preciso sería admitir que las obras de arte tanto más deleitan y enamoran, cuanto más se acercan á cosas que en sí mismas consideradas desplacen y aún repugnan, lo cual nos lleva derechamente á ese realismo escueto y descarnado que desdén todo trabajo de selección, que todo lo reputa bueno con tal de que sea real, y acota los dominios del arte encerrándolos dentro de los términos poco retirados de lo existente. Si la fealdad suele combinarse con elementos estéticos, es para poner de resalto bellezas que de otra suerte serían menos advertidas. El egoísmo y apocamiento de Paris realza y pone en su punto el valor y heroísmo de Héctor, así como la deformidad de Polifemo acrece la gracia y belleza de Galatea. Téngase además en cuenta, que á veces se confunde con lo feo lo que pone en nuestro ánimo espanto ó pavor. En este caso se halla la terrible desventura de Laoconte cantada por Virgilio, y perpetuada además en mármoles y bronce. Aun concediendo que en ese espectáculo haya algo que pueda llamarse feo, es objeto del arte, no por ser feo, sino por ser terriblemente sublime, y la sublimidad se ha considerado como un género de belleza.

¿Mas qué ideal ha realizado la poesía pastoril, para asegurarse juventud perenne y eterna hermosura? Bien considerado este género de poesía, se advierte que el más importante de sus elementos estéticos es un elemento ético, es una especie de *sófrosyne* que consiste en el equilibrio casi perfecto de afectos y pasiones hasta donde lo sufre el ideal humano; porque no ha de crearse tampoco un ideal que destruya el concepto de hombre,

y que por esto mismo venga á ser algo quimérico y contradictorio. Tal equilibrio va acompañado de esa ecuanimidad que resulta, no tanto del temple elevado del espíritu, cuanto de la tranquilidad de la vida pastoril, raras veces expuesta á grandes mudanzas como las que llora Melibeo, desposeido de su heredad por un bárbaro soldado. Con la ecuanimidad van juntas la serenidad y apacibilidad de ánimo, y un gozo suave y delicado que labra la dicha de esa vida, cuyos días corren felices en medio de ocupaciones campestres y de inocentes pasatiempos. Téngase además en cuenta que de ordinario andan concordes el estado del ánimo y el de la naturaleza: no hay grandes tempestades ni en el alma de los pastores, ni en su cielo azul y sereno; las claras y tranquilas aguas de los arroyos semejan la limpieza y tranquilidad de su conciencia, y la belleza de las zagalas compite con las de las flores, y aún les hace ventaja. Esta armonía del orden moral y del orden físico; esta correspondencia entre el estado del alma y el de la naturaleza, reúne en feliz consorcio dos órdenes de bellezas, que juntas forman el ideal de la felicidad por todos anhelada, y que según pensadores profundos, es el sello que distingue á una obra de arte. El poeta bucólico que canta los goces puros y sencillos de tal género de vida, produce notas que escuchan todos con fruición inefable, porque llevan la paz al espíritu, y conciertan el alma agitada por pasiones tumultuosas. ¿Quién no habrá codiciado en medio de los placeres ó de los sinsabores de grandes ciudades y de cortes fastuosas, el retiro y sosiego de los campos? ¿Quién no lo habrá envidiado al escuchar la lira del poeta venusino, que viviendo en la ciudad por antonomasia y en la corte del monarca más poderoso de la tierra, llama feliz al agricultor que labra con bueyes propios los campos heredados de su padre? No hay que distinguir ni de tiempos ni de lugares, para afirmar sin temor de ser desmentido, que la poesía pastoril siempre ha satisfecho una necesidad de nuestra alma, y siempre «ha correspondido á algún estado general del espíritu.» Pero esa necesidad nunca se ha sentido más que en nuestros días. Hoy que todo género de actividad agita el espíritu y lo fatiga hasta agotar su energía; hoy que la inteligencia apura todos sus recursos para poner en ejercicio y aprovechar por maravillosos procedi-

mientos las fuerzas de la naturaleza por largos siglos ignoradas ó apenas vislumbradas; hoy, por último, que todo linaje de pasiones, y mayormente las políticas y religiosas, conmueven hondamente y sacuden con desusada violencia todo nuestro sér; hoy, sin duda, necesitamos más que nunca de un género de poesía que ponga en nuestro espíritu afectos tranquilos, sentimientos tiernos é imágenes risueñas, y que tenga eficacia para devolver al alma, siquiera sea momentáneamente, la paz turbada por tantas y tan diversas causas de agitación, proporcionándole algunos instantes de reposo después de rudo y afanoso trabajo.

Los poetas bucólicos más admirados y más imitados han pasado su vida en las cortes de los reyes ó en medio de los campamentos; asordados á veces por el estruendo de las armas y rendidos á su peso; y á veces regalados por las delicias de una vida muelle ó hastiados de intrigas cortesanas. Sin duda sintieron la necesidad de respirar ambiente más puro, y en la poesía creada ó cultivada por ellos buscaron descanso á su espíritu fatigado y honesto esparcimiento, que remediase la desazón y desconsuelo que dejan placeres demasiado intensos, aunque fugaces. Así vemos que Teócrito floreció en Siracusa y cantó la gloria de Ptolomeo; Virgilio vivió en la corte de Augusto; Calpurnio en la de Diocleciano; Tasso fué llamado por Alfonso II de Ferrara; Figueroa y Garcilaso siguieron las banderas de Carlos V; Meléndez Valdés figuró en el reinado de Carlos III y Madame Deshouliers en el de Luis XIV.

Ni se han de tener por indignas de la poesía aquellas escenas casi infantiles, que no han vacilado algunos en llamar verdaderas inepeias. Porque no es inepeia poner de bulto la inocencia, el candor, la sencillez y pureza de almas incontaminadas y limpias, tipos de belleza moral. Y esto sin contar que la narración de tales hechos no está descarnada y escueta, sino hermoseedada con imágenes y descripciones que dan al asunto una entidad que por sí mismo no tenía. De esta suerte, si dos pastores rivalizan en el canto, apuestan objetos que son maravillas de arte y cuya descripción nos deleita; tal es la que hace Teócrito de un vaso en uno de sus idilios y la que presenta Virgilio también de vasos en su Égloga III. Ciertamente es que las escenas de la vida pastoril no ofrecen aquel interés que despiertan el conflicto de

las pasiones y la variedad casi infinita de lances cuya exposición suspende el ánimo y mantiene viva la atención; mas cabalmente éste es el mérito de la poesía bucólica nacida para solaz y sosiego del espíritu, y no para estímulo de pasiones desmandadas, ni para esfuerzos de atención que fatigan la inteligencia. Los sucesos cuya urdimbre forma la vida pastoril, aunque faltos de complicación y trascendencia, son sin embargo poéticos, con tal de que sean tratados poéticamente. «La poesía, dice el profundo crítico é insigne humanista D. Miguel Antonio Caro, es una manera ideal y bella de concebir, de sentir y de expresar las cosas; por manera que la esencia de la poesía es siempre una misma, si bien la esfera en que se ejercita es inmensa. Cada género de poesía es la aplicación de las facultades poéticas á determinado campo; por lo cual no es razonable fallar que en el siglo presente ó en el futuro no ha de cultivarse sino tal género de poesía, la científica v. gr., pues no hay motivo para estrechar ni localizar la jurisdicción del poeta. Buena fué, es y será siempre la poesía, siendo poesía.» A idéntica conclusión llega el Sr. D. Juan Valera, que pone término á profundas y luminosas consideraciones con estas palabras: «Infiérese de aquí que todo asunto es poético como pase por el prisma hechicero de la poesía, como le trate poéticamente el poeta.» Tales enseñanzas consueñan con las doctrinas de Hegel. Este profundo y admirable pensador dice: «El arte que se expresa por la palabra, ya se mire á la sustancia, ya á la forma de las representaciones, abarca un campo inmenso, más vasto que el que pertenece á las otras artes. Todos los objetos del mundo moral y de la naturaleza, los acontecimientos, las historias, las acciones, las situaciones físicas y morales entran en el dominio de la poesía y consienten ser tratados por ella.» Y hablando más particularmente de la poesía descriptiva, enseña en otro lugar, que ofrece mayor interés cuando acompaña sus cuadros de la expresión de los sentimientos que pueden excitar el espectáculo de la naturaleza, la sucesión de las horas del día, de las estaciones del año, ó una colina cubierta de árboles, un lago, un arroyo que murmura, un cementerio, una aldea agradablemente situada, en fin una cabaña. Admite, lo mismo que el poema didáctico, episodios que le dan una forma más animada, particularmente cuando pinta

las emociones y sentimientos del alma, una dulce melancolía ó pequeños incidentes tomados de la vida humana en las escenas inferiores de la existencia. Finalmente, para que un asunto sea poético quiere Hegel que sea presentado artísticamente por la imaginación, y que la expresión poética añada á la inteligencia del objeto una imagen, que aleje la comprensión puramente abstracta, y ponga en su lugar una forma real y determinada. Así es como los verdaderos poetas han rodeado de encanto indefinible incidentes insignificantes de la vida pastoril, ó hechos tan comunes que á la continua se verifican. ¿Qué suceso habrá de menor trascendencia que la pérdida de un manso? Y sin embargo, ha dado asunto á uno de los sonetos más bellos que se han escrito en lengua castellana. Así también nada hay más común que llorar la muerte de una persona querida; pero no es común expresar tamaña pérdida, con el hondo sentimiento de amor y de ternura que muestra el pastor Nemoroso cuando prorrumpe en estas quejas:

«¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
«Cuando en aqueste valle al fresco viento
«Andábamos cogiendo tiernas flores,
«Que había de ver con largo apartamiento
«Venir el triste y solitario día,
«Que diese amargo fin á mis amores? 1

Tampoco ha de pensarse que la poesía pastoril es pobre de asuntos y de formas. Por monótona que parezca la vida del campo, pueden variarse indefinidamente los cuadros de la naturaleza, y los incidentes que nacen de las pasiones, afectos é intereses propios de los campesinos. Y así lo ha hecho Gesner entre los modernos. El idilio XVIII de Teócrito, las Eglogas IV y VI de Virgilio, así como los cantos fúnebres de Bion y el Aminta del Tasso, prueban que en este género de poesía caben todos los otros; desde el poema épico hasta la comedia. El poeta siciliano cantó la gloria de Ptolomeo; Virgilio con acento profético y tono ditirámico anuncia que al advenimiento de nueva progenie bajada del cielo, va á mudarse el haz de la tierra y á renacer la

1 He tomado esta observación y los versos que la comprueban de un discurso pronunciado en la Real Academia Española por el Sr. D. Antonio María Segovia.

edad de oro por todos suspirada. No hay, pues, razón para proscribir un género de poesía, que, cuando menos, tiene el mismo derecho que los otros, para ser aceptado como una de las manifestaciones más genuinas del arte, y como uno de los medios más apropiados para realizar la belleza por medio de la palabra.

Entre nosotros y en nuestros días poetas insignes han consagrado á él sus ocios, enriqueciendo la literatura patria con joyas de muy subido precio. Uno de ellos es Ipanandro Acaico, que ha puesto en nuestra lengua los bucólicos griegos. No soy yo quien pueda tasar el mérito de esta versión elogiada dentro y fuera de la República por los próceres de la Literatura; tampoco sería esta ocasión oportuna de avalorarla. El otro poeta bucólico es Pagaza, autor del presente libro, en donde hay versiones parafrásticas y traducciones fieles; hay asimismo imitaciones y hay poesías originales.

Pagaza, por su natural mismo, ha nacido para admirar y amar la naturaleza y gozarse en sus bellezas, y por esto su vena poética corre siempre fácil, rica y espontánea. Su poesía es poesía de veras; no es postiza como esa que se hace consistir en adornos sobrepuestos y en afeites retóricos. Siente amor intenso á la naturaleza, la observa casi con la misma atención que el naturalista, como si quisiera descubrir no sólo sus bellezas, que es lo que el poeta busca, sino sus más recónditos secretos y sus leyes más ocultas. Y como largos años de su vida ha pasado en la soledad de los campos, ocupado en conducir su mística grey á prados donde reina perenne primavera, su tarea cotidiana ha sido la observación profunda de la naturaleza, la contemplación extática de sus bellezas y el estudio del corazón humano aun no contaminado por el refinamiento de una civilización sensual, ni pervertido por las demasías é intemperancias de una ciencia tan descreída como soberbia.

Y grandes enseñanzas ha de haber logrado en el sosiego de su retiro, cuando en su bellissimo romance á Liranio exclama:

¡Ah! te aseguro, Liranio,
Que allá en las aulas austeras
No aprendí lo que Natura
En estos campos me enseña.
En cada fuente que brota

Y cuyas ondas inquietas
Huyen, saltando en las guijas,
Sonoras, blandas y amenas;
En cada flor que á la anhora
Remeciéndose despliega
Sus pétalos, alardeando
De su fragancia y belleza,
Y que en sudario á la tarde
Sus propias galas se truecan
Y viene el aura gimiendo
De su tallo á deponerla;
En cada hierba que nace,
Y en cada fronda que rueda,
Liranio, encuentro motivos
De reflexiones muy serias.

Así es que la naturaleza le ha proporcionado el asunto ó materia de sus obras poéticas; su numen ha hermoseado y perfeccionado lo que en el mundo real no era acabado ni perfecto, y ciñendo sus sienes con las ínfulas sacerdotales del vate, ha puesto el oído á las revelaciones que vienen de lo alto, para iluminar é inflamar al alumno favorecido de las Musas. Su educación literaria enteramente clásica transmitió á sus producciones el espíritu virgiliano que les da color y vida, y puso en ellas elegancia de estilo, frase pintoresca y dicción rica, limpia y correcta.

Figuran en primer lugar en este libro las versiones de las diez églogas de Virgilio, algunas de ellas son fieles y algunas parafrásticas. Todos saben cuán grandes son las dificultades que le salen al paso al que intenta enriquecer la literatura y lengua de su patria, vertiendo al propio idioma obras escritas en otro. Pero suben de punto tales dificultades, si la traducción ha de sujetarse á las estrechas y múltiples leyes del metro. En este caso es menester un poeta para interpretar á otro poeta, é incurriría en grave yerro quien pensara que para salir airoso de tamaña empresa, basta conocer con perfección la lengua en que está escrita la producción original y la vernácula á la cual ha de ser trasladada.

Con esto se tendrá solamente el instrumento que ha de servir para la ejecución de la obra; pero si la versión ha de ser traspunto fiel del original, es indispensable que el traductor esté bajo la influencia de una inspiración semejante á la que iluminó y agitó al poeta; es preciso que sienta y piense como él, y que

siga muy de cerca los vuelos de su fantasía. Asimismo, mucho contribuirá á la realización del intento la identidad de tendencias y aficiones en uno y otro; pues mientras mayores sean las afinidades de orden psicológico, mayores elementos habrá también para que la interpretación sea fiel y feliz.

Claro está que no se habla aquí de las versiones literales que en las aulas se hacen de las crestomatias griegas ó latinas; en ellas el profesor no se aparta un punto de la significación literal de cada palabra, porque su intento no es descubrir las bellezas literarias de los trozos escogidos de autores clásicos; sino enseñar la fiel correspondencia entre los vocablos y modismos griegos y latinos, y los de la lengua nativa. Cuando se traduce de esta suerte, suele suceder que desaparece el pensamiento intentado por el autor, verificándose aquello de que *summa fides, summa est infidelitas*. Trátase aquí de aquellas otras versiones que son fieles no tanto á la letra, cuanto al pensamiento, al sentimiento y á la imagen, y que tienden á la imitación del estilo y á la reproducción de una obra de arte. Empresa ardua que pocas veces se lleva á buen término, pues como dice Cervantes, citado por Caro, «los libros de versos traducidos nunca jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.»

Mucho se ha disputado sobre si tales libros se han de traducir en prosa ó en verso. La prosa permanece más fiel al pensamiento, porque arrimándose á la letra más de lo que puede acercarse el verso, conserva íntegra ó casi íntegra la sustancia del original; al paso que el verso sacrifica á las exigencias del metro algunas ideas y presta al autor otras que nunca estuvieron en su mente, si bien se desprenden fácilmente de las que expresó. En ambas versiones, si son buenas, puede conservarse la frescura y colorido de la imagen, que es la forma interna de la cual reviste el poeta las ideas abstractas y los conceptos universales; pero desaparece la forma externa, que consiste en la dicción y estilo, en la cadencia y ritmo propios de la poesía. Y aun también desaparecen imágenes que por lo risueñas desdican de la austeridad de la prosa.

Por lo que toca á las versiones parafrásticas, deben mirarse más bien como imitaciones que tienden á expresar los pensa-

mientos principales del original, preescindiendo de los secundarios; mas para ser buenas han de reproducir las bellezas de estilo y de dicción hasta donde lo consienten las afinidades de una y otra lengua. En tales versiones el poeta se mueve con mayor libertad; pero por esto mismo se aleja del fin intentado en toda traducción.

La que Pagaza ha hecho de las églogas de Virgilio no siempre es parafrástica. La de la primera, por ejemplo, se ajusta con notable fidelidad al original, y en ella lo mismo que en otras, ha dado muestras de tales dotes poéticas, que yo le llamaría Virgilio redivivo, á no vedarlo la veneración debida al gran poeta mantuano.

A pesar de las trabas que sujetan al que traduce en verso, Pagaza sin esfuerzo alguno imita la estructura de la frase latina, sin que por esto en castellano resulte violento el hipébaton. Entre muchos pasajes que sacan verdadera esta observación, véase el principio de la égloga VIII *Pastorum musam Damonis et Alfesibæi*. Á semejanza de Fr. Luis entre los antiguos y de Caro entre los modernos, ha enriquecido nuestra lengua divulgando frases ó acepciones nuevas ó no muy conocidas, tomadas del tesoro inexhausto del latín. En la primera égloga, por ejemplo, usa *resonar* como transitivo, conservando intacto el pensamiento de Virgilio gallardamente expresado en este verso:

Formosam resonare doces Amaryllida silvas

que nuestro poeta traduce:

Tendido enseñas á la selva fría
Á resonar el nombre
De la hermosa Amarilis, tu alegría.

Asimismo traslada felizmente la frase *canet ad auras*, diciendo:

Al perfumado ambiente
Daré su canto.

No estuvo menos acertado vertiendo gráficamente el verbo *fumant*, aplicado á los techos de las cabañas, en el siguiente verso:

En espiral se eleva el humo espeso.

Pero lo que más deleita, así en ésta como en otras traducciones, es el perfume virgiliano que todas ellas exhalan. La misma elegancia en la frase, la misma delicadeza, la misma suavidad y ternura en los sentimientos.

Si leemos toda la égloga á que voy haciendo referencia, se ve que Melibeo, desposeído de su terruño, se llora desterrado quizá para siempre de los campos que fueron su alegría; pero sereno en medio de su dolor, sin envidia ni odio pondera la felicidad de Tíiro, al cual dice:

¡Anciano venturoso! luego quedan
Defendidos tus campos deliciosos
Y para ti muy vastos
Aun cuando encubran á los tiernos pastos
La estéril piedra y juncos cenagosos.
No enfermarán las gramas desusadas
A tus cabras preñadas,
Ni á las paridas la escasez de hierba;
Ni el vecino rebaño
Contagiará á tu grey; del fiero daño
Tu grey en estos sotos se preserva.
¡Anciano venturoso! en las orillas
De estos ríos que alegran la espesura,
Y al labio de las sacras fuentejillas
Disfrutarás de plácida frescura.
En las cercas del límite vecino
Con susurro divino,
Al desbriznar del sauce las galanas
Flores pequeñas y del blanco alheño,
Te incitarán á conciliar el sueño
Las sonoras abejas sicilianas.
El leñador sobre las hoscas peñas
Al perfumado ambiente
Dará su canto; y roncás las torcaces,
Tu delicia, del álamo en las greñas
Gemirán con la tórtola doliente.

Tíiro, dolido de la pena que aflige á su amigo, intenta detenerlo siquiera una noche más en aquellos sitios tan queridos, convidándolo con blando lecho y sabrosa cena, en los versos siguientes:

Bien podías quedarte a questa noche
Aquí conmigo sobre el césped blando:
Tengo pomas dulcísimas, castañas
Cocidas al rescoldo, leche y queso.
Las auras empañando,

En espiral se eleva el humo espeso
Encima de las miserás cabañas;
Y rápidas se acrecen,
Al caer negras de los altos montes,
Las sombras, y los valles obscurecen.

En los pasajes anteriores y aun en toda la égloga, llama la atención la *ecuanimidad* de que dan muestra Tíiro y Melibeo en todos sus discursos; ni el rigor de la fortuna exaspera á éste, ni sus favores desvanecen á aquel. Esta serenidad de ánimo consueña con la de la naturaleza, cuando al aproximarse la noche dice el poeta:

Y rápidas se acrecen,
Al caer negras de los altos montes,
Las sombras, y los valles obscurecen.

Tal vez Schiller tuvo presente este pasaje cuando escribió: «La serenidad pertenece al arte. El ideal es la belleza silenciosa y tranquila de las sombras. El imperio de las sombras es el ideal.» Cuando se lee la versión de Pagaza no se echa de menos en ella esa serenidad, sello del arte clásico, que Virgilio supo expresar con tanta maestría, y que su traductor conservó con no menor fidelidad.

La traducción de la égloga III en parte es fiel, y en parte parafrástica. Los versos amabeos que cantan Menalceas y Dámetas, están parafraseados en sonetos magistrales que por lo general contienen en el último terceto el pensamiento original. Así pues, no sería razón decir que éste ha sido desvirtuado por haberse desleído en catorce versos lo que Virgilio significó en dos; el concepto se halla encerrado en el mismo número de versos; pero va precedido de una amplificación que según yo creo, nada le quita de su vigor y belleza primitivas. Sin embargo, á veces los pensamientos de Virgilio sí se hallan parafraseados y diseminados en todo el cuerpo del soneto. Sirva de ejemplo el que corresponde á estos dos versos de la égloga III.

*Ab Iove principium, Musa; Iovis omnia plena:
Ille colit terras; illi mea carmina cura.*

¡Oh Musas Heliconias, dadme aliento!
Comencemos por Jove soberano,
Que martilló con vigorosa mano

Hasta combar el alto firmamento.
 Él á la Tierra púsole cimientó
 Sin escuadra ni plomo; en el verano
 Él borda la pradera, y del manzano
 Cuaja las flores y encadena el viento.
 Él fecunda los hatos; y él enseña
 Al mirlo su selvática armonía,
 Su piedad reflejando en la cigüeña.
 Y aun cuando mora en sempiterno día,
 Él me ama, pastor; y no desdenea
 Mi canto y melodiosa poesía.

En los primeros cuartetos rivalizan, ó más bien están concordes el alto son de las palabras, la rotundidad de los versos y la arrogancia de la dición con la grandiosidad del asunto y la elevación del pensamiento. La imagen de Jove

Que martilló con vigorosa mano
 Hasta combar el alto firmamento,

es valentísima, y si no me equivoco también es nueva. Hay en el pensamiento lo que llama Kant el sublime matemático, que es lo indefinido en la grandeza, y el sublime dinámico, que es lo indefinido en el poder y en la fuerza. Pero lo indefinido no es lo infinito, y el poder de Jove, que necesita de martillo para forjar el firmamento, tiene un límite señalado por los instrumentos sin los cuales no puede ejecutar su obra. Esta idea de Dios, si bien elevada, no alcanza los ápices de la sublimidad, si no es en el segundo cuarteto, en donde se dice cómo

Él á la Tierra púsole cimientó
 Sin escuadra ni plomo.

Aquí el artífice ya tiene un poder no sólo grande, sino verdaderamente infinito; no ha menester de medios extraños para realizar su pensamiento; «habla y las cosas son hechas; manda y las cosas son creadas» por sólo la eficacia de su palabra. Este es el infinito que pudiéramos llamar ontológico. El primer ideal de la divinidad está limitado por formas sensibles y precisas; es el ideal del arte clásico esencialmente antropomorfo, cuyos dioses eran hombres, y cuyos hombres eran dioses, según la frase feliz del marqués de Valdegamas. Mas la otra idea de Dios,

que es la verdadera, es la idea cristiana, tal como David y Moisés la revelaron á los hombres, y tal como la ha concebido y expresado el arte romántico. Pues si bien se mira la diferencia sustancial entre las dos escuelas, la clásica y la romántica, está en el ideal á que cada una aspira: la clásica se propone dar cuerpo y realidad á lo bello, á lo que está limitado por las proporciones, la forma y el número. Sus leyes son estrechas y severas; siempre se muestra solícita de conservar perfecto equilibrio entre la razón y la fantasía, y si tal equilibrio se perturba, el fiel de la balanza se inclina al lado de la razón; así es como imprime á sus obras el sello de serenidad y felicidad de que hablan Hegel y Schiller.

Esta armonía y alianza entre la imaginación y el entendimiento es necesaria para realizar la unidad en la variedad, que es la fórmula de la belleza. La fantasía multiplica las imágenes; pero el entendimiento pone orden en ellas y las reduce á símbolos ó formas sensibles de una idea, de un solo pensamiento, supuesto que en toda obra de arte uno solo ha de ser el intento principal que se proponga alcanzar el artífice.

La escuela romántica siempre ha aspirado á la realización de lo sublime, y aun cuando no proceda desapoderadamente como algunos piensan, sus preceptos son menos rigurosos, y consienten mucha mayor libertad al artista, como lo prueba el poco respeto á las unidades que tanto sujetan y fatigan á los clásicos. Debe esta libertad al predominio de la fantasía sobre la razón, las cuales contienden entre sí, resultando de esta discordancia un placer mezclado de dolor ajeno al arte clásico.

En el soneto que examinamos, contrasta con el cuadro grandioso de los primeros cuartetos el pintoresco que nos muestran los versos inmediatos. Júpiter depona el martillo, símbolo aquí del poder y de la fuerza, y dejando todo lo que tiene de imponente

..... en el verano
 El borda la pradera, y del manzano
 Cuaja las flores y encadena el viento.
 Él fecunda los hatos y él enseña
 Al mirlo su selvática armonía.

Tales contraposiciones son muy comunes en los grandes poetas, y Virgilio ofrece de ellas numerosos ejemplos. Ya vimos

eómo en la égloga primera contrastan las situaciones de Tíiro y Melibeo, y el Sr. Caro en su admirable estudio sobre Virgilio presenta numerosísimos pasajes, que demuestran que «Virgilio ama los grandes contrastes y las grandes compensaciones que presenta la historia del hombre y de los pueblos, lo mismo que las antítesis de menudos conceptos, de sombras y de tintas. De ahí la variada contraposición de los cuadros de la Eneida: la caduca Troya contrasta con la naciente Cartago; los amores con las guerras, la alegría de los juegos y los triunfos con los golpes de la adversa fortuna.»

«Luego estas oposiciones que ocurren de libro á libro, de cuadro á cuadro, se reproducen á cada paso como en miniatura dentro de cortas frases. En el libro primero de la Eneida nos pinta el poeta á grandes rasgos el horror de una tempestad, y luego describe el apacible abrigo del puerto.»

Las mismas oposiciones se advierten en Horacio, y como muestra sólo recordaré el contraste que nos ofrece en su oda á Grosfo entre aquel que aventura vida y fortuna en medio de mares revueltos, y pide á los dioses seguridad y sosiego, y Grosfo que en el colmo de la abundancia y rodeado de sus ganados viste de lanas tintas dos veces en el múrice tío.

Pagaza en este soneto y en otras muchas producciones suyas se da á conocer como discípulo aventajado de tan grandes maestros.

El soneto termina con la paráfrasis del *ipsi mea carmina curæ*, que es como cerrarlo con llave de oro, pues tratándose de versos amabeos, Dametas debe asegurar el triunfo en su competencia con Melibeo, y sin duda lo conseguirá, si Júpiter está de su lado, y se goza en su poesía el padre de los dioses y de los hombres cuyo poder y grandeza ha cantado el parafraste.

Aunque lo expuesto quizá sea bastante para conocer lo que valen las traducciones de Pagaza, no quiero hacer caso omiso de las églogas IV y VI.

La IV ha alcanzado mayor celebridad que ninguna otra, debido ésto á que en ella se ha creído descubrir una alusión muy transparente al advenimiento de Jesucristo y á su grande obra de reparación y redención. En la antigüedad la consideraron como anuncio profético de tales acontecimientos Lactancio en

su Instit. VII, 24, y Constantino en su *Oratione ad cætum sanctorum*. Después varones insignes por su doctrina han participado de la misma creencia. Sin embargo, á la luz de la crítica moderna parecen endebles los fundamentos de semejante opinión; pues no podría pensarse, según observan Heine, Bond, Wynderlik y otros, que los romanos dieran importancia y crédito á profecías que, por venir del pueblo hebreo, habrían mirado como verdaderas ineptias y supersticiones. Ni se explica tampoco de un modo satisfactorio cómo tales vaticinios hubieran llegado á noticia de Virgilio. A otros anuncios y á otras creencias aludía el poeta según puede verse en los comentadores y críticos citados. Pagaza tiene, sin embargo, como crítico, pero sobre todo como poeta, derecho incontrovertible para pensar con varones doctísimos de todos tiempos que esta égloga es como una preparación evangélica en la cual el siglo de Saturno prefigura el establecimiento del Cristianismo, y el niño próximo á nacer es Jesucristo reparador del linaje humano.

Colocado Pagaza en este punto de vista, ha cantado en su magnífica paráfrasis los más grandes misterios del Cristianismo, como la consustancialidad del Padre y del Hijo, la Anunciación y la Encarnación, y luego el reinado de la verdad y de la justicia por el establecimiento de la Iglesia. Así el *magnum Iovis incrementum* que otros han vuelto por alumno de Júpiter, Pagaza con espíritu cristiano, y permaneciendo fiel á la palabra, ya que no al pensamiento de Virgilio, traduce:

Prole cierta de Dios, de su sustancia
Imagen viva, gloria y prez del suelo.

Y con el mismo espíritu cristiano hace la paráfrasis de estos versos de Virgilio:

Incipe parve puer risu cognoscere matrem

en estos otros que más que poesía parecen canto ó música del cielo.

¡Oh Niño celestial! la blanda risa
Conoce, es tiempo, de tu madre hermosa,
Quien del cielo á las órdenes sumisa
En su albo seno te llevó amorosa.

Tal vez la paráfrasis de esta égloga y la versión de la VI han sido las más felices. En una y otra el poeta mantuvo para un momento su grácil avena, y nos hace escuchar las dulces notas de su maravillosa lira, y aun el alto son de la trompa épica. Porque canta el advenimiento del reinado de Saturno, que tras del largo período de diez siglos aparece de nuevo en el giro interminable de las edades; anuncia el fin de las calamidades con que guerras intestinas habían afligido á Roma y predice una época de ventura para el mundo entero.

No menos elevado es el asunto de la égloga VI. En ella canta Sileno el principio de todas las cosas, del cielo y de la tierra, y explica las leyes cósmicas de la creación, tal como las entendía la escuela de Epicuro.

Pagaza al interpretar á Virgilio no se ha mostrado desigual á la empresa con ser tan árdua. En sus versiones luego se advierte el *mens divinius et os magna sonaturum* de Horacio. Levanta el tono á la altura del asunto, y si he de expresar lo que siento, en la égloga IV remonta el vuelo más alto que Virgilio, porque el ideal que encarna en sus versos es la concepción teológica y ética más elevada, y la revelación más grande que jamás haya visitado al humano entendimiento. Muy lejos estaba Virgilio de representarse á ninguna entidad mitológica como la teología cristiana concibe al Verbo consubstancial con el principio que lo engendra; y la edad de oro por él anunciada nada tenía que ver con el reinado de la paz, de la justicia y de la verdadera civilización asentado en los hondos y sólidos fundamentos del Cristianismo. Creo, pues, que con toda propiedad puede decirse del poeta académico «que ha modelado el mármol de la antigüedad con manos cristianas,» frase muy feliz usada ya, si no me equivoco, por el Sr. D. Leopoldo Augusto Cueto.

La octava real fué el metro escogido para poner en nuestra lengua la égloga IV. El decoro y aun magestad de la dicción poética; la elegancia, vigor y nobleza del estilo; la riqueza y facilidad de la rima, y luego la lozanía y amenidad de las imágenes colocan esta producción, según yo creo, en el número de las joyas más ricas de nuestra literatura. Sus octavas admirablemente cinceladas, suenan en nuestro oído como música suave y deleitosa, y ponen de manifiesto que el castellano por su ritmo,

es sin duda la más armoniosa de las lenguas. Y para convenirse de ello basta poner la consideración en los elementos eufónicos de cuya combinación resulta el ritmo del idioma castellano, que procede de la admirable proporción con que se combinan las vocales ya plenas, ya tennes, con las consonantes suaves, medias y fuertes; de la gran movilidad de nuestro acento; de la feliz distribución de las voces agudas, graves y esdrújulas que forman el período; de las pausas, cortes é inflexiones de la voz; del acertado escogimiento de palabras y expresiones, y finalmente del concierto y correspondencia que exige la estructura del período entre el pensamiento y la dicción, lenta ó rápida, variada ó monótona, robusta ó desmayada, sorda ó sonora, según la índole de las pasiones, sentimientos ó afectos que expresa, y según la naturaleza de las ideas é imágenes que encarnan en ella. A esta riqueza y diversidad de elementos debe el castellano el número del período, la armonía y cadencia del verso y la abundancia de onomatopeyas. Pero si el ritmo es necesario en prosa, en el verso es de tal modo esencial, que sin él no hay poesía, como que ésta no puede vivir sin la música que es su hermana gemela. Por esto piensa Quintana que «cuando un poeta es duro, seco y desabrido, no ha de decirse que no tiene oído; lo que debe decirse es que no tiene alma.» Mas si el ritmo es para la poesía color y vida, Pagaza tiene asegurado ya lugar prominente entre los poetas; por lo general sus versos se cantan más bien que se leen, y suspenden nuestro oído con la magia seductora de su música. En prueba de ello, no pesará al lector que traslade aquí las dos octavas con que empieza la égloga IV; son las siguientes:

Canté el frescor, el hálito y las flores
De la selva, las greyes, las galanas
Parleras avecillas, los rumores
De los céfiros, pinos y fontanas.
Ensayó mi rabel de los pastores
Suave el canto: Musas sicilianas,
Venid ligeras y acorred mi anhelo
Hoy que pretendo levantar el vuelo.

Poeta pastoril, si plugo al hado
Encadenarme á un bosque de tomillo,
Laureles y arrayán; si no me es dado
Por la lira trocar mi caramillo,

Dadme cantar el aromoso prado
 Con tal sonoridad, destreza y brillo,
 Que esta canción de venturoso agüero
 Digna sea del Cónsul Verdadero.

Siguiendo nuestro poeta el ejemplo de Figueroa que escribió en verso suelto su preciosa égloga intitulada Tirsi, lo empleó asimismo en la versión de la égloga VI. Sin duda es más libre y quizá más noble, pero también más difícil, como que en él han de reunirse todos los elementos eufónicos del ritmo, á fin de compensar la falta de rima con la fluidez, dulzura, plenitud, sonoridad y cadencia del verso. Y todas estas cualidades se advierten en los que salen del taller poético de este artífice de la palabra, cuya pluma es al mismo tiempo cincel que labra con seguridad, precisión y firmeza, y pincel que pone en el lienzo todas las maravillas del colorido. Como muestra de la facilidad y maestría en el verso blanco, así como del conocimiento íntimo que tiene de la manera y estilo de Virgilio, voy á copiar el siguiente fragmento de la égloga citada.

A cantar empezó. Y entonces vieras
 De su voz al compás danzar los Faunos
 Y los tigres, y duras las epcinas
 Menear ledas sus tendidas copas.
 Ni con Apolo la Parnasia cumbre
 Se alegra tanto, ni al divino Orfeo
 El Ísmaro y Rodope tanto admiran.
 Porque cantaba, cómo en el enorme
 Vacío los primeros elementos
 Del aire, de la tierra, de las aguas
 Y el fuego transparente se juntaron;
 Y cómo de los átomos su origen
 Tuvo la creación y su principio,
 Y el mismo tierno mundo fué creciendo.
 Entonces poco á poco endurecida
 La tierra se mostraba, cuando el ponto
 Blandamente ondeando se encogía
 Y tomaban las cosas sér y forma.
 Ya de la tierra el estupor doblado
 Al ver la rubia luz del sol primero
 Y al mirar que los húmedos vapores
 Suben á lo alto y luego se desatan
 Sobre los campos en alegre lluvia;
 Ya el nacimiento de la virgen selva,
 Y cómo los primeros animales
 Vagaban raros en ignotos montes.

Después de haber leído lo anterior, nadie podrá negar á Pagaza rara habilidad para emplear el verso blanco ni conocimiento profundo de nuestra prosodia. Las pausas, los cortes y la artificiosa combinación de sílabas átonas y tónicas justifican el uso del verso suelto, que suena en algunos oídos más grato que el martilleo de la rima. Si de esta forma poética que pudiéramos llamar externa, pasamos á la imagen que es la forma interna y al pensamiento del poeta que se halla detrás de la imagen, advertiremos en toda esta composición reproducidas la manera y formas virgilianas, hasta donde lo consiente la diversidad de los idiomas. La misma gracia, donaire y travesura en el principio; igual elevación en el canto de Sileno, que refiere el origen de los hombres y de las cosas; y por último la misma gallardía y elegancia en la estructura de la frase. En toda la versión centellean epítetos felicísimos; pintorescos algunos al modo de los que usa Virgilio; y otros verdaderamente horacianos, por lo complejo y profundo de la idea encerrada en síntesis brevísima, como contenida á veces en una sola palabra. Este acertado uso de los epítetos no sólo se nota en la égloga de Sileno, sino en todas las demás, y asimismo en las producciones originales. Son piedras preciosas, que al desgastarse de la joya en donde se hallan incrustadas, pierden mucho de su brillo y belleza; pero el lector reconocerá la exactitud de nuestro juicio, cuando tropiece con expresiones como éstas: grácil avena, flavo Tiber, obstinada gleba, mis yermados lares, ó con trozos como el siguiente:

- Desprendidas rodaban de su frente
- Por el suelo *pampíneas* las *quirnaldas*
- Y el cántaro surtido se veía
- A la pared colgado de la gruta
- Del *asa enflaquecida* por el uso.

No faltará quien piense que los anteriores versos, lo mismo que el soneto que comienza

¡Oh Musas Heliconias! dadme aliento

no están bien en labios de gente rústica, ni se avienen con la índole de la poesía bucólica; pero si en esto hay culpa, toda ella será de Virgilio, y no del parafraste, que no hizo más que traducir ó imitar.

Como ya se ha notado, los poetas bucólicos no creyeron ajeno de la poesía pastoril cantar asuntos menos humildes que los de la vida campestre, y así lo da á entender Virgilio en los tres primeros exámetros de su égloga IV:

*Sicelides musæ, paulo maiora canamus,
Non omnes arbusta iuvant humilesque myricæ
Si canimus silvas, silvæ sint consule dignæ.*

No debe, pues, extrañarse que siendo más elevado el asunto, lo sea asimismo el estilo; y que en la combinación del género épico con el bucólico, cada uno de ellos haya sacrificado algo de lo que le es propio; pero salvando lo esencial y característico. Y así la poesía pastoril conserva sus campos, sus ovejas y sus flores. Con la pompa de la dición y la grandiosidad del asunto, alternan la naturalidad, delicadeza y gracia de pensamientos, afectos é imágenes, y también la elegante sencillez de la frase. Prueba la verdad de esta observación la misma égloga IV que anuncia la espontánea fecundidad de la tierra, la abundancia y tranquilidad de los campos, la variedad de las flores y la belleza de las ovejas teñidas por la naturaleza misma, de nuevos y hermosos colores.

Si volvemos nuestra atención á las poesías originales de nuestro autor, en ellas también advertiremos impreso el sello de profundo amor á la Naturaleza. Pudiera decirse que las cuerdas de su lira vibran casi siempre á impulso de sentimiento tan puro.

En las poesías bucólicas ha sabido juntar á la sencillez y naturalidad de Teócrito, el arte y elegancia de Virgilio; tales cualidades se hallan reunidas en el soneto intitulado «Al entrar el Invierno,» que no llevará á mal el lector le ponga á la vista; dice así:

El crudo Norte con su aliento frío
Va el llano poco á poco despojando
De su hermoso verdor, y deshojando
El tierno sauz del vaporoso río.

¡En dónde pacerás, rebaño mío,
Causa inocente del tormento infando
Que sufre el corazón? ¡Ya estás balando
Y aun no se cuaja el matinal rocío!

... Ya sé lo que he de hacer. La hierba fina
Que ajironada flota en la laguna,
Tu alimento será; copuda encina

Te abrigará á su pie; y en la importuna
Noche fría, mi avena peregrina
He de tañer al rayo de la luna.

Quizá ofenda al que no esté familiarizado con los poetas bucólicos la ingenua sencillez de esta frase: «Ya sé lo que he de hacer;» mas si se reflexiona un poco, se concederá sin esfuerzo, que es una de las bellezas del soneto, á pesar de la aparente llaneza de la expresión, pues brota espontánea de los labios del apenado pastor, y por su inimitable naturalidad contribuye á dar á todo el cuadro el colorido y tono propios de la poesía pastoril. Tal vez una crítica melindrosa desdeñaría también estos versos de Teócrito traducidos por Ipanandro Acaico:

Y mira no te acerques al carnero
Que de África me vino, porque cuerna,
Títiro caro, aun al mejor vaquero.

y quién sabe si hasta llegaría su desacato á notarlos de rusticidad.

En la poesía descriptiva brillan también singularmente las dotes de Pagaza. En este género el triunfo del arte estriba en la perfección de la copia, que ha de reproducir las bellezas del original, si bien purificadas de todo lo que en la naturaleza sea feo ó desagradable, y descargada de pormenores que nada signifiquen, pues no debe perderse de vista que aun en lo real debe buscarse lo ideal; y que el arte desecha lo real, cuando carece de significado.

El romance intitulado «A un Poeta» es una colección de bellísimos paisajes, en los cuales el vate se muestra no sólo admirador apasionado, sino profundo observador de la Naturaleza. Hay gran variedad en los cuadros que presenta; movimiento y animación en los objetos que describe; frescura y verdad en el colorido; y por lo que hace á la verdad, es tanta, que asistimos con el autor á los espectáculos que nos ofrece; y visitamos los lugares á los cuales nos conduce; todo lo que da á este romance un tinte enteramente local. En él refiere el poeta á un amigo suyo la vida que lleva en el campo; pinta los lugares y escenas que más le deleitan, y hablando de una excursión matinal, dice:

Me agrada al romper el día,
 A la luz de las estrellas
 Fugaz, del cerro vecino
 Trepar por la cumbre enhiesta;
 Y contemplar extasiado,
 Sin que la escarcha me ofenda,
 La perspectiva admirable
 Que por doquier me rodea,
 (Ora contemple la altura,
 Ora contemple la tierra)
 En el punto en que á la vida
 El mundo dormido vuelva.
 Aquella luz apacible
 Entre amarilla y bermeja,
 Salpicada de diamantes
 Que ya el horizonte incendia;
 Aquel plañir de los ríos
 Que no lejos se despeñan
 Entre brumas, aventando
 Sus agnas de piedra en piedra;
 Aquel aspecto arrogante
 De los arbustos, que ostentan
 En su frente obsurecida
 Líquida y clara diadema;
 Aquel huir de las sombras
 Que obstinadas se atrincheran
 Tras los troncos, rehusando
 Retornar á sus cavernas;
 Aquella flama que asoma
 Del Zempoala en la cresta,
 Trémula, blanca, radiante
 Que magestosa se eleva:
 Graznan las aves palustres,
 Los gallos cantan al verla
 Batiendo sus blondas alas.
 ¡Es la matinal estrella!

Nótese, además, con qué soltura y fluidez corren estos versos, y cómo no se empaña un solo punto el brillo de este cuadro iluminado por

Aquella luz apacible
 Entre amarilla y bermeja
 Salpicada de diamantes
 Que ya el horizonte incendia.

Pero la poesía no sólo vive de imágenes, se alimenta también de sentimientos, y entre ellos ocupa el amor el primer lugar, por ser raíz de todas las pasiones. Quienes sean extraños al arte, y

jamás hayan sido visitados por la inspiración, han de pensar que Pagaza, por la austeridad de su carácter sacerdotal, no debía hacer vibrar en su lira la cuerda destinada á ese sentimiento. Pero pensar así, es olvidar que la poesía, como lo da á entender el mismo nombre, es una especie de creación, y muchas veces canta no lo real ni lo existente, sino el ideal que ella ha creado, dándole un sér que en sí mismo no tiene. Así se concibe que sin amor se pinte el amor, y que el poeta, para dar forma concreta á un sentimiento vago, indefinido, y si puede decirse abstracto, finja una belleza que tiene sólo una existencia ideal.

Pagaza, levantando el vuelo hasta las regiones serenas del más puro idealismo, ha puesto en sus pastores un amor tan noble y generoso, que raras veces es dable sentirlo así acá en la tierra. Y para que se vea cuánto ha purificado y engrandecido este sentimiento, leamos el soneto que en la corteza de un árbol escribe á su amada un pastor desdeñado.

Quando la suerte con airada mano
 Enturbie, Filis, de tu dicha el cielo,
 Y el desamor con hálito de hielo
 El fuego extinga de tu pecho insano;
 Quando demandes compasión en vano
 De quien no alcance tu inefable duelo,
 Y sola cruces erizado el suelo,
 Enjuto el rostro y el cabello cano;
 Ven, Filis, ven á mí. La sierra erguida
 No ha de negarnos en su seno frío
 Algún rincón donde acabar la vida.
 Y tu lloro al mezclarse con el mío
 Dirás ¡ingrata! de mi cuello asida:
 ¡Fué más grande tu amor que mi desvío!

No puede rayar más alto la pureza y abnegación de este amor del alma, que al par que intenso, es suave, delicado y puro como el delgado perfume de una rosa.

Si se compara el soneto anterior con la oda XXV de Horacio intitulada «A Lidia,» resplandecerán todavía más las bellezas de orden moral que en él ha puesto Pagaza. Contrastan en efecto los nobilísimos sentimientos del pastor despreciado con la injusticia del poeta venusino que dirige á Lidia frases acerbísimas y groseramente lúbricas, sólo porque no ha estado en su mano evitar que el tiempo le arrebatara una á una las gracias y atrac-

tivos de la juventud. Pecado gravísimo para tiempos y poetas que sólo buscaban en el amor la quinta esencia de concupiscencias vergonzosas y abominables.

Contrastan asimismo con el soneto de Pagaza las coplas del maestro Fr. Luis de León «A una desdeñosa,» y no porque en ellas el poeta horaciano haya imitado las lozanías juveniles, ó mejor diré, las intemperancias de su modelo; sino porque vincula también el amor en la juventud y en la belleza, y lo presenta no como el sentimiento generador de afectos nobles y levantados, ni como causa eficiente de grandes sacrificios; sino como una exigencia de orden enteramente fisiológico, claramente significada en los versos demasiado transparentes, que copio en seguida:

¿Qué vale el beber en oro,
El vestir seda y brocado,
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro?
¿Y qué vale si, á derecho,
Os da pecho
El mundo todo y adora,
Si á la fin dormís, señora,
En el solo y frío lecho?

Pagaza no sólo ha cantado la vida de los pastores, también ha llorado su muerte; y de tal manera ha descrito las angustias que acompañan á este último trance, y con tal verdad ha expresado el amargo desconsuelo que deja en el corazón la pérdida de un sér querido, que el lector siente humedecerse sus ojos por lágrimas tan dulces, como las que San Agustín derramaba al leer el libro IV de la Eneida.

Hay en sus elegías incomparable riqueza de imágenes que excitan ó avivan sentimientos de amor, de ternura y de piedad, así como de tristeza y melancolía. En una de ellas refiere cómo un pastor en bosque sombrío y repuesto halla á Mirtilo que, rodeado de sus ovejas, está á punto de espirar, y profiere entrecortadas estas palabras:

¡Madre! . . . ¡qué frío! . . . ven á socorrerme . . .
Ven. . . estoy solo. . . ¡ven! ¡por qué te alejas?
Recoge amante mi postrer suspiro. . .
Si en arrullarme fuiste la primera. . .

Muere al fin, y

El mismo Apolo su radiosa frente
Al espirar el seductor poeta
Hundió lloroso; y desde entonces cruza
Envuelto en nubes la enturbada esfera.

La personificación mitológica del sol depara al vate un nuevo modo de decirnos cómo las nubes, á manera de fúnebre paño, cubrieron el cielo desde el momento en que Mirtilo dejó de existir.

Luego refiere que:

Guarda sus restos en humilde fosa
El vecino oquedal; con sombra densa
Un ciclamar y un álamo cobijan
El montecillo de mojada tierra.

Los deseos de Mirtilo, mostrados á un amigo suyo en días mejores, fueron fielmente cumplidos. Así lo asegura quien oyó sus palabras postreras:

Cumplí su voluntad. Las castas aves
Por su prole atraídas, en las tiernas
Ramas del árbol con el crudo viento
En dulce consonancia se querellan.

Su flauta, Delio, su armoniosa flauta,
Que tanto, tanto mitigó sus penas,
De mimbre y trébol con fragante lazo
Sobre su tumba agítase suspensa.

Enamoran en todo el pasaje anterior la naturalidad, verdad y delicadeza de sentimientos. Un guerrero quiere que sobre su sepulcro se admiren los trofeos que recuerden sus victorias; no es menos natural el deseo que expresa nuestro pastor.

En la elegía á la muerte de Delio hay reminiscencias mitológicas tan oportunas que, según yo creo, justifican el uso de las creaciones clásicas del arte antiguo. Supone el poeta que Delio cruza la laguna Estigia, y le dirige estas sentidas frases:

Tal vez ahora al rayo de otra luna,
En la piragua del feroz Barquero,
Vas cruzando la frígida Laguna;

Y absorto acaso miras pasajero
El agua turbia, el cárdeno horizonte,
Las negras ovas é insondable estero;

Y al acordarte del peñón bifronte
Que tu redil protege y tu cabaña
En el declive de apacible monte,

Solo, entre sombras, en región extraña,
Tal vez sollozas, y caliente lloro
En largas venas tus mejillas baña.

Tal vez escuchas el crujir sonoro
Del remo grácil, y de espectros vanos
Yerto presides el funesto coro.

¡Tal vez me llamas!... y al mirar lejanos
Los dulces valles de la opuesta orilla,
Tiendes á mí tus suplicantes manos.

No se puede expresar mejor el amor á la vida y el apego á cuanto en ella es querido para nosotros, que por la admirable imagen del último terceto. Los calificativos lejanos y dulces, aplicados á los *valles de la opuesta orilla*, no pueden ser ni más propios ni más expresivos.

No faltará quien diga que ya pasó el tiempo de las reminiscencias mitológicas, y que se deben romper estos moldes del arte antiguo; pero yo no veo qué inconveniente haya en conservarlos, siempre que se consideren como símbolos de ideales más puros y más elevados. Así no se *paganiza* el Cristianismo, como han dado en decir los enemigos de los estudios clásicos; lo que se hace es hermohear las más altas concepciones del entendimiento humano con las galas de la fantasía privilegiada de los helenos; y cabalmente la grande obra del Renacimiento en la esfera del arte, fué sellar la alianza de esa imaginación con la inteligencia, y todavía más, con la fe cristiana.

Creo que no viene fuera de propósito citar aquí algunas palabras de dos grandes ingenios españoles, que dan á conocer cómo juzgan de la influencia que todavía ejerce la mitología en el arte:

« Los dioses griegos, dice el Sr. D. Juan Valera, viven en nosotros, tienen en nuestras almas Olimpo y Parnaso; son ideas inmortales de un pueblo que nos dió el arte, la filosofía y las letras humanas; contra todo lo cual ni la prosaica y positiva sabiduría novísima puede gran cosa, ni el Cristianismo ha querido luchar, sino que gusta de que viva, y aun toma para adornar sus verdades y sus representaciones artísticas cuanto hay en ello de

hermoso y puro. Por esto dice nuestro poeta » (el Sr. Menéndez Pelayo):

« Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa,
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basilica trocöse
Más de un templo gentil purificado.»

Aunque hasta aquí sólo se ha hablado de las poesías bucólicas de Pagaza, no se piense por esto que cultiva ese género con exclusión de cualquiera otro; véase cómo prueba la epístola que dirige á Tirsi, solícito por mitigar la pena que á éste causa la muerte de su excelente y cariñosa madre. Toda la composición está sembrada de enseñanzas filosóficas y cristianas que atavía el poeta con todas las galas de su exuberante imaginación.

Hablando de la inconstancia de las cosas humanas, nos dice:

El dolor y la dicha (y ésta escasa),
El sentimiento, el odio, los amores
Y aun el mismo recuerdo, todo pasa.

Mira en el campo las galanas flores:
Un mismo sol las tñe en el estío
Y en invierno las quemán sus rigores.

Fija tus ojos en el fresco río;
Y advierte que unas veces se desliza
Con blando murmurar, y otras bravío.

Si una nube de púrpura ó pajiza
Al sonreír el alba surca el cielo
Y partida en jirones le matiza,

A la tarde trocada en pardo velo
Esconderá la luz hermosa y pura
Poniendo el mundo en confusión y duelo.

Así el triste mortal ¡oh desventura!
Liba apenas un cáliz de ambrosía
Para agotar un cáliz de amargura.

Y ten por cierto que en alegre día
Ese hermoso brillar del sol divino
Es precursor de tempestad sombría.

Teniendo presente el poeta que el dolor simpatiza con el dolor, y que el llanto del que padece es más eficaz para el consuelo que la risa del que goza, le dirige á Tirsi estas sentidas frases:

¿Podré esperar que temple tus querellas
Mi débil voz, si ves que los pesares
En mí han dejado tan profundas huellas?

Sí, ven conmigo á mis yermados lares
En donde solo la iracunda muerte
Me deja á mí, y el tiempo dos pilares.

Imposible es analizar y ponderar el hondo sentimiento de tristeza que nos causan esos *yermados lares* en los que tal estrago ha causado la acción destructora del tiempo, que casi no quedan ni ruinas de ellos. Quien así siente y hace sentir es verdadero poeta.

Con dolor tan acerbo contrasta la inefable alegría que llena el alma, cuando poniendo el vate la esperanza en la dicha perenne de una vida ulterior, nos dice en un bellissimo terceto:

Para el que muere luce eterno día;
Arroja ufano la gravosa carga,
Y huye del mar entrando en la bahía.

Interminable sería este prólogo, ya demasiado largo, si hubiera de analizar todo lo que deleita ó admira en el presente libro. Los pasajes que he procurado hacer conocer, revelan dotes que aseguran á su autor el título de poeta. En ellos, lo mismo que en el resto de la obra, la versificación es fácil y fluida, la rima abundante y espontánea, la dicción siempre poética, el lenguaje copioso, limpio y correcto.

Su musa es á veces zagala ataviada de flores del campo, que enamora por su gracia y gentileza; á veces grave matrona que nos suspende y admira por la arrogancia y magestad de su porte.

Cuando leemos sus versos, advertimos cómo las ideas descendiendo desde las alturas de la abstracción, encarnan en las imágenes de rica y lozana fantasía, y cómo esas mismas imágenes dan color y mayor vida á sentimientos nobles y generosos unos, tiernos y delicados otros; pero todos expresados con maravillosa verdad, así por la propiedad de la frase, como por su fiel correspondencia con el ritmo poético.

Finalmente, por lo que mira á las poesías bucólicas de Paganza, creo que puede aplicárseles lo que Quintana dijo de las de Francisco de la Torre. En todas ellas «sus imágenes, sus pensamientos, y su estilo no desdican nunca de este carácter, y

«guardan la propiedad más rigurosa con él. Sus dotes más eminentes son la sencillez de la expresión, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningún poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos «campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos: una «tortola, una cierva, un tronco derribado, una yedra caída le «sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ternura.»

Perdóneme el lector que haya fatigado su atención con tan largo prefacio; pero cautivado por las bellezas que he podido descubrir en estas poesías, quise compartir con él las gratas impresiones que han dejado ellas en mi alma, y exponer mi manera de juzgarlas. Ciertamente es que el juzgarlas había de reservarse para quien fuera crítico y poeta á un mismo tiempo; no para mí que no soy ni lo uno ni lo otro, como creo dejarlo bien probado en este desdichadísimo prólogo.

Quizá se me sindique de parcial, notando que he tenido elogios para los aciertos, mas no cesuras para los defectos, leves sin duda; pero que no faltarán en este libro, como no faltan nunca en ninguna obra humana. A esta observación contestaré con el célebre autor de la carta á los Pisones:

Hay empero defectos que merecen
Indulgencia ó perdón, pues ni templada
El músico su cítara halla siempre,
Y en vez de un tono agudo un grave saca,
Ni siempre al blanco el tirador acierta;
Así, pues, si primores mil realzan
Un poema magnífico, no debo
Dejar de perdonar ligeras faltas,
Ora sean efectos de descuido,
O de la pobre condición humana.

(Traducción de Burgos.)

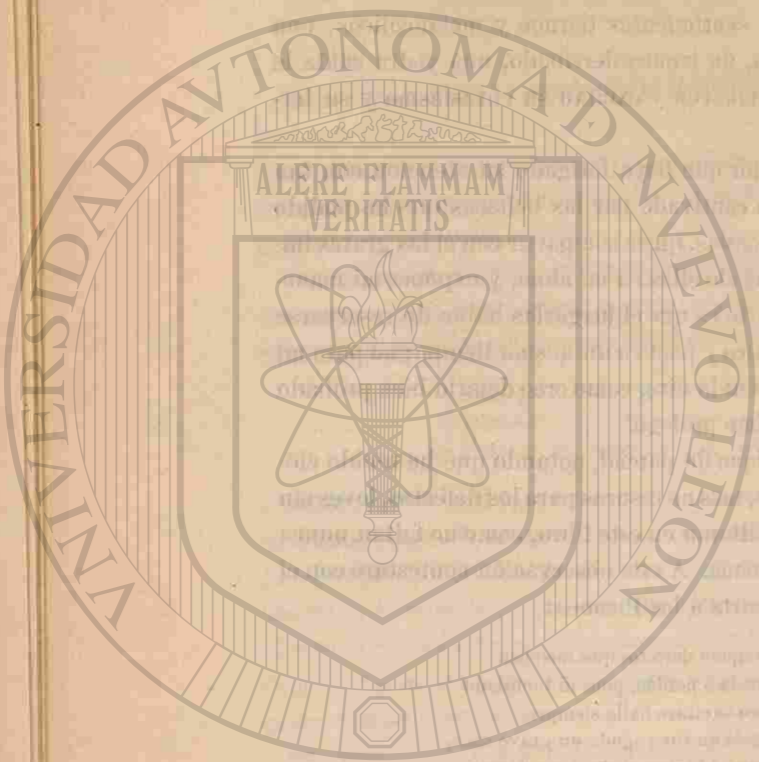
Creo que el lector benévolo, pero al mismo tiempo justo, aplicará los anteriores versos al presente libro que, según yo pienso, sobrevivirá, sin duda, á su inspirado autor.

RAFAEL ÁNGEL DE LA PEÑA.

CORRIGENDA

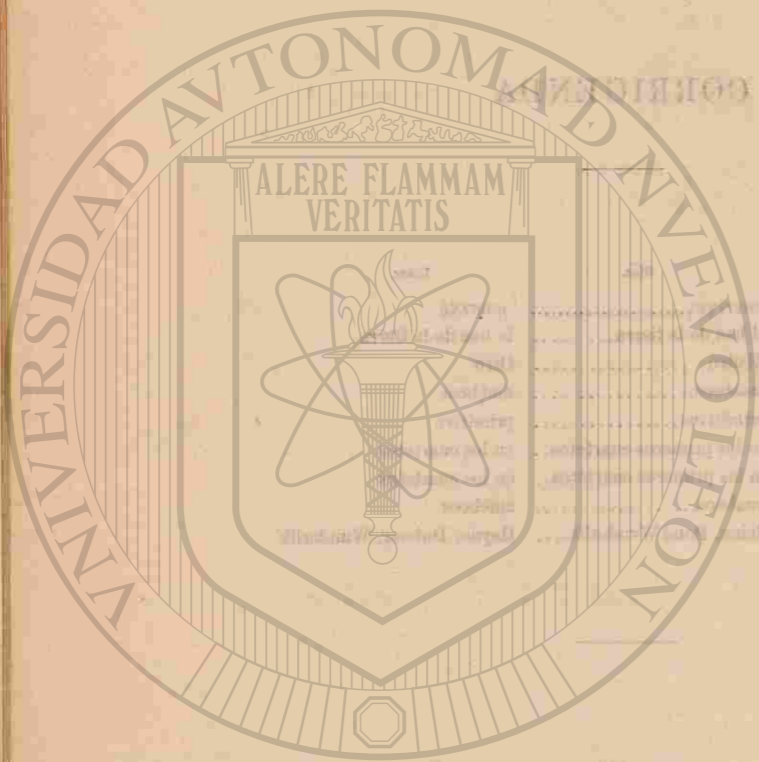
Página.	Línea.	Dice.	Léase
VIII....	30.....	<i>μανίχη</i>	<i>μανίχη</i>
XIII....	35....	el haz de la tierra....	la haz de la tierra
XIV....	12....	El otro.....	Otro
XIX....	23....	amabeos.....	amebeos
XIX....	30....	primitivas.....	primitiva
XX....	12....	en los primeros cuartetos..	en los cuartetos
XXI....	27....	en los primeros cuartetos..	en los cuartetos
XXII....	27....	amabeos.....	amebeos
XXIII....	5 y 6. .	Heine, Bond Wynderlik....	Heyne, Dubner, Wunderlik

Página.	Verso.	Dice.	Léase.
11.....	6.....	Dejando.....	Dejado
15.....	24.....	uraña.....	huraña
27.....	25.....	de Lacio.....	del Lacio
28.....	16.....	dal Parnaso.....	del Parnaso
71.....	22.....	ánzar.....	ansar
106.....	34.....	los guijos.....	las guijas,
161.....	14.....	Ve'a balancear.....	Miré balancear
190.....	11.....	dorado suelo.....	adorado suelo
191.....	9.....	Solo.....	Sólo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÉGLOGA PRIMERA

TRADUCCIÓN PARAFRÁSTICA

DE LAS

ÉGLOGAS DE PUBLIO VIRGILIO MARÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÉGLOGA PRIMERA.

TÍTIRO.

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi.

MELIBEO Y TÍTIRO.

MELIBEO.

Oh Títiro, tañendo la sonora
Grácil avena al pie de la extendida
Haya gentil, rodar hora tras hora
Miras en quieta y venturosa vida.
Nosotros, de la patria
Los confines y campos bendecidos,
Ay Títiro! dejamos; tú, á la sombra
En medio de estos cármenes floridos,
Y encima la gramínea muelle alfombra
Tendido, enseñas á la selva fría
A resonar el nombre
De la hermosa Amarilis, tu alegría.

TÍTIRO.

Oh Melibeo, un dios este descanso
 Me ha concedido; dios en mis hogares
 Siempre será; y un tierno corderillo
 Arrancado á la madre entre el tomillo,
 Regará con su sangre los altares
 Que le tengo erigidos. Él mis bueyes
 Deja pacer, cual miras, y mis greyes
 En esta feracísima campaña,
 Y me deja tañer agreste caña.

MELIBEO.

No te envidio en verdad; me maravillas,
 Sabido que en los campos
 Hay grande turbación! A mis cabrillas
 Conduzco, mira, entristecido; apenas
 A ésta, Títiro, llevo aquí en mis manos;
 Porque habiendo parido dos gemelos,
 Allí entre las verbenas
 Debajo los copudos avellanos,
 Ay! siendo la esperanza
 De mi abatida grey, sobre una roca
 Los deja en abandono y malandanza.
 Recuerdo que anunciaron este duelo,
 Si mi juicio no hubiera sido errado,
 Las encinas heridas por el cielo
 Y la adusta corneja, en ahuecado
 Viejo roble escondida,
 Con ulular fatídico y medroso.
 Oh Títiro dichoso,
 Quien sea este dios dime por tu vida.

TÍTIRO.

Necio de mí! juzgaba semejante
 Esa hermosa ciudad que llaman Roma,

Buen Melibeo, á Mantua, no distante,
 En donde los pastores cada día
 Vendemos de la grey la tierna cría.
 Como los cachorrillos á sus madres
 Semejan, los cabritos destetados
 Á las cabras; así con vano empeño
 Lo grande comparé con lo pequeño.
 Mas hoy conozco que esta
 Ciudad, entre las otras se alza enhiesta
 Cual ciprés entre mimbres delicados.

MELIBEO.

¿Qué motivo tuviste de ir á Roma?

TÍTIRO.

La amable libertad: que aunque tardía
 Y cuando ya era viejo, al fin asoma;
 Después que ya caía
 Blanca mi barba al recortarla, vino
 Y me mira risueña de continuo.
 Hoy me tiene Amarilis; Galatea,
 La ingrata Galatea, me ha dejado
 Y su amor y favores me escasea.
 Es mejor: mientras ella me tenía
 Descuidé mis negocios y el ganado;
 Y por más que surtía
 A la ciudad de víctimas y queso
 Con la mano jamás entré en mi choza
 Rendida de la plata por el peso.

MELIBEO.

Admiraba, oh Amarilis,
 Por qué á los dioses férvida invocabas,
 Y no sabía para quién guardabas
 Las frutas en sus árboles pendientes;

Títiro estaba ausente. A ti, los pinos,
Oh Títiro, y arbustos peregrinos
Llorando te llamaban y las fuentes.

TÍTIRO.

¿Qué pude hacer? Estando en servidumbre
No me era permitido la cadena
Sacudir, ni en comarca más serena
La protección de dioses más amables
Implorar, que mi fiera pesadumbre
Un tanto soliviaran favorables.
Aquí, buen Melibeo,
Al joven bienhechor he conocido
Que hoy templa nuestro duelo,
Y en cuyo honor el humo ennegrecido
De nuestro altar, cada año doce veces,
El aire enturbia al levantarse al cielo.
Y aquí me dió, á mí que la pedía,
Esta respuesta pía:
« Apaced vuestras vacas, oh pastores,
« Y echadlas á los toros bramadores.»

MELIBEO.

Anciano venturoso! luego quedan
Defendidos tus campos deliciosos
Y para ti muy vastos
Aun cuando encubran á los tiernos pastos
La estéril piedra y juncos cenagosos.
No enfermarán las gramas desusadas
A tus cabras preñadas,
Ni á las paridas la escasez de hierba;
Ni el vecino rebaño
Contagiará á tu grey; del fiero daño
Tu grey en estos sotos se preserva.
Anciano venturoso! en las orillas
De estos ríos que alegran la espesura,

Y al labio de las sacras fuentejillas
Disfrutarás de plácida frescura.
En las cercas del límite vecino
Con susurro divino,
Al desbriznar del sauce las galanas
Flores pequeñas y del blanco alheño,
Te incitarán á conciliar el sueño
Las sonoras abejas sicilianas.
El leñador sobre las hoscas peñas
Al perfumado ambiente
Dará su canto; y roncas las torcaces,
Tu delicia, del álamo en las greñas
Gemirán con la tórtola doliente.

TÍTIRO.

Antes, lo juro, pacerán los ciervos
En el aire, y sus peces en la playa
Los vastos mares dejarán protervos;
Antes de Partia la región distante,
Dejados sus confines,
Las aguas beberá de Araris cano,
O del asirio Tigris el Germano,
Que se borre del pecho su semblante.

MELIBEO.

Mas nosotros á la África sedienta
Iremos unos; otros á la Escitia;
Estos verán al resonante Armiro;
Y aquellos en Britania cenicienta
Exhalarán el último suspiro.
¿Nunca, después de tan aciagos días,
Vuelto más tarde á los confines patrios,
He de admirar las posesiones mías
Y el techado de mi húmeda cabaña
De césped hecho y silbadora caña?
Un impío soldado

Logrará mi barbecho cultivado?
 Un bárbaro estas mieses? Mira adonde
 La discordia feroz ha conducido
 A los hijos del bosque sosegado!
 Y mira para quienes
 Nuestras tierras sembramos! ;Melibeo,
 Injerta ahora, injerta los perales!
 Pon en orden las vides, tu recreo!
 Id, mis cabritas, id, feliz rebaño
 En otro tiempo! Nunca los breñales
 Despuntareis en la boscosa peña
 Viéndoos yo tendido en el escaño
 De la gruta, que cubre todo el año
 Una vid con sus pámpanos risueña.
 No cantaré, templando mis congojas,
 Verso ninguno; nunca, mis cabritas,
 Del citiso las flores exquisitas
 Pacereis ni del sauz las blancas hojas.

TÍTIRO.

Bien podías quedarte aquesta noche
 Aquí conmigo sobre el césped blando:
 Tengo pomas dulcísimas, castañas
 Cocidas al rescoldo, leche y queso.
 Las auras empañando,
 En espiral se eleva el humo espeso
 Encima de las miserables cabañas;
 Y rápidas se acrecen,
 Al caer negras de los altos montes,
 Las sombras, y los valles obscurecen.

ÉGLOGA SEGUNDA.

GALATEA.

Formosum pastor Corydon ardebat Alexin.

Dulce modelo de sin par ternura,
 A Galatea, gloria de su dueño,
 Amaba Coridón; y su finura
 Ella pagaba con altivo ceño.
 En su dolor la lóbrega espesura
 Buscaba indócil, y con vano empeño
 A solas su destino maldecía;
 Él gritaba y la selva respondía:

« Oh Galatea! . . dime, no te apiadas
 « De mi penar ; escuchas mis cantares
 « Como quien oye fuera de las radas
 « El ronco estruendo de alterados mares?
 « Me hiela la frialdad de tus miradas;
 « Y tu desdén acrece mis pesares
 « En términos, que marchó ; triste suerte!
 « Con pasos gigantescos á la muerte.

« Buscan ahora lentos los rebaños
 « Del valle obscuro la fragante alfombra
 « Y aún el reptil al pie de los castaños
 « Encuentra asilo en la verdina sombra.
 « En medio de los males más extraños
 « Sabiendo que tu labio ni me nombra,
 « Yo triste y solo á la planada llego
 « Cuando el sol en su cumbre arroja fuego.

« Quebranta y mezcla la gentil Nerina
 « Toronjil y cilantro; su alborozo
 « En el semblante muestra, y se encamina
 « Con pie ligero al cristalino pozo;
 « Y es que viene cantando en la vecina
 « Enhiesta toma su galano mozo
 « A compartir con ella su alegría
 « Y sus fatigas al mediar el día.

« ¿No sabes á qué vengo? Tus pisadas
 « Busco exhalado en la llanura amena,
 « (Pasto enemigo!) y entro en las cañadas
 « Y miro y palpo la caliente arena;
 « Subo anhelante, y viendo disipadas
 « Mis ilusiones, con terrible pena
 « Flébil te llamo, y me responde presto
 « De la cigarra el estridor funesto.

« ¿No era mejor penar por los enojos
 « Injustos de Amarilis? ¡Cuánto, cuánto
 « La ingrata me hostigó con sus antojos
 « Y con sus celos y fingido llanto!
 « Y aún bien me fuera los airados ojos
 « De Mirtila sufrir que fué mi encanto,
 « Mi delicia, mi amor, con ser morena,
 « Aunque envidie tu albura la azúcena.

« Oh niña hermosa, nunca en los colores
 « Nunca te fies; la color engaña,
 « Y míralo, te ruego, en esas flores
 « Que bordan y perfuman la montaña.
 « ¿No adviertes que zagalas y pastores,
 « Dejando el blanco alheño, á su cabaña
 « Todas las tardes llevan con orgullo
 « Un manojo de violas en capullo?

« Me esquivas, Galatea; ni aun preguntas
 « Quién sea yo; me llamas *pastorcico*:
 « Ah, cuál te engañas! numerosas yuntas
 « Esconde la estrechez de mi pellico:
 « Mil cabras mías van paciendo juntas;
 « En queso y nata y leche soy muy rico;
 « Y mis corderas los extensos llanos
 « Cobijan y los montes sicilianos.

« Y soy poeta: ni el cantor de Tracia,
 « Ni el dulce Anfión, ni Píndaro divino,
 « Excedieron ni en número ni en gracia
 « De mi voz el acento peregrino.
 « Cuando á la sombra de fragante acacia
 « Digo mis versos, el gallardo pino
 « Se estremece doblando sus rumores
 « Y abren su cáliz las silvestres flores.

« Ni soy tan feo: ayer por la mañana
 « Me ví del mar en el cerúleo espejo;
 « O me cegó la vanidad tirana,
 « O de Dafnis gentil soy un reflejo.
 « Conoces su hermosura soberana:
 « Me conoces también, haz el cotejo;
 « Pero hazlo sin pasión, y tu vasallo
 « Tranquilo espera sin temer el fallo.

« Agrádetes vivir aquí conmigo
 « En estos campos, para ti enojosos,
 « Y en estas pobres chozas al abrigo
 « Seguro de los árboles hojosos!
 « Las rubias lletas del naciente trigo
 « Hollaremos en pos de los medrosos
 « Ágiles ciervos, mientras rumia echado
 « En grupos á lo lejos el ganado.

« Aquí conmigo en la cañada oscura,
 « Creeme, y de la luna á los fulgores
 « A Pan imitarías y en dulzura
 « Excedieras tal vez á los mejores.
 « Pan inventó la flauta; ¿ por ventura
 « Lo ignoras? él defiende á los pastores
 « Del fiero lobo, y libra á las ovejas
 « Del aguijón de tábanos y abejas.

« Y mira, no te pese con la caña
 « Haber herido tu purpúreo labio,
 « Que por esos melindres Pan se ensaña
 « Y las Musas reciben un agravio.
 « Al triste Amintas, y por más que taña,
 « Si le escuchas le adviertes un resabio. . .
 « Un no sé qué. . . de toscó y desabrido
 « Que apena el corazón, hiere el oído.

« Tengo una flauta, el último regalo
 « Que me ofreció Dametas moribundo,
 « Quien me decía: *Coridón, ya exhalo*
 « *Los postreros suspiros en el mundo.*
 « *Esta dulce flautilla te señalo*
 « *Como un recuerdo; tú eres el segundo*
 « *Que la posee.* Amintas la codicia
 « Pues no tiene segundo en avaricia.

« Y tengo otro primor: dos cervatillos
 « Que hallé en el fondo de inseguro valle
 « No muy lejano, en medio á los tomillos
 « Que puestos en hilera forman calle.
 « Pintos aún, los guardo en dos cestillos
 « Abrigados con musgo; y por mamalle
 « Dos veces á la oveja que los cría
 « Dos veces se la allego cada día.

« Son para ti. Sabrás que una pastora
 « Muy agraciada (vive en la laguna,
 « Llámánla Filis) se desvive y llora
 « Y me sigue y me ruega y me importuna.
 « Llevárselos pretende; por ahora
 « Rehuso darlos: mas sin duda alguna
 « Los llevará, pues desdeñosa y fría
 « Miras mis dones de mayor valía.

« Ven acá, niña hermosa: en azafates
 « Juntan las Ninfas de la fuente amena
 « A la orilla obsidianas y granates
 « Con ópalos que sacan de la arena;
 « Y dejan sin su pompa los arriates
 « Cortando lirios, rosas y verbena
 « Que entrelazan con hiedra reluciente
 « Para ceñir tu candorosa frente.

« Las Náyades saliendo de los ríos
 « Cruzan alegres la pradera sola
 « Y los jacintos en los sotos fríos
 « Cogen y nardos y morada viola;
 « Y tronzando en las vegas los tardíos
 « Botones de la plácida amapola,
 « Siegan el trébol que florido brilla
 « Y el girasol y oliente manzanilla.

« Tórtolas bellas, cándidas palomas
 « Iré á bajar de sus calientes nidos,
 « Y en los peñascos treparé y las lomas
 « Por buscarte panales bien surtidos.
 « Yo cortaré las blanquecinas pomas
 « Del cercano jardín; mal reprimidos
 « Mis suspiros, sollozos y quebranto
 « Porque eran de Amarilis el encanto.

« A ti, laurel, que oyes mis palabras,
 « A ti, arrayán, que con calada sombra
 « Me cobijas tenaz cuando mis cabras
 « Rumian echadas en la verde alfombra,
 « Ni á ti el crecer al labio de las abras
 « Y ni á ti esa arrogancia que me asombra
 « Al verte erguido en los arroyos claros,
 « Nada os ha de valer; he de cortaros.

« Ah Coridón, humilde campesino
 « Que con laurel y trepadora hiedra,
 « De Galatea, con menguado tino
 « Quieres rendir el corazón de piedra.
 « Ella ama á Iolas bárbaro destino!
 « Al rico Iolas que á mi costa medra
 « Mientras yo arrojo flores al ambiente
 « Y jabalíes á la mansa fuente.

« ¿Y de quién huyes? Dime, niña insana,
 « No sabes qué los dioses inmortales
 « Moraron y de Helena la troyana
 « El amor en los bosques virginales.
 « De Palas la mansión y pompa vana
 « No te deslumbren; ven, que á los zagaes
 « Más nos agrada rústico techado
 « De pardo musgo en silencioso prado.

« Persigue al lobo la feroz leona
 « El lobo á la cabrita zahareña
 « La cabrita al citiso que se entrona
 « Florido en los picachos de la peña.
 « Y Coridón siguiéndote, abandona
 « Oh zagala su grey y se desdeña
 « De hacer al pruno el reclamado afeite.
 « A cada uno le arrastra su deleite!

« Mira; sin yugo vuelven los novillos
 « A su corral; é inclínase al Ocaso
 « Entre celajes rojos y amarillos
 « El sol hermoso con ligero paso.
 « Las sombras y el graznar de los autillos
 « Crecen al par del fuego en que me abraso.
 « ¿Quién, si en la sangre lleva tal veneno
 « Puso jamás á sus amores freno?

« Ah Coridón! ¿qué especie de locura
 « Se apodera de tí? medio podada
 « Has dejado una vid en esa altura
 « En los brazos del olmo reclinada.
 « La triste noche con su cauda obscura
 « Envuelve al mundo; torna á tu majada.
 « No ha de faltarte en la vecina aldea
 « Otra menos uraña Galatea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÉGLOGA TERCERA.

PALEMÓN.

Dic mihi, Dametas, cuius pecus? An Melibœi?

MENALCAS, DAMETAS, PALEMÓN.

MENALCAS.

¿Cuyo es, Dametas, dime, aquel ganado
Que allí á la sombra veo
Pacer la hierba en el ferace prado?
¿Será de Melibeo?

DAMETAS.

No: es de Egón; Egón me le ha entregado.

MENALCAS.

Oh grey, más que otras greyes,
Siempre infeliz y siempre desgraciada!
Mientras Egón cuitado sigue á Nera

Y atisba de la tarde á la alborada
Temiendo, y con razón, que me prefiera;
Este zagal extraño
Trueca ladrón las ubres en veneros,
Al hurtar la substancia á su rebaño
Y el sustento á los míseros corderos.

DAMETAS.

Muy poco á poco! A un hombre
No se afrenta, lo juro por mi nombre!
Con tanta impunidad. Sabemos... calla!...
Al soslayo los chivos te miraron
Y en sus grutas las Ninfas te burlaron.

MENALCAS.

Entiendo que sería
Cuando en las vides de Micón lucientes
Probaba mi hoz y en su arboleda fría.

DAMETAS.

O aquí; ¿recuerdas? cuando el grácil arco,
Entre las viejas hayas,
De Dafnis destrozaste y las saetas;
Y al mirar que un extraño
Al joven regalaba, fiero daño
Le causaste, ó de envidia hubieras muerto.

MENALCAS.

Los dueños en sus ricas posesiones,
Menos franquezas tienen
Que en lo ajeno los ímprobos ladrones.
¿Te has olvidado acaso
De que en cierta ocasión doblaste el paso
Cuando tratabas de robar su oveja

A Damón con indignas acechanzas
 Y por más que ladraba su Licisca?
 Y cuando yo grité: «¿Por qué se aleja
 «Aquel ladrón? Oh Tíiro, el ganado
 «Presto recoge, y mira si le alcanzas,»
 Tú te escondías listo en el vallado.

DAMETAS.

¿Qué? no debía darme la cordera
 Que le ganó mi flauta vocinglera
 Venciéndole en el canto?
 Era muy mía, y él lo confesaba;
 Y después á entregarla se negaba.

MENALCAS.

¿Tú en el canto vencerle!... qué locura!
 ¿Posees por ventura
 Dulce flauta con cera bien cerrada?
 ¿No eres el que solía
 Neciamente soplar á toda hora,
 Donde serpea la campestre vía,
 Su caña chilladora?

DAMETAS.

¿Quieres pues que probemos
 Entrambos lo que en música valemos?
 Y porque no rehuses
 Entrar en lid, te apuesto mi ternera,
 (Aunque tal vez de pródigo me acuses)
 Que nutre dos becerros y es lechera.
 Responde: ¿con qué afianzas
 Mi recompensa, por si no la alcanzas?

MENALCAS.

No del rebaño apostaré contigo
 Ni el más rüin cordero,
 Porque vive mi padre y es severo;
 Mas, tengo una madrastra
 (Suena al igual madrastra que enemigo)
 Que al pobre anciano con astucia arrastra
 A mil bajezas; y ambos cada día
 El ganado me cuentan y la ería.
 Otra cosa te apuesto y estimable,
 Aun á tu mismo juicio,
 (Que pareces perder) dos copas de haya
 Labradas con primor: obra admirable,
 De Alcimedonte prenda y artificio.
 A torno en ellas entalló süave
 Una vid que enlazada con la hiedra
 Las envuelve colgando sus racimos
 Cenicientos y opimos,
 Sin que el lustre del haya menoscabe.
 Y dos retratos esculpió en el centro;
 Uno es Conón, y.... dime, quién fué el otro....
 Aquel que con su vara
 El mundo describió por fuera y dentro
 Y dijo cuándo se cosecha y ara.
 Las guardo intactas: fuera torpe agravio
 Por causa fútil desflorar su labio!

DAMETAS.

El mismo Alcimedonte
 Me hizo dos vasos, y enredó las asas
 Al derredor con floreciente acanto:
 El dulce Orfeo, que la selva y monte
 Arrastró de su lira al bello encanto,
 En el centro descuella. No los baña
 El vino aún; están en mi cabaña.

Tus copas no me alabes; la ternera,
Si te agrada, tu canto remunera.

MENALCAS.

No escaparás; iré donde me llames,
Y porque no reclames
Propongo que nos sirva de testigo
Éste que ahora llega
Y que parece torna de la siega,
Honrado Palemón, de ambos amigo.
Haré con mi cantar, escucha atento,
Que esta lección te sirva de escarmiento.

DAMETAS.

¿Sí?... Canta pues: jamás el vano alarde,
Tan propio del cobarde,
Mengnó mi brío, ni su altivo ceño.
Por mí no habrá demora;
Con todos tus sentidos,
Amigo Palemón, atiende ahora,
Se trata de un asunto no pequeño.

PALEMÓN.

Bien podeis comenzar, aquí sentados
Sobre el heno que alfombra monte y prados.
Los sotos reverdecen,
Bella es la tarde y la estación serena,
Las gramas y los árboles florecen.
Tañe, Dametas, tu flexible avena;
Pulsa, Menalcas, tu rabel sonoro;
Y cantad alternando en el acento,
Para que lleve vuestro canto el viento
A las Ninfas del Ménalo decoro.

DAMETAS.

Oh Musas Heliconias, dadme aliento!
Comencemos por Jove soberano,
Que martilló con vigorosa mano
Hasta combar el alto firmamento.

Él á la Tierra púsole cimiento
Sin escuadra ni plomo; en el verano
Él borda la pradera, y del manzano
Cuaja las flores y encadena el viento.

Él fecunda los hatos; y él enseña
Al mirlo su selvática armonía,
Su piedad reflejando en la cigüeña.

Y aun cuando mora en sempiterno día,
Él me ama, pastor; y no desdeña
Mi canto y melodiosa poesía.

MENALCAS.

Del padre Febo la destreza admira
De las Hermanas el sagrado coro,
Si amable hiere con su plectro de oro
Las blandas cuerdas de su ebúrnea lira.

Y si en el cielo rutilante gira
Entre arreboles de sin par decoro,
Entero el orbe alábale sonoro,
Palpita el río, el céfiro suspira.

Él me ama, Dametas; en el canto
Él adestró mi voz, y ves por ello
Que en la comarca á todos adelanto.

Sus aras, mira, con mi frente sello
Laureles ofreciéndole y acanto,
Y un ramillete de narcisos bello.

DAMETAS.

« Mi Galatea, cándida pastora
De blanca grey y honor de la campaña,
Abre el corral y deja su cabaña
Cuando el sol rubio los picachos dora.

« Oh qué traviesa! Por burlarme, llora
Y luego ríe; mis corderos baña
En el invierno; escóndeme la caña
O viene con disfraz de cazadora.

« Ya me encamina á que el aprisco ronde
Por miedo al lobo, y triste clamorea;
Y si inquieto la llamo, no responde;

« Ya se finge enojada, y de la enea
Me tira una manzana y se me esconde,
Aunque al huir procura que la vea.

MENALCAS.

« Es mi pastora de color de nieve,
Rosada tez, dorado su cabello,
Ojos azules, arrogante cuello,
De palmera su talle, planta breve.

« Cuánto le agrada de la errante Febe
En selva obscura el vivo destello!
Y que acaricie su semblante bello
Con ala suave el cefrillo leve.

« Ella en mirarme tiene su delicia:
Al mediodía, cabe la fontana,
Me espera y mis corderos acaricia;
« Viene de tarde, viene de mañana,
Y viene por la noche: con justicia
Mis perros la conocen más que á Diana!

DAMETAS.

« Dad á la abeja perfumadas flores,
Ambiente y luz á las canoras aves,
Al tierno corderillo gramas suaves,
Y linfas á los peces nadadores;

« Al labrador arados cortadores,
A Cintio en Delfos entalladas trabes,
Remos y lona á las ligeras naves,
Y cayado y rabel á los pastores.

« A las zagalas exquisitas gomas
Y versos que deleiten el oído,
Frutas doradas, lirios y palomas,

« El gusto de mi Filis conocido
He de halagar, nenúfares y pomas
Enviándole y de tórtolas un nido.

MENALCAS.

« Rodea un huerto mi pajiza estancia
Que á los pomares del contorno humilla,
Y regándole voy de orilla á orilla
Sin que estorbe mi paso la distancia.

« Dejó las ataduras de la infancia
Y ya en verano floreciente brilla
Dando un fruto que á todos maravilla;
Qué colores! qué peso! qué fragancia!

« Hoy encontré diez pomas tintas de oro
Y púrpura, bañadas de rocío
Que les daba frescor, lustre y decoro:
« En una concha las junté con brío;
Y diciendo: « Son mi único tesoro »
Las envié sin demora al amor mío.

DAMETAS.

Hay en la verde y húmeda cañada
En donde rompe la selvosa altura,
Un manantial copioso de agua pura
Que enriquece y alegra la planada.

Cuando la tarde aléjase cansada
Y entre celajes Véspero fulgura,
Mi Galatea, centro de hermosura,
Allí me espera por su amor llevada.

Oh cuánto y qué me dice! Raudos vientos,
Que os suspendeis del monte en los basaltos
Por juntar sus palabras avarientos,

Dejad los mirtos y escabrosos saltos,
Y una parte no más de sus acentos
Llevad á oídos de los dioses altos.

MENALCAS.

Silvia cruel, ingrata cazadora,
En los palmarés de cimera flava
Entras con tu arco y reluciente aljaba
La esfera azul al colorar la aurora.

Embebecida vas hora tras hora
Ágil siguiendo á la silvestre pava,
O acosas fuerte con robusta clava
De lobeznos la prole destructora.

No templa de mi pecho los ardores
Que digas, encubriendo tus desvíos,
Que me adoras, amor de mis amores;

Si mientras vagas en los montes fríos,
Con mi anzuelo á los peces nadadores
Acecho en las riberas de los ríos.

DAMETAS.

Al asomar el nítido lucero,
Paje del sol que anuncia la mañana,
Corté duraznos de color de grana
Y sobre el césped degollé un cordero.

Que mandes, Iolas, á mi Fili espero;
Es mi natal; por ello se engalana
El caserío, y suena en la cercana
Fértil pradera rústico el pandero.

Las llanuras albean; se avecina
El tiempo de las mieses, y descuella
Racimoso el viñedo en la colina.

Cuando el rubio licor á Ceres bella
Ofrezca en sacrificio y suave harina,
Vendrá Fili otra vez y tú con ella.

MENALCAS.

Oh Iolas, ay! mi oído asenderea,
Ora risueño, ora entristecido
Se muestre el alto cielo, aquel gemido
De la dulce y sensible Galatea.

Recuerdo que al dejar mi patria aldea,
La última tarde, trémulo, abatido,
La miraba de lejos protegido
Por el ramaje de florida altea.

Ella, anhelante, pálida, sombría,
Fijos sus ojos en fontana pura,
Una viola en capullo descogía.

Y después sollozando, *suerte dura!*
Adiós, adiós hermoso! repetía.
¿Cómo no he de quererla con ternura!

DAMETAS.

Triste al rebaño el insaciable lobo,
Triste á las mieses el nublado cielo,
Triste á los prados el urente hielo
Y el Aquilón al indico algarrobo.

Triste la hiedra al encorvado pobo,
Aunque le envuelva con tenaz desvelo
En sudario de verde terciopelo
Por encubrir su fraudulencia y robo.

Triste á la rosa, triste á la verbena
El colibrí; del plátano á las hojas
El pedrisco, y la lluvia á la colmena.

Dulce Amarili, si de ti me arrojas
Con airado mirar, ¿qué mayor pena?
¿Dónde hallaré cotejo á mis congojas?

MENALCAS.

Dulce á la siembra el oportuno riego,
Dulce al cabrito el áurico retoño
Que abriendo la corteza del madroño
Muestra su tallo de color de fuego.

Dulce á la oveja en plácido sosiego
Tascar echada cuando viene Otoño
Del sauz la hoja, y al primal bisoño
De su cordera el anhelado apego.

Y dulce á la campestre mariposa
Hender en Junio la templada brisa
Y descansar el pie de rosa en rosa.

Y para mí tan sólo la sonrisa
Es dulce, y el despejo y la graciosa
Atractiva mirada de mi Elisa.

DAMETAS.

Ora mi voz remeda peregrina
El ronco estruendo de alterados mares;
Y ora apacible en vírgenes palmares
El blando susurrar de la neblina.

Los versos de mi Musa campesina
Ama Polión; á sus dorados lares
Suave el rumor llegó de mis cantares
Y el eco de mi fístula argentina.

Y si Polión, de cónsules modelo,
Se ha remontado á la celeste esfera
Siguiendo absorto vuestro rauda vuelo,

Venid conmigo á la feraz pradera,
Hijas de Jove, y sublimad al cielo
Su nombre y apacedle su ternera.

MENALCAS.

Diestro Polión, los ánditos severos
De Melpómene holló con fácil planta,
Y á héroes ilustres numcroso canta
Y el rigor de monarcas justicieros;

Hábil de Clío entrando en los linderos
De su nación los hechos abrillanta,
Y á su nación del féretro levanta
Dándole artistas, vates y guerreros.

Si el dulce plectro al manejar sonoro,
Presta su oído á mi campestre avena
Éste de Lacio máximo decoro,

Del flavo Tiber á la orilla amena,
Musas, venid y apacentad su toro
Por más que embista y desparrame arena.

DAMETAS.

Eres, Polión, terrible como el brillo
De negra nube, como el mar airado,
Como el león al verse encadenado,
Como el tigre sangriento en férreo anillo.

Y eres blando cual húmedo tomillo
De virgen selva, como el viento alado,
Como la lluvia en floreciente prado,
Como el medroso y tierno cervatillo.

Que tu favor implore suplicante
É imite las virtudes que le enseñas
El que tema sañudo tu semblante;

Y á quien te ama, Polión, las duras peñas
En su seno le brinden miel fragante,
Néctar y amomo las hirsutas breñas.

MENALCAS.

Bavio cruel, escándalo y afrenta
Del claro Cintio y Ninfas dal Parnaso,
De pobre ingenio, de saber escaso,
Y de voz tremulante y soñolienta;

Ah! con razón á Mevio le contenta
Oír tus versos; con ligero paso
Ambos lleváis las letras á su ocaso;
Ese furor poético os dementa.

Si alguno hubiere (fácil es que lo haya)
Que diga ser cantares vuestros gritos
Y que en oíros mi ánimo se explaya,

Flores busque en los árboles marchitos;
Con zorras are la desnuda playa,
Y ordeñe en su corral á los cabritos.

DAMETAS.

Abren su cáliz las pintadas flores,
Cuelgan su fruto corvos los manzanos,
Y encima de los frescos avellanos
Se aposentan los pájaros cantores.

Pastando sus corderos triscadores
Alegres cruzan los feraces llanos,
Cogiendo aquí y allá los rojos granos
De la fresa, sencillos los pastores.

Oh Títiro, por darlo á tu zagala,
Vas á cortar el trébol que la fuente
Sonorosa en su margen acaudala;

Detén la mano, joven imprudente,
Y mira que en las hierbas se resbala
Cautelosa y ligera la serpiente.

MENALCAS.

Dejad la orilla del boscoso río,
Ovejas mías, el silbato os llama;
Quietas paced la reluciente grama
Ó caro pagareis vuestro desvío.

Por lamer en las hojas el rocío,
Por alcanzar la flor de la retama,
Porque triscando el corderillo os mama,
Recibireis un baño, y hace frío.

Ved junto al fuego tiritar al manso;
Hincó sus cuernos en la orilla hueca
Y nadó en la corriente á fuer de ganso.

Y todavía el veros le embeleca! . . .
Ya se olvidó del frígido remanso
Por más que ahora sus vellones seca.

DAMETAS.

Oh Tíiro, separa del torrente
Mi rebaño de chivos y cabritas,
Y encierra mis corderas favoritas
Mientras pasa crecida la corriente.

Enciérralas, oh Tíiro, presiente
Mi corazón herido nuevas cuitas;
Nitro dales y sal, y no permitas
Que al beber las alumbre el sol urente.

Transpón, te ruego, la vecina loma
Y que pascan la hierba en mi plantío
De todos el más rico en flor y poma.

Yo mismo, mientras reina el fiero Estío,
Á una por una, cuando el alba asoma,
He de bañarlas en el fresco río.

MENALCAS.

Sopla el Austro y resuena en las opacas
Sedientas hojas lúgubre el chirrido
De las cigarras, y el letal balido
En el redil, de mis ovejas flacas.

Despliega, Filis, cuelga las hamacas
Bajo el ramaje del limón florido:
Y no pongas, oh Tíiro, en olvido
Al fresco establo reducir las vacas.

Secas las ubres y el ijar enjuto
Deja á las greyes el calor tirano
Trocando el gozo del pastor en luto.

Búscalas pues; ó lavarás en vano
Las tazas y tarrillos, y sin fruto
Apretarás sus ubres con la mano.

DAMETAS.

Triste de mí! cuán flaco está mi toro,
Menalcas, en un campo tan ameno!
Donde la grama encórvase y el heno
De Aurora salpicados por el lloro;

Donde los pastos remedando el oro
Rompen nacientes de la tierra el seno;
Donde el arroyo se desborda pleno
Y bate el ala céfiro sonoro.

Por más que reine bonancible el año
Y reboce la selva en lozanía,
Es cierta mi desgracia, cierto el daño.

Ay! del amor la acerba tiranía
Implacable se ceba en mi rebaño
Y lacera implacable el alma mía!

MENALCAS.

Mis ovejas, al labio de los ríos,
Apenas se detienen en los huesos
Y no las enflaquecen los excesos
Del amor, ni de Filis los desvíos.

Son las ubres, pastor, á mis cabríos
Peso inútil; los zarzos de frambuesos
Y los tarros, no habiendo leche y quesos,
En los rincones yacerán vacíos.

Ah! Dametas, á mi hato, no el bochorno,
Ha enflaquecido, ni de Amor la saña,
Ni la cereza y flor del verde corno.

Un hechicero (si es que no me engaña
El corazón) habita en el contorno
Y con sus ojos nuestros hatos daña.

DAMETAS.

En Helicón Apolo peregrino
Hábil tañó la cítara sonora;
Poeta fué, su voz arrulladora
Al dulce verso señaló camino;

En la cresta del cándido Apenino,
Que alimañas sin número atesora,
Disparó la saeta voladora;
Fué médico también, y fué adivino.

¿En dónde, dí, de Febo las miradas,
Estando en el cenit, descubren sólo
Un espacio menor que tres brazadas?

Iré del ecuador al yerto polo,
Si adivinas, en trovas ajustadas
Proclamándote nuevo y grande Apolo.

MENALCAS.

Nada, pastor, halágame en la tierra
Más que las rosas y pintadas flores;
Su garbo, sus matices, sus olores,
Admiro embebecido en huerto y sierra.

Y enójame la inicua y torpe guerra
Que el colibrí y abejas zumbadores
Hacen al nardo por robar traidores
El licor que en sus pétalos encierra.

Dime, te ruego: dónde, y por qué leyes
Nacen las flores y en sus tiernas hojas
Llevan grabado el nombre de los reyes.

Si adivinas, en vano te acongojas
Por el desdén de Filis: de mis greyes
Y Filis con tu ingenio me despojas.

PALEMÓN.

Dar el fallo paréceme imposible
En tan largo litigio: con soltura
Ambos cantais; de corazón sensible
Os ha dotado pródiga Natura
Y merecis entrambos la ternera;
Así como cualquiera
Que pruebe lo terrible
Del amor y maléfica dulzura.
Recoged los arados
Y cerrad, oh mancebos, la cacera,
Que bastante bebieron ya los prados.

ÉGLOGA CUARTA.

POLIÓN

Sicelides Musae paulò maiora canamus.

Canté el frescor, el hábito y las flores
De la selva, las greyes, las galanas
Parleras avecillas, los rumores
De los céfros, pinos y fontanas.
Ensayó mi rabel de los pastores
Süave el canto: Musas sicilianas,
Venid ligeras y acorred mi anhelo
Hoy que pretendo levantar el vuelo.

Poeta pastoril, si plugo al hado
Encadenarme á un bosque de tomillo,
Laureles y arrayán; si no me es dado
Por la lira trocar mi caramillo,
Dadme cantar el aromoso prado
Con tal sonoridad, destreza y brillo,
Que esta canción de venturoso agüero
Digna sea del Cónsul Verdadero.

Asoma ya la deseada aurora
Del gran día que en Cumas la Sibila
Al orbe presagió con voz sonora
Mirando con profética pupila.
Llega otra edad; la serie aterradora
De los siglos que huyeron se aniquila;
La Virgen viene, y nace la justicia
Destronando del mundo la malicia.

Al fin renace tras amargo duelo
La era de Saturno, el Siglo de Oro
Que el largo afán del mortecino suelo
Viene á templar y el prolongado lloro.
Nueva progenie nos envía el cielo,
La cual dejando el soberano coro
Donde impera su estirpe bendecida,
Será del mundo la esperanza y vida.

Tú, casta Delia, al celestial infante
Que el mundo trueca con divino encanto
De férreo en áureo, en tu regazo amante
Fomenta y cubre con tu niveo manto:
Él mostrará la gloria en su semblante,
Él á los cisnes vencerá en el canto,
Y Él reinará cual verdadero Apolo
En suma paz del uno al otro polo.

Siendo tú Cónsul, siendo tú caudillo
Oh gran Poliön, se iniciarán los meses
Que eslabonados en luciente anillo
Encierren los rebaños y albas mieses;
Al funesto baladro del autillo
Sucederán de tórtolas monteses
Y mirlos, el arrullo y dulce canto;
Y de la tierra acabará el espanto.

De un Dios tendrá la vida; en los hermosos
Campos de luz y eternos laudales
Ha de ver á los héroes más famosos
Mezclados con los dioses inmortales;
Y ellos también le mirarán gozosos
Sabio y feliz, con leyes paternas,
Siempre imitando el ejemplar fecundo
De su almo padre, gobernar el mundo.

Oh niño afortunado! sin cultivo
El campo erial de gramas brilladoras
Se vestirá, y el tamarindo altivo
Extenderá sus ramas silbadoras;
El desnudo ciruelo y verde olivo,
Ligados por las hiedras trepadoras,
Se encorvarán hasta poner su fruto
Sobre las hojas del acanto hirsuto.

Vendrán á su redil, las ubres llenas
De blanca y dulce leche, las cabritas
El toronjil, mastranzos y verbenas
Tronzando y otras hierbas exquisitas;
Y lamerán las hispidas melenas
Al cruel león; y el campo donde habitas
Te brindará de pámpanos y rosa
Silvestre cuna muelle y deleitosa.

Y morirá la tímida serpiente
Que discurriendo por el prado ameno
Hinca en la grey su ponzoñoso diente
Y el pecho deja de pavura lleno:
Ya la esperanza de vivir no aliente
A la hierba engañosa del veneno;
Que ha de morir, al rubicundo aroma
Cediendo el campo y al asirio amomo.

Y cuando de tu padre la nobleza
Estimes, y las inclitas hazañas
De los héroes, trocada la maleza
Veráse en tiernas y undulantes cañas.
El acebo perdida su dureza
Y en uvas coronado, las campañas
Empapará con el licor divino
Y flava miel destilará el encino.

Ay! que las huellas del primer engaño
Han de quedar, y negros los pesares
Vendrán de nuevo con terrible amaño,
Raudas las flotas al cruzar los mares:
Con férreo muro, precaviendo el daño,
Ceñirán almenados los hogares;
Y hemos de ver al labrador moreno
Rasgar adunco de la tierra el seno.

Entonces por el Ábrego y el Noto
Otra vez en el piélagos embestidos,
En griega nave y Tifis de piloto
Arribarán los héroes elegidos.
En la inquieta ciudad y yermo soto
De las piedras oiránse los zumbidos;
Y los rumores de la flecha hostiles
La sangre inflamarán del nuevo Aquiles.

Cuando se trueque en barba el fino bozo
Que sombreará tus cándidas mejillas,
Verán los mares con inmenso gozo
Desarbolar al nauta sus barquillas;
Nunca jamás oiremos el sollozo
Que les arrancan las crujientes quillas
En lucha eterna con las olas bravas
Y de avariento mercader esclavas.

En ese tiempo abrazará el manzano
 Al glorioso y erguido cocotero
 Que asombrando la mies en el verano
 Descuelle abanicándose altanero;
 Los cinamomos en el mismo llano
 Vivirán con el cidro y limonero;
 Y entre los hielos de la parda sierra
 Flores y frutos mostrará la tierra.

Ha de alargar intrépida la viña
 Sin miedo á la hoz sus pámpanos lucientes,
 Y los sarmientos en gigante piña
 Agruparán sus granos transparentes;
 No sufrirá la plácida campiña
 Del rastro y biello los agudos dientes,
 Ni pedirá por abonarse, el fuego,
 Acres cenizas y copioso riego.

Los labradores la fecunda esteva
 Dejarán y los yugos, suspendidos,
 Sin más porfiar con la obstinada gleba
 Ni con los tordos vagos y atrevidos;
 Junto la entrada de campestre cueva,
 A sus bueyes por siempre desuncidos,
 Ora verán pacer en los gramales
 Ora bebiendo en límpidos raudales.

Y en vano imitará la dócil lana
 Con fingidos matices los colores
 Que miramos rompiendo la mañana
 En el cielo, las nubes y las flores:
 Teñidos de amarillo, azul y grana,
 Llevarán los corderos triscadores
 Sus vellocinos, sólo apacentados
 Con la hierba menuda de los prados.

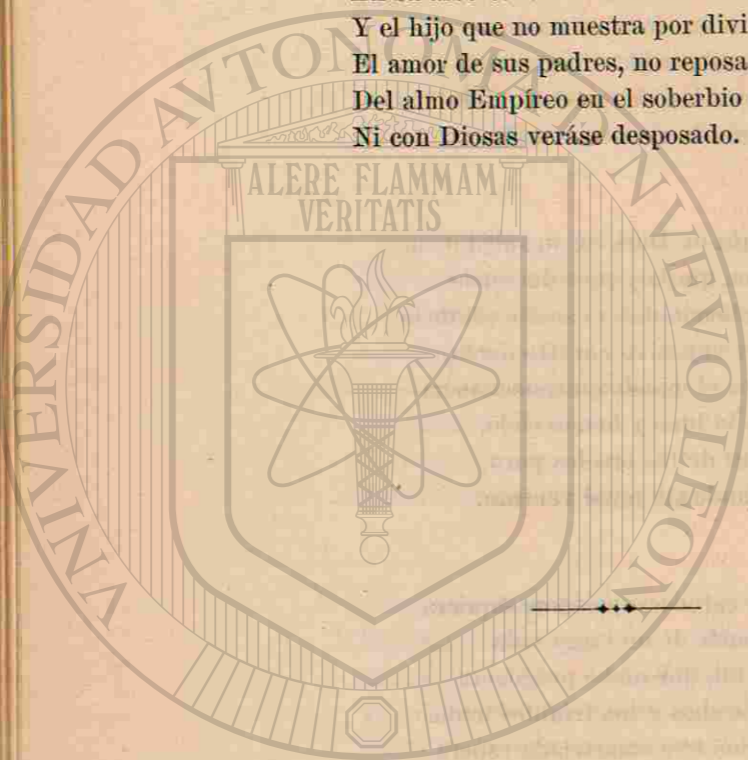
« Husos nuestros, las Parcas Estiginas
 Exclamaron, girad; y presurosos
 Revolved esas hebras blanquecinas
 Que al mundo traen siglos tan dichosos.»
 Ya las abejas sus fragantes minas
 En los saltos descuidan fragorosos,
 Y en torno vuelan del preciado niño
 En quien cifra la tierra su cariño.

Prole cierta de Dios, de su substancia
 Imagen viva, gloria y prez del suelo
 Que descendiendo de tu excelsa estancia
 Ahuyentas compasivo nuestro duelo,
 Ya bambolea el mundo en consonancia
 Con el sol y la luna y hondo cielo,
 Porque la luz de tus ojos pura
 Al orbe infunde sin igual ventura.

Ah! para entonces quédeme siquiera
 La última parte de mi larga vida
 Y un vigor tal, que alabe pregonera
 Mi voz tus hechos y tus triunfos mida.
 Y en la nación que amartelada espera
 Libertad y salud con tu venida,
 En alcázares, pueblos y cabañas
 Publicarán mis versos tus hazañas.

Ni el Tracio Orfeo, ni el facundo Lino
 Me excederán melífluos en el canto;
 Así Caliope y Febo peregrino
 A Orfeo y Lino cubran con su manto;
 Ni del Menalio Músico divino
 En sus bosques de gualda y amaranto
 Me ha de vencer la flauta vocinglera,
 Siendo testigo y juez la Arcadia entera.

Oh niño celestial, la blanda risa
 Conoce, es tiempo, de tu madre hermosa,
 Quien del cielo á las órdenes sumisa
 En su albo seno te llevó amorosa.
 Y el hijo que no muestra por divisa
 El amor de sus padres, no reposa
 Del almo Empíreo en el soberbio estrado,
 Ni con Diosas veráse desposado.



ÉGLOGA QUINTA.

DAFNIS.

Cur non Mopse (boni quoniam convenimus ambo.....

MENALCAS Y MOPSO.

MENALCAS.

Oh Mopso amigo, ya que nos juntamos
 Los dos en este sitio y ambos diestros,
 Tú en soplar (eres músico) la flauta,
 Yo en decir (soy poeta) dulces versos,
 Dime ¿por qué, dejadas las ovejas
 Que ramonean en los altos cerros,
 No entonamos un cántico sabroso
 Tendidos á la sombra de los fresnos?

MOPSO.

Eres más hábil y parece justo,
 Oh Menalcas, que yo te esté sujeto;
 Ora sentados á la incierta sombra
 Que mueve y cambia vagaroso el viento,
 Ora á la entrada de la verde gruta

Que columbro del monte en el repecho,
Y que tapizan de la agreste parra
Las hojas tiernas y racimos negros.

MENALCAS.

En nuestros montes, competir contigo
Sólo Amintas ha osado en el acento.

MOPSO.

¿Y eso te admira? ¿por acaso ignoras
Que ha pretendido superar á Febo?

MENALCAS.

Oh Mopso, los amores de tu Filis
Comienza por cantar, de Alcón certero
Las alabanzas, ó el valor de Codro;
Mientras, Títiro cuida tus corderos.

MOPSO.

Mejor, si quieres, bellas unas trovas
Que ayer cantaba te diré primero,
Y que después con tremulenta mano
Esculpí en la corteza de un abeto.
He de probar si la memoria mía
Me ha sido fiel; escúchalas te ruego:
Y haz que otra vez á contender conmigo
Se apreste Amintas temerario y necio.

MENALCAS.

Cuanto á la oliva cede el blanco sauce
Y al púnico rosál humilde el heno,
Tanto el altivo Amintas, á mi juicio,
En la caña te cede y en los versos.

MOPSO.

Deja eso, joven; deja, no prosigas
Que es un elogio de subido precio:
Hemos entrado en la risueña gruta,
Comienzo mi cantar, estáme atento:
Tristes lloraban del hermoso Dafnis
La suerte cruel mesando su cabello
Castas las Ninfas, la temprana muerte
Del dulce Dafnis, del pastor más tierno.
Vosotras, Ninfas, duros avellanos,
Ceruleos ríos que gemís no lejos,
Fuisteis testigos y testigos mudos
De su agonía, oísteis sus lamentos.
Y habeis mirado á su infelice madre
Que viene presa de inefable duelo
Y llamando crueles á los dioses
De su hijo abraza el desangrado cuerpo.
Los bueyes, Dafnis, en aquellos días
No pastaron las hierbas ni bebieron
Y doblaron los toros sus bramidos
Y las vacas dejaron sus becerros.
Que tu muerte lloraron los hirsutos
Bravos leones, Dafnis, flébil Eco
En las selvas y montes lo publica
Ronca elevando su clamor al cielo.
Dafnis uncir á los veloces carros
Armenios tigres inventó el primero
Y estableció las bacanales danzas
Y revistió los tirsos con sarmientos.
Como la vid los árboles decora,
Como á las vides sus racimos tiernos,
Como á las greyes los gallardos toros,
Como la mies á valles y barbechos,
Eres así decoro de los tuyos.
Después que el hado te arrancó siniestro
La misma Pales olvidó los campos

Y con el mismo Apolo vase huyendo.
 Y muchas veces en el fértil surco
 Donde trigo sembramos y centeno,
 Los tristes joyos é infeliz avena
 Yerguen ufanos el lustroso cuello.
 En vez de suaves y moradas violas,
 En vez de lotos y narciso ameno,
 Se alza espinoso y al inútil cardo
 Presta la mano el infecundo acebo.
 Fragantes hojas esparcid, pastores,
 Y con sombras cubrid los arroyuelos;
 Sabed que Dafnis á nosotros manda
 Que de este modo su memoria honremos.
 Y levantad en la mojada tierra
 Sin demora un humilde monumento,
 Y al túmulo añadid sobre la losa
 Por sencillo epitafio aqueste verso:
*Yo Dafnis en las selvas conocido,
 Y cuya fama penetró en el cielo,
 Fuí pastorcillo de rebaño hermoso
 Y más hermoso que mi grey yo mesmo.*

MENALCAS.

Oh poeta divino, tu armonía
 Es para mí lo que el tranquilo sueño
 Bajo la sombra al segador cansado
 Si se recuesta sobre el césped fresco;
 Es para mí lo que en sañudo estío
 Dejar la esteva al labrador sediento
 Por allegar descolorido el labio
 Al borbollón de límpido venero.
 No sólo igualas en tañer la flauta
 Mas también en el canto á tu maestro;
 Oh joven fortunado, desde ahora
 Tú llenas su lugar aquí en mi pecho.
 Y en cuanto pueda, á tu querido Dafnis,
 (También me amaba!) de mi pobre ingenio

Llevado en alas, á la azul esfera
 He de encumbrar en alternado metro.

MOPSO.

¿Pudiera haber regalo más precioso
 Que este don? por sus nobles sentimientos
 Fué mi Dafnis muy digno de alabanza;
 Ya Estimicón me ponderó tus versos.

MENALCAS.

Ve con asombro refulgente Dafnis
 La puerta amable del Olimpo excelso;
 Mira á sus pies del Orbe la techumbre
 Con sus nubes y pálidos luceros.
 Por tanta dicha y singular ventura
 Las selvas todas con el campo ameno
 Y Pan y los pastores y Driadas
 En cánticos exhalan su contento.
 No acecha el lobo al mísero ganado
 Ni encuentra lazos el cobarde ciervo
 Al buscar sus guaridas; el buen Dafnis
 Ama del campo el natural sosiego.
 Su voz alzando melencundo el monte
 Hasta llegar al claro firmamento,
 Con los arbustos y peñascos dice:
Es Dios, Menalca, es Dios aquel mancebo!
 Oh! sé propicio, Dafnis, á los tuyos!
 De cuatro altares que en el verde suelo
 Levanto ahora, dos en honra tuya
 Consagro, y dos al coruscante Delio.
 Dos grandes tazas de espumosa leche
 Y dos conchas con óleo pingüe y fresco
 De mi olivar y greyes, en primicia
 Te ofreceré constante en todo tiempo.
 Alegraré con vino los festines
 Junto al hogar en el brumoso invierno,

Y en el estío á la calada sombra
 De verde aliso rumoroso y grueso.
 Los vasos llenaré con blando néctar
 Del Arisino; Egón dirá los versos;
 Y Alfesibeo en compasado baile
 Imitará los sátiros ligeros.
 Sea que hagamos votos á las Ninfas,
 Los campos sea que al sembrar lustremos,
 No faltarán panales en tus aras
 Ni de alba leche el espumoso riego.
 Mientras los antros y boscosa cumbre
 Ame del monte el javalí soberbio,
 Y alegres hiendan las cerúleas ondas
 Mudos los peces en el lago terso;
 Mientras se nutra la estival cigarra
 Con el rocío encima del cantueso,
 Y mientras chupen blondas las abejas
 La flor temprana del fragante alheño,
 Tu claro nombre vivirá en el mundo;
 Siempre la fama narrará tus hechos;
 Y siempre amado, las sencillas danzas
 Presidirás y los campestres juegos.
 Te invocarán y como á Baco y Ceres
 Los labradores cuando sopla el cierzo
 En el verano; y cumplirán sus votos
 O los condenas á suplicio eterno.

MOPSO.

¿Qué te daré? ¿qué don por este canto?
 Porque ni el silbo de Aquilón austero
 Me agrada más si rábido sacude
 En noche oscura mi pajizo techo.
 Ni los bramidos de las blancas olas
 Cuando se azotan con feroz denuedo
 En la ribera, ni del blando río
 Al resbalar, los plácidos requiebros.

MENALCAS.

Te regalo mi flauta. Yo con ésta
 Ensayé mi cantar: *A Alexis bello*
Amaba Coridón; y aquel idilio:
 ¿Cuya esta grey? será de Melibeo?

MOPSO.

Recibe mi cayado, te lo endono;
 Es muy digno y pretende poseerlo
 Antígenes: Menalcas, por el bronce
 Es precioso y los nudos tan parejos.

EGLOGA SEXTA.

SILENO

*Prima Syracosio dignata est ludere versu
Nostra, nec erubuit silvas habitare, Thalia*

Mi Musa la primera en nuestro idioma
Produjo audaz (y de ello no se duele)
Tiernos idilios y habitó en los campos.
Al cantar las batallas y caudillos
Llegó Apolo, tiróme de la oreja
Y «Tíiro, conviene, me decía,
«Que el pastor apaciente ovejas gordas
«Y que versos humildes sólo cante.»
Ahora yo (supuesto que otros muchos
Se empeñan en decir tus alabanzas,
Oh Varo, y en pintar las guerras tristes)
Voy ayudado de mi caña grácil
A entonar, por ti solo, agreste idilio.
Lo permitido canto. Mas si alguno,
Si alguno, por su amor tal vez cegado,
Llega á leer mis versos, á ti sólo
Oh Varo, elogia mi cantar humilde,
Y á ti los montes y la selva aplauden:
Y no hay libro que más agrade á Febo
Que aquel que ostenta de su Varo el nombre.

Pierias, comenzad. El Menasilo
Y Cromis, á Sileno se encontraron
Dormido, y con las venas (como siempre)
Hinchadas por el vino que en las tardes
Acostumbra beber con grande exceso.
Desprendidas rodaban de su frente
Por el suelo pampíneas las guirnaldas;
Y el cántaro surtido se veía,
A la pared colgado de la gruta,
Del asa enflaquecida por el uso.
Le acometieron (porque muchas veces
Con la esperanza de cantarles versos
A estos zagales engañó el anciano)
Y las guirnaldas convirtiendo en sogas
Le ataron; se agregó por compañera
A los jóvenes tímidos, la Ninfa
Égle llamada que asomó oportuna,
De las Náyades, Égle, la más dulce;
Y, ya despierto, con sañguíneas zarzas
La frente le tiñeron y las sienes.
Riendo de la burla, así les dice:
Por qué me habeis ligado? Desatadme,
Oh mancebos, que os basta con lo visto.
Oíd los versos que pedís; es deuda
Que os pago, y no merced. Y al mismo punto
A cantar empezó. Y entonces vieras
De su voz al compás danzar los Faunos
Y los tigres, y duras las encinas
Menear ledas sus tendidas copas.
Ni con Apolo la Parnasia cumbre
Se alegra tanto, ni al divino Orfeo
El Ísmaro y Rodope tanto admiran.
Porque cantaba, como en el enorme
Vacío los primeros elementos
Del aire, de la tierra, de las aguas
Y el fuego transparente se juntaron;
Y como de los átomos su origen
Tuvo la creación y su principio,

Y el mismo tierno mundo fué creciendo.
 Entonces poco á poco endurecida
 La tierra se mostraba, cuando el ponto
 Blandamente ondeando se encogía
 Y tomaban las cosas sér y forma.
 Ya de la tierra el estapor doblado
 Al ver la rubia luz del sol primero
 Y al mirar que los húmedos vapores
 Suben á lo alto y luego se desatan
 Sobre los campos en alegre lluvia;
 Ya el nacimiento de la virgen selva,
 Y como los primeros animales
 Vagaban raros en ignotos montes.
 Después, las piedras de la madre Pirra
 Hacia atrás arrojadas, y los tiempos
 De Saturno y del Cáucaso las aves,
 Cantó con voz divina; y aquel hurto
 De Prometeo, y la terrible historia
 De Hilas perdido al labio de una fuente,
 En donde los marinos le buscaron
 Por su nombre llamándole; y la playa
 « Hilas! Hilas! » tan sólo repetía.
 Habló de la infelice Pasifae,
 Dichosa si ganados no existieran,
 La cual cifraba sus delicias todas
 En el amor de su novillo blanco:
 « Ah! virgen desgraciada, qué locura
 « Se apodera de ti? Las bellas hijas
 « De Preto con horrisonos mugidos
 « Y falsos asordaron la campaña;
 « Pero nunca jamás ninguna de ellas
 « Quiso admitir consorcio tan horrendo,
 « Y aunque temiera en su cerviz el yugo
 « Y muchas veces con rosada mano
 « En su espaciosa y afelpada frente
 « Buscaba inquieta los pitones fieros.
 « Ah! Virgen infeliz, por las colinas
 « Trepas errante; y mientras, los jacintos

« Oprime echado tu querido toro
 « Rumiano alegre la amarilla hierba
 « Al pie de negro rumoroso roble;
 « O de la grey que numerosa paze
 « Persigüé á las novillas. Del Dicteo
 « Oh Ninfas, bellas Ninfas, las entradas
 « Cerrad del bosque, acaso los vestigios
 « Del vagabundo toro encontraremos.
 « Quizá atraído por la grama verde,
 « O siguiendo embebido á los rebaños,
 « El husmo de las vacas le conduzca
 « A los frescos establos de Gortina.»
 Cantó en seguida el lamentable arrobo
 Y fiero engaño de la triste joven
 Que contemplaba las Hesperias pomas:
 De Faetonte á las flébiles hermanas
 Ora reviste con amargo musgo
 Y hace brotar de la fecunda tierra
 Tres altos olmos que su claro numen
 Rodea al punto de corteza pingüe;
 Canta, ora, fácil, al errante Galo
 En las flavas riberas del Permeso,
 Y como encima de los montes Aonas
 (Conducido por una de las nueve)
 De Febo el coro al verle se levanta;
 Y como el tierno Lino, aquel hermoso
 Dulcísimo pastor, en flores y apio
 Amargoso ceñida la cabeza
 Le dijo en verso con gentil donaire:
 « Esta flauta recibe que las Musas
 « Amables te regalan; es la misma
 « Que en otros tiempos el divino Hesiodo
 « Llevaba ufano y con la cual solía
 « Hábil cantando ablandecer los robles.
 « El origen del bosque de Grinea
 « Dinos con ésta; y en el vasto mundo
 « No haya jamás un bosque más fragante
 « Que así deleite al soberano Febo.»

¿A qué decir lo que cantó de Scila,
 Hoy fiero escollo, y que las níveas ingles,
 Según es fama, por ladrantes monstruos
 Lleva ceñidas, y abatió la flota
 Del fuerte Ulises, y en el mar profundo
 Ay! á los nautas dividió en pedazos
 Con el auxilio de marinos perros?
 ¿A qué narrar lo que de Proene dijo,
 Y aquella singular metamorfosis
 De Tereo, cambiado en abubilla?
 Y las viandas que insana Filomela
 Le ofreció por regalo? y de qué modo
 Tendió las alas por buscar el yermo,
 Y cómo el desgraciado revolaba
 Poco después encima sus hogares?
 Cantó, por fin, lo que el dichoso Eurotas
 Oyó de Febo que habitó en su margen
 Haciendo que los lauros aprendieran:
 Locuaz el eco al éter azulado
 Llevaba en suaves notas sus acentos;
 Hasta que ordena conducir las greyes
 A los establos tibios y contarlas
 El Véspero con pena del Olimpo.

ÉGLOGA SÉPTIMA.

MELIBEO

Fortè sub argula considerat illice Daphnis.

Sobre la verde grama recostado,
 Al pie de negra y susurrante encina
 Miraba Dafnis el florido prado
 Desde el repecho de húmeda colina.
 Los céfiros bullían; el ganado
 Mugiendo se internaba en la vecina
 Oscura selva; y con su linfa pura
 Un riachuelo bañaba la llanura.

El claro sol encima el reluciente
 Monte oriental, con pompa soberana
 Mostraba al mundo su radiosa frente
 Ceñida en nubes de amarillo y grana.
 Dejaba oír de lejos el torrente
 Su majestosa voz; y la galana
 Festiva alondra, la naciente lumbre
 Contemplaba de un álamo en la cumbre.

Dos pastoreillos, uno de corderas
 Y otro de cabras, por igual camino
 Conducían su grey á las praderas
 Y en aquel sitio uniólos el destino.
 Ambos contaban quince primaveras,
 Tirsi gentil y Coridón divino,
 Ambos poetas de sin par encanto
 Y ambos amables por su dulce canto.

En mi heredad, temiendo los desmanes
 Tristes del Bóreas pertinaz y altivo,
 Me ocupaba en cubrir mis arrayanes
 Con ramos secos del podado olivo.
 Y mientras, descarriado por los planes
 Íbase huyendo mi travieso chivo:
 Y al reducirle Dafnis me veía
 Y sonriente y amable me decía:

« Ven, Melibeo: el chivo y tus cabritos
 « Están sin riesgo; toma algún descanso
 « A la sombra tenaz de los caimitos
 « Que apenas mueve el cefirillo manso.
 « Estos tilos en flor nunca marchitos
 « Cobijan amorosos un remanso
 « Del Mincio alegre que cercano brilla
 « Meciendo los carrizos de su orilla.

« La grey aquí, dejadós los breñales
 « Que mustios vense á la mitad del día,
 « Ora duerme en los sotos virginales,
 « Ora trisca en erótica alegría.
 « Las abejas sus cándidos panales
 « Susurrando enriquecen á porfia
 « Con las fragantes y exquisitas mieles
 « Que toman de la flor de los laureles.

« Ven, Melibeo: todo te convida
 « A disfrutar de plácido reposo;
 « La sombra, el tilo de cumbreira erguida
 « Y el claro Mincio que se tuercé airoso;
 « El carrizal, la hierba humedecida,
 « La abeja grácil, el panal sabroso,
 « Y estos zagales prez de la montaña
 « Que tañen diestros la sonora caña.»

¿Qué pude hacer? Viviendo sin pastora
 No tengo quien encierre á mis corderos
 Cuando la nube cruza voladora
 Anunciando granizo y aguaceros.
 Y Tirsi y Coridón en esa hora
 Allí se disputaban vocingleros
 Sin perder su habitual y dulce calma,
 La del poeta vencedora palma.

Al asomar Otoño así en el trino
 Dos ruseñores de una á la otra rama
 Compiten, y el acento peregrino
 Y terniza del uno al otro inflama.
 Y ambos se esfuerzan con tan poco tino
 Que el más dulce y sensible allí derrama
 Al ambiente bañado con la esencia
 De las flores su débil existencia.
 Se coronaron de purpúrea encina
 Entrambos y de mística verbena
 Y acordaron con gracia peregrina
 Tirsi un rabel y Coridón su avena.
 Del Mincio la corriente cristalina
 Se detuvo á escuchar; y la colmena
 Su constante labor interrumpía
 Oyendo á Coridón que así decía:

CORIDÓN.

Oh Musas de Libetra, que del frío
 Ignoto carmen donde mora Febo
 Sois la delicia, y en romance nuevo
 Cantais las linfas del sonante río;

En ese bosque de arrayán sombrío,
 Y lauro, y palmas, y brillante acebo,
 Ceñís la frente del gentil mancebo
 Del tierno Ipandro en húmedo atavío.

De Ipandro dadme el caramillo griego
 Y el arpa de oro; de su pecho noble
 Dadme el valor, la inspiración, el fuego.

Vuestra ayuda ¡lo veis! aguardo inmóvil
 Primero que cantar; ó parto luego
 Suspendiendo mi flauta en ese roble.

TIRSI.

Venid, pastores: de amarilla gualda
 Y nardo, helechos y morada hiedra,
 Con ese musgo que en las rocas medra
 Entretejed por Baco una guirnalda.

Luego subid por la escabrosa falda
 De aquese monte que el mirarle arredra;
 Allí en su cumbre y en la viva piedra
 Crece un palmito de hojas de esmeralda.

Hurtadle un ramo, y de la mansa fuente
 Al borbollón, y al pie de los ciruelos
 Dádmele al punto de ceñir mi frente;

Y este clamor llevad hasta los cielos:
 ¡Gloria al poeta! Hagamos que reviente
 Mi rival acosado por los celos.

CORIDÓN.

Esclarecía, Delia; y mi ganado
 Al ordeñar, salió de la maleza
 Un jabalí gruñendo con fiereza
 En la rampa fragosa del Nevado.

Le herí, le derribé; con brazo airado
 Le separé de un tajo la cabeza
 Que traigo aquí y ofrezco á tu belleza
 Con las cuernas ramosas de un venado.

Si doblas mi cosecha (cual te plugo
 Doblarla antaño) y céfiro acaricia
 A mis novillos bajo el tosco yugo,

Te ha de ser una estatua la primicia
 Con borcegués retintos en el jugo
 Del múrice africano tu delicia.

TIRSI.

Priapo, el rey del aromoso huerto,
 El de alas de oro, el padre de las flores
 Que templando de Febo los rigores
 Mis árboles corona en fruto cierto.

Él fija y abre del novel injerto
 La flor medrosa; endulza y da colores
 Al durazno, y abriga en los calores
 El panal suspendido al descubierta.

Su imagen, cincelada en mármol puro
 Y del ciprés ungida con la savia,
 Es el decoro de mi pobre muro;

Y si este don por mísero le agravia,
 Que fecunde mi grey; y yo te juro
 Que las minas agoto de la Arabia.

CORIDÓN.

Hija inmortal del inmortal Nereo,
Oh Galatea cándida y hermosa
Más que los cisnes y la fresca rosa
Más dulce y tierna que el tomillo Hibleo.

De las alondras al primer gorjeo
Deja mañana tu mansión umbrosa,
Y tus alas de leve mariposa
Despliega y ven, acaba el pastoreo.

Tras la llovizna pertinaz y fría
Se muestra el sol; levántanse las gramas
Y retruena la obscura serranía;

Tu Coridón debajo las retamas
Te espera insomne al despuntar el día
Poniendo á prueba si de veras le amas.

TIRSI.

Ninfa gentil, Nerina más risueña
Y pura que el lucero de la tarde
Cuando ceñido en arreboles arde
Y de las sombras el poder domeña.

Tal vez á Tirsi que en mirarte sueña
Tienes en menos que al anís cobarde
Y de un pérfido amor haciendo alarde
Le esquivas como al apio de Cerdeña.

Tal vez . . . tal vez un nuevo desengaño
Será mi recompensa en este día
Más largo para mí que todo el año.

Ah, triste grey! dejad la vega umbría
En señal que os doleis de mal tamaño
Y conmigo tornad á la alquería.

CORIDÓN.

Fuentes musgosas, tremulante hierba
Dulce y más dulce que el tranquilo sueño,
Que te defiendes del amargo ceño
De Cáncer bajo el árbol de Minerva.

Oh fuentes limpias, fuentes que preserva
Con móvil sombra el floreciente alheño,
Que dais abrigo plácido y risueño
Y linfa y grama á la parida cierva.

Defended del solsticio á mi rebaño,
Mirad que asoma el riguroso estío
Y pinta mal con la estación el año.

Ya la calina, el vendaval impío
Y la piedra se adunan en mi daño:
¡Fuentes y hierbas, en vosotras fio!

TIRSI.

En donde arranca el monte y culebrea
El Mincio ameno y sonoro baña
El fértil valle, tengo mi cabaña
Que es la mejor de la vecina aldea.

Allí no hay frío: sin cesar humea
El techado de musgo y espadaña,
Y los carrizos del cercado empañan
Negro el hollín de resinosa tea.

La guardan por el norte un algarrobo
Y una hiedra que sube y se encastilla
En la cumbre del vencido pobo.

Yo temo allá del Bóreas la rencilla
Como que cuentes tu ganado el lobo,
Y el torrente los juncos de su orilla.

CORIDÓN.

Irradia el sol tiñendo en la selvosa
 Vega su luz, el soñoliento cardo
 Se endereza y las lágrimas del nardo
 Embebe amante la encendida rosa.

La casta abeja súrtese afanosa
 Hiriendo aleve al ciclamor gallardo
 Y aviva el cefrillo el vuelo tardo
 De la leve y dorada mariposa.

Todo ríe: sacuden su melena
 El pruno y cidros del pomar sombrío
 Regando el fruto en la brillante arena.

Ay! que mañana con mortal hastío,
 Ido mi Alexi, la rapaz avena
 Verás erguirse y agotado el río.

TIRSI.

Muere la grama y en desnuda tierra
 Por la sequía tórnanse los prados
 Y aun Baco, por envidia, á los collados
 Niega sus vides en inicua guerra.

Mi pobre hato macilento yerra
 Sobre los troncos del jaral quemados,
 Braman los bueyes, sobran los arados
 Y husmea el polvo horra mi becerra.

Ven, Fili, ven: esperan tu llegada
 El prado y vides, el jaral y el heno,
 Mi becerrilla, el toro y la manada.

Sólo á tu vista truécase en ameno
 El mustio campo y rompe alborozada
 La negra nube el fecundante seno.

CORIDÓN.

Hércules ama el álamo sombrío,
 Baco la vid, el mirto Citerea,
 Y Febo el lauro que brillante ondea
 Movido al soplo del ambiente frío.

Mi Fili al amador del fresco río
 Sultán del valle y gala de mi aldea
 Que en domeñar altivo se recrea
 El raudo empuje de huracán bravío.

Y mientras Filis ame el avellano
 Y de su tronco en la corteza dura
 Grabe mi nombre con su blanca mano,

Ni el mirto con su pompa y su frescura
 Le ha de vencer jamás en lo galano
 Y ni el lauro de Febo en hermosura.

TIRSI.

Hermoso el fresno que en el bosque umbrío
 Descuella encima del peñasco yerto
 Y el pino que zafándose del huerto
 Las auras hiende con donaire y brío.

El álamo que asombra al fresco río
 Por labruscas y hiedras mal cubierto
 Es hermoso y hermosa en el desierto
 La palmera bañada de rocío.

Ah, bella Clori, si tus negros ojos
 Por un instante clavabas condolida
 En el zagal que llora tus enojos,

El fresno, el pino, el álamo, en la vida
 Te vencerán en gracias, ni los rojos
 Asianos cocoteros en lo erguida.

MELIBEO.

De esto me acuerdo. Tirsi desgraciado
 ¿Quién á la selva encaminó tu planta?
 ¿Cómo intentaste, mal aconsejado
 Poner en competencia tu garganta?
 Coridón protegido por el hado
 Cual ciprés entre mimbres se levanta.
 Desde ese tiempo dije, y lo repito:
 Coridón mi poeta favorito.

ÉGLOGA OCTAVA.

LA HECHICERA.

DAMÓN, ALFESIBEO.

Pastorum musam Damonis et Alphisiboei.

El cantar de Damón y Alfesibeo
 A quienes en certamen armonioso
 Admiró, de las hierbas olvidada,
 La novilla, y á quienes, asombrados
 Los linceos vigilantes y los ríos
 Escuchaban, los plácidos cantares
 Diremos de Damón y Alfesibeo.
 Nunca, Polión, me niegues tus favores,
 Ora las peñas del azul Timavo
 Robusto subas, atravieses ora
 Del mar de Iliria la desnuda playa.
 ¿Nunca jamás el suspirado tiempo
 Vendrá en que pueda publicar tus glorias?
 ¿Nunca jamás seráme permitido
 Hacer que el mundo tus tragedias nobles
 Admire, dignas del coturno griego?
 Por ti comenzaré: que por ti acabe

MELIBEO.

De esto me acuerdo. Tirsi desgraciado
 ¿Quién á la selva encaminó tu planta?
 ¿Cómo intentaste, mal aconsejado
 Poner en competencia tu garganta?
 Coridón protegido por el hado
 Cual ciprés entre mimbres se levanta.
 Desde ese tiempo dije, y lo repito:
 Coridón mi poeta favorito.

ÉGLOGA OCTAVA.

LA HECHICERA.

DAMÓN, ALFESIBEO.

Pastorum musam Damonis et Alphisiboei.

El cantar de Damón y Alfesibeo
 A quienes en certamen armonioso
 Admiró, de las hierbas olvidada,
 La novilla, y á quienes, asombrados
 Los linceos vigilantes y los ríos
 Escuchaban, los plácidos cantares
 Diremos de Damón y Alfesibeo.
 Nunca, Polión, me niegues tus favores,
 Ora las peñas del azul Timavo
 Robusto subas, atravieses ora
 Del mar de Iliria la desnuda playa.
 ¿Nunca jamás el suspirado tiempo
 Vendrá en que pueda publicar tus glorias?
 ¿Nunca jamás seráme permitido
 Hacer que el mundo tus tragedias nobles
 Admire, dignas del coturno griego?
 Por ti comenzaré: que por ti acabe

Y para ti no más el canto humilde
Que sumiso á tus órdenes levanto;
Y permite que enlace aquesta hiedra
A los laureles que brillantes ornan
Tu noble, altiva y vencedora frente.

Apenas se alejaba de los cielos
La sombra fría de la noche oscura,
Y á la hora que las hierbas el rocío,
Gratísimo á las greyes, abrillanta,
Reclinado en el tronco de una oliva
Se quejaba Damón de esta manera:

« Nace, oh lucero, que al hermoso día
« Precedes; date prisa, mientras lloro
« Y por mi Nisa pérfida engañado,
« A los dioses (de nada me ha servido
« Que miraran propicios mis amores)
« Moribundo apostrofo en mi hora extrema.
« Ven y conmigo empieza, flauta mía,
« Conmigo empieza los Menalios versos.

« Nutre constante el Ménalo á su falda
« Sonoros bosques y parleros pinos,
« Y siempre escucha eróticos cantares
« Del pastoreillo y la armoniosa tibia
« De Pan bicorne que turbó el primero
« De las agrestes cañas blando el ocio.
« Ven y conmigo empieza, flauta mía,
« Conmigo empieza los Menalios versos.

« Se entrega Nisa á Mopso! Los amantes
« ¿Qué no esperamos? Los horrendos grifos
« Se juntarán con las altivas yeguas
« Y los corzos el siglo veuidero
« Vendrán al agua con los bravos canes.
« Oh Mopso, corta, corta nuevas teas:
« Vas á casarte; esposo fortunado
« Las nueces riega; el Véspero abandona
« Por ti del Eta la azulada cumbre.
« Ven y conmigo empieza, flauta mía,
« Conmigo empieza los Menalios versos.

« ¡Mujer, esposa de varón tan digno!
« Mientras tu orgullo á todos menosprecia;
« Mientras odias mi flauta y mis cabritas,
« Mi ceja hirsuta y encrespada barba;
« Entiendes que los dioses inmortales
« Jamás del hombre los destinos rigen.
« Ven y conmigo empieza, flauta mía,
« Conmigo empieza los Menalios versos.

« Cuando eras niña, aquí en mis valladares
« Te miré con tu madre (yo era entonces
« Vuestro guía) cortando frescas pomas
« Escamadas de diáfano rocío.
« Cumplido había trece primaveras;
« Ya alcanzaba empinándome en el suelo
« De los manzanos las primeras ramas.
« ¿Por qué te ví? ¿Por qué? ¡nefanda suerte!
« Me deparabas un amor tan crudo?
« Ven y conmigo empieza, flauta mía,
« Conmigo empieza los Menalios versos.

« Muy á mi costa pruebo lo que sea
« El fiero Amor. En las erguidas rocas
« El Ísmaro y el Ródope, el lejano
« Garamante, esculpieron la figura
« De este niño que no es de nuestra especie
« Ni circula en sus venas nuestra sangre.
« Ven y conmigo empieza, flauta mía,
« Conmigo empieza los Menalios versos.

« A enrojecer con sangre de sus hijos
« Las crudas manos enseñó á Medea
« Duro el amor; ¡oh madre parricida!
« ¿Quién fué más inhumano? ¡aquella madre
« O el vil Cupido? ¡Entrambos sois crueles!
« Cruel la madre, y el Amor, tirano.
« Ven y conmigo empieza, flauta mía,
« Conmigo empieza los Menalios versos.

« Ahora el lobo esquive las ovejas;
« Lleve áureas pomas la infecunda encina,
« Y de narcisos vístanse los olmos;

« Ámbar destile el tamariz rastrero;
 « Con los cisnes compitan los autillos;
 « Titiro humilde truéquese en Orfeo;
 « Un nuevo Orfeo en las montañas sea,
 « Y nuevo Arión en las cerúleas ondas.
 « Ven y conmigo empieza, flauta mía,
 « Conmigo empieza los Menalios versos.

« Cobije al mundo el mar. Quedaos, selvas.
 « Del pardo risco que corona el monte
 « Voy á echarme en las olas encrespadas.
 « ¡Cruel! recibe el último regalo;
 « El sacrificio de mi vida triste.
 « Deja por siempre, deja, flauta mía,
 « Por siempre olvida los Menalios versos.»

Esto cantó Damón. Dulces Pierias,
 Ya que no todo lo podemos todos,
 Decid vosotras lo que en versos blandos
 Respondiera el divino Alfesibeo.

« El agua dame, y ciñe aquestas aras
 « Con blancas tocas; quema las verbenas
 « Mejor logradas y el incienso macho.
 « Hoy con mi magia enloquecer pretendo
 « A mi cónyuge ingrato. Faltan sólo
 « Los versos que al encanto presten vida.

« De la ciudad vecina, á mi tugurio
 « A Dafnis conducid, oh encantos míos.

« Puede el encanto remover la luna

« Del cielo de turquí; por los encantos

« Ciree hechicera transformó en dragones

« De Ulises á los bravos compañeros;

« Por los encantos la serpiente horrible

« Revienta y muere en los floridos prados.

« De la ciudad vecina, á mi tugurio

« A Dafnis conducid, oh encantos míos.

« Con tres lizos diversos en colores

« Te rodeo primero, y esta efigie

« Tres veces llevo en torno los altares;

« Pues Dios se alegra con el número ímpar.

« De la ciudad vecina, á mi tugurio
 « A Dafnis conducid, oh encantos míos.

« Ata, Amarilis, ata con tres nudos

« Los tres lizos diversos; oh Amarilis,

« Átalos presto y al atarlos clama:

« Así enlazo los vínculos de Venus.

« De la ciudad vecina, á mi tugurio

« A Dafnis conducid, oh encantos míos.

« Como este barro se endurece al fuego

« Y á esta cera liquida el fuego mismo,

« Así acontezca con mi amor á Dafnis.

« La salsamola esparce, y los delgados

« Laureles quema con betún humoso.

« Dafnis ingrato con su amor me abrasa;

« Y yo en este laurel abraso á Dafnis.

« De la ciudad vecina, á mi tugurio

« A Dafnis conducid, oh encantos míos.

« Encienda á Dafnis un amor tan grande,

« Como el de la novilla que anda en celo

« Los frescos bosques y el breñal buscando,

« Y que á la margen de fontana ovosa

« Se echa cansada, y al venir la noche

« El tibio establo y el pesebre olvida.

« Así de Dafnis la locura sea;

« Y yo insensible, en su fatal martirio

« Me goce, sin curarme de su daño.

« De la ciudad vecina, á mi tugurio

« A Dafnis conducid, oh encantos míos.

« En otro tiempo el pérfido dejóme

« Estas alhajas; dulces prendas tuyas

« Que ahora, tierra, de mi pobre choza

« Bajo el dintel escondo y te encomiendo;

« Estas prendas se deben á mi Dafnis.

« De la ciudad vecina, á mi tugurio

« A Dafnis conducid, oh encantos míos.

« El mismo Meris dióme aquestas hierbas

« Y estos venenos que juntó en el Ponto;

« Los trajo para mí; muchos venenos

« Produce el Ponto, y al usarlos Meris
 « Se transformaba en lobo, y en las selvas
 « Obscuras con las fieras se escondía;
 « Y de los muertos las medrosas almas
 « La lobreguez dejaron de sus tumbas;
 « Y en un instante las doradas mieses
 « Se trasladaban á terreno extraño.
 « De la ciudad vecina, á mi tugurio
 « A Dafnis conducid, oh encantos míos.
 « Saca, Amarilis, saca las cenizas
 « Y hacia atrás, en el lúbrico arroyuelo
 « Arrójalas sin verlas. A mi Dafnis
 « Obligaré la fuerza del hechizo;
 « Él no se cura de los altos dioses
 « Y altivo mis encantos menosprecia.
 « De la ciudad vecina, á mi tugurio
 « A Dafnis conducid, oh encantos míos.
 « — ¡ Ah! mira: envuelve con temblorosa llama
 « El árida ceniza de su grado,
 « Mientras tardo en sacarla, los altares —
 « ¡ Buen agüero! No sé qué significa;
 « Pero ya su Hilax á mi puerta ladra.
 « ¿ Será creíble? ¿ ó acaso los amantes
 « Alivio encuentran en soñar despiertos?
 « De la ciudad vecina, á mi tugurio
 « Dafnis torna; cesad, oh encantos míos.»

EGLOGA NOVENA.

LÍCIDAS Y MERIS.

Quò te, Meri, pedes? an quò via ducit in urbem?

LÍCIDAS.

¿ Adónde vas, oh Meris? ¿ Por ventura,
 Te encaminas á Mantua, dulce amigo?

MERIS.

Respiramos; ay Lícidas! las auras
 Para mirar (lo que jamás creímos)
 Que á poseer llegara nuestros campos
 Y heredades un fiero advenedizo
 Que osado nos dijera: *Labradores,*
Me pertenece todo, lejos idos.
 Vamos ahora, puesto que la suerte
 Nos es adversa, tristes y mohinos
 Llevándole (¡ que mal provecho le hagan!)
 Por tributo estos pávidos cabritos.

LÍCIDAS.

Oí decir que aquel vuestro Menalcas,
Del collado al venero cristalino,
En donde ves la desmochada encina,
Conservó de su voz por el hechizo.

MERIS.

Lo oíste y fué la fama: nuestros versos
De la flecha así valen ante el silbo,
Cuanto dicen, oh Lícidas, que valen
Ante el buitre las tórtolas de Epiro.
Y si no me avisara la corneja,
Desde el roble ahuecado, con sus gritos,
Que prudente cortara todo pleito
Lo que perdí dejando por perdido,
Ten por cierto que encima el blando césped
No viniera tu Meris hoy contigo
Sus penas enarrando; ni Menalcas
Se contara tal vez entre los vivos.

LÍCIDAS.

¡Ay! dime, cabe en los mortales pechos
Perpetrar un tan bárbaro delito!
¡Ay Menalcas, mis goces con tu vida
Lloraría por siempre fenecidos!
¡Quién cantaría las risueñas Ninfas?
¡Quién nuestra alfombra de campestres lirios
Describiría, y las cerúleas fuentes
Veladas por la sombra de los pinos?
¡Ni quién haría versos como aquellos
Que columbré debajo tu pellico
Y grabé en la memoria, cuando te ibas
Requebrando á Amarilis, tu cariño?
Oh Títiro, mis cabras apacienta

Mientras vuelvo (no es largo mi camino);
Y llévalas al agua, y al llevarlas,
Por ser bravo precávetete del chico.

MERIS.

Son más dulces los versos que en elogio
Entonaba de Varo, aun no concluidos:
Oh Varo, á quien el cielo concediera
Un corazón leal y compasivo;
Los cisnes con su canto melodioso
Tu nombre encumbrarán hasta el Empíreo
Si á Mantua nos conservas (; Mantua triste,
Que tienes á Cremona por vecino!)

LÍCIDAS.

¡Que tus enjambres de los tejos sardos
Huyan siempre! ¡que el húmedo citiso
Pasten tus vacas, y á sus ubres nutran
Rollizas y lecheras dos mellizos!
Comienza tu cantar si alguno tienes.
Aunque á mí de las Musas el concilio
Poeta me ha llamado, y tengo versos,
Y aun los pastores todos del recinto
Dicen que soy poeta, no los creo.
Mientras no sean mis cantares dignos
De Varo y Cina, tenme como al ánzar
Que entre cisnes cantores hace ruido.

MERIS.

Yo soy ése; y revuelvo acá á mis solas
Por ver si la memoria guarda fijos,
Oh Lícidas, los versos armoniosos
Con que rompe el comienzo de un idilio:
Ven, Galatea, dime, qué placeres
Encuentras en las ondas de los ríos?

*Aquí viste la joven Primavera
De púrpura los montes y los riscos;
Aquí serpean lípidos arroyos
Y la tierra se cubre de narcisos;
Aquí la entrada de campestre gruta
El álamo cobija blanquecino,
Y tapiza musgosas las paredes
La agreste vid con diáfanos racimos.
Ven acá, ven: y deja que las olas
Laman las playas en constante giro.*

LÍCIDAS.

*En cierta noche plácida, tranquila,
Y de la luna al rayo fugitivo,
Cantabas en el campo; y tus acentos
Me trajó el aire perfumado y tibio.
¿Esos versos recuerdas? La tonada
Resuena seductora en mis oídos
Y repetirla puedo; de la letra
No ha guardado mi mente ni un vestigio.*

MERIS.

*Son estos: Dafnis, los antiguos astros
¿Por qué te arroban con su claro brillo?
Mira que el astro del Dionco César
Hiende crinado el éter zafirino.
Por él veremos que la rubia espiga
Dobla la caña del fecundo trigo,
Y que en las viñas del collado umbroso
Toman color gigantes los racimos.
Oh Dafnis, poda, poda tus perales,
Ya es tiempo, y en los brazos más rollizos
Encaja nuevas púas: y tus nietos
Vendrán á recoger el fruto opimo.
Todo consume volador el tiempo
Y aun la memoria llévase consigo.*

*Recuerdo que antes los enteros días
Me pasaba cantando siendo niño;
Hoy ya olvidé los versos; la voz misma
De súbito perdí; recién nacido
Los lobos me miraron. De Menalcas
Presto oirás el cantar en este sitio.*

LÍCIDAS.

*Acrecen tus excusas mis deseos.
El mar azul te escucha adormecido,
Y mira que templando sus murmurios
El aura se columpia en el tomillo.
Aquí mediamos el penoso viaje;
Porque á lo lejos entre augustos pinos
A parecer comienza del sepulcro
De Bianor el remate enmohecido.
Y aquí donde los mansos labradores
De frescas hojas juntan hacecillos,
Cantemos, Meris; y depón te ruego
Encima de la grama los cabritos.
O si temes acaso que la noche
Nos sorprenda lluviosa en el camino,
La carga parte; vamos y busquemos
En el alterno canto algún alivio.*

MERIS.

*Deja eso, joven: lo que más importa
Hagamos hoy. Bellísimos idilios
Cantaremos, y en días no lejanos,
Cuando venga Menalcas nuestro amigo.*

ÉGLOGA DÉCIMA.

GALO.

Extremum hunc, Aethusa, mihi concede laborem.

Ven y protege mi último trabajo,
 Oh virgen Aretusa: pocos versos
 Voy á cantar en honra de un amigo,
 De mi Galo, y en número tan fácil
 Que la misma Licoris los entienda.
 ¿Ni quién á Galo cántigas sabrosas
 Negó jamás? Así la obscura Doris
 No revuelva sus aguas con las tuyas
 Cuando hiendes los mares de Sicilia.
 Comienza; de mi Galo cantaremos
 Los amores fatales, mientras esquilan
 Mis chatas cabras los rosales verdes.
 Por fortuna no estamos entre sordos;
 El eco de las selvas nos responde.
 Oh Náyades, ¿qué saltos ó qué grutas
 Os detuvieron cuando el triste Galo
 Moría presa de un amor indigno?

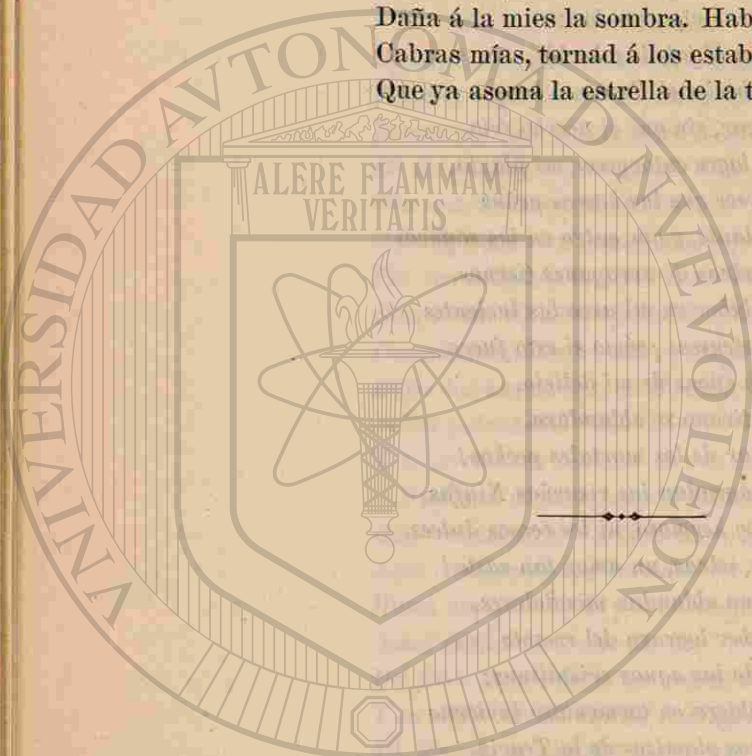
Del Parnaso ó del Pindo la alta cumbre
 No os detenían, ni la clara fuente
 De Aganipe, delicia del Permeso.
 A Galo lloran los fragantes lauros;
 A Galo lloran las silvestres jaras;
 Y el pinífero Ménalo y los riscos
 Del Liceo, le lloran al mirarle
 Tendido al pie de solitaria roca.
 Nos rodean balando las ovejas
 Sin dolerse de hacernos compañía;
 Dulce poeta, nunca te avergüences
 De haber nacido pastorcillo humilde:
 Sus ovejitas el hermoso Adonis
 Cuidaba ufano en los amenos valles.
 Vino el pastor, y los vaqueros tardos
 Vinieron, y también llegó Menalcas
 Que retornaba de juntar bellotas
 Salpicado de gélido rocío.
 Y todos le preguntan: ¿Ay! ¿de dónde
 Te ha venido este amor? El mismo Apolo
 Viene y le dice: Galo, triste Galo,
 ¿Por qué loqueas? Mira que Licoris
 Tu embeleso, las crudas nieves huella
 Y los hórridos crueles campamentos
 De otro amador siguiendo las pisadas.
 Viene Silvano con diadema agreste
 Ceñida la cabeza y agitando
 Del cardo azul las florecientes picas.
 Y viene Pan, á quien nosotros vimos
 Pintado con las bayas de los yezgos
 Y rojo bermellón, y así le dice:
 ¿Cuál será el fin? De aquesto no se cura
 Ni con gemidos el Amor se sacia;
 Cual no se sacia el pasto con las linfas,
 Ni con las blancas flores del tomillo
 La abeja, ni las cabras con las hojas.
 Mas él responde entristecido: Arcadios,
 Oh Arcadios solos en el canto diestros,

Vosotros cantareis en vuestras selvas
 Mis desgracias y negra desventura.
 ; Cuán muellemente aquí reposarían
 Mis áridas cenizas, si otro tiempo
 Vuestra flauta dijera mis amores!
 ; Ay! ojalá que de vosotros uno
 Hubiera sido, y con vosotros siempre
 Pastara ovejas en los dulces campos,
 Pomas cogiendo y sazonadas uvas
 De tez purpúrea y en su flor bañadas.
 Ora una Filis, un Amintas ora
 O cualquiera otro amor (mas ; qué dirían
 Por ser Amintas de color moreno?
 Negros son el jacinto y las violetas)
 Descansaría siempre acá conmigo
 Entre los sauces bajo vid flexible.
 Bellas guirnaldas Filis tejería
 Y me arrullara Amintas con su canto.
 Hay aquí fuentecillas, oh Licoris,
 Hay blondos prados y lucientes selvas;
 Aquí contigo pasaré mi vida
 Hasta ser consumido por el tiempo.
 Amor insano ahora te detiene
 Del fiero Marte entre las armas duras
 Y en medio de los dardos enemigos.
 Tú, lejos de la patria (; no me sea
 Permitido creerlo!) las alpinas
 Eternas nieves y del Rin los hielos
 Miras sola y sin mí. ; Que no te dañen
 El crudo Noto y los helados fríos!
 ; Que no la esearcha y las espinas hieran
 Tus tiernas plantas con su filo agudo!
 Con el rabel del siciliano vate
 Iré cantando de Euforión los versos
 Que traduje yo mismo al patrio idioma.
 Más querría penar en estos campos
 Y escribir mis amores en las blandas
 Cortezas de los tilos: á medida

Que crezcan ellos; crecereis vosotros
 Mi pecho lacerando, amores míos.
 Y mientras tanto los Menalios montes
 En medio de las Ninfas y Oreades
 En mi dolor registraré atrevido,
 O lanzaré con vigoroso brazo
 Letal arpón al jabalí soberbio;
 Con mis lebreles el Partenio bosque
 He de cruzar, sin que el acerbo frío
 Un punto logre entorpecer mi planta.
 Ya me parece que las hoscas peñas
 Subo anhelante, y que entro en las sonoras
 Plácidas selvas de arrayanes tiernos.
 Quiero embeber en mi arco las lucientes
 Flechas cretenses; ; cómo si esto fuera
 El remedio eficaz de mi delirio,
 O Cupido tirano se ablandara
 Con el penar de los mortales pechos!
 Ya no me agradan las risueñas Ninfas,
 Ni el campo hermoso, ni los versos dulces:
 ; Volvedme, selvas, un amor tan casto!
 A Cupido no ablandan mis dolores,
 Aunque beber lograra del remoto
 Ebro helado las aguas cristalinas;
 Aunque subiera en tormentoso invierno
 Los picachos plomizos de la Tracia,
 Y aunque apaciera en la abrasada Etiopia
 Ovejas, bajo el trópico de Cáncer,
 Cuando la vid sus pámpanos doblega
 Encima de la copa de los olmos.
 Todo el amor lo vence, y es inútil
 Oponerse al amor; pues á él cedamos.
 Divas Pierias, basta; vuestro vate
 A la sombra tendido de un enebro
 Esto cantaba, mientras un cestillo
 Entretejía con delgados mimbres.
 Vosotras, estimables á mi Galo
 Estos versos hareis, á Galo tierno

Por quien á instantes mi cariño crece
Como se alarga y eunde en primavera
La vid dorada sobre verde encino.

Levantémonos: daña á los cantores
La sombra, y es fatal la del enebro;
Daña á la mies la sombra. Habeis pacido,
Cabras mías, tornad á los establos,
Que ya asoma la estrella de la tarde.



POESÍAS ORIGINALES

É IMITACIONES.

JUANIL

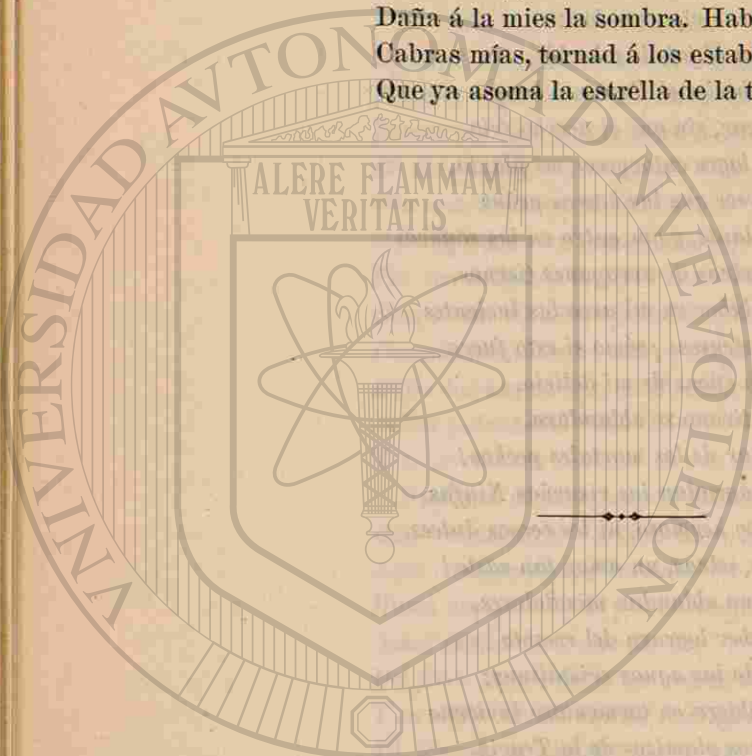
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Por quien á instantes mi cariño crece
Como se alarga y eunde en primavera
La vid dorada sobre verde encino.

Levantémonos: daña á los cantores
La sombra, y es fatal la del enebro;
Daña á la mies la sombra. Habeis pacido,
Cabras mías, tornad á los establos,
Que ya asoma la estrella de la tarde.



POESÍAS ORIGINALES

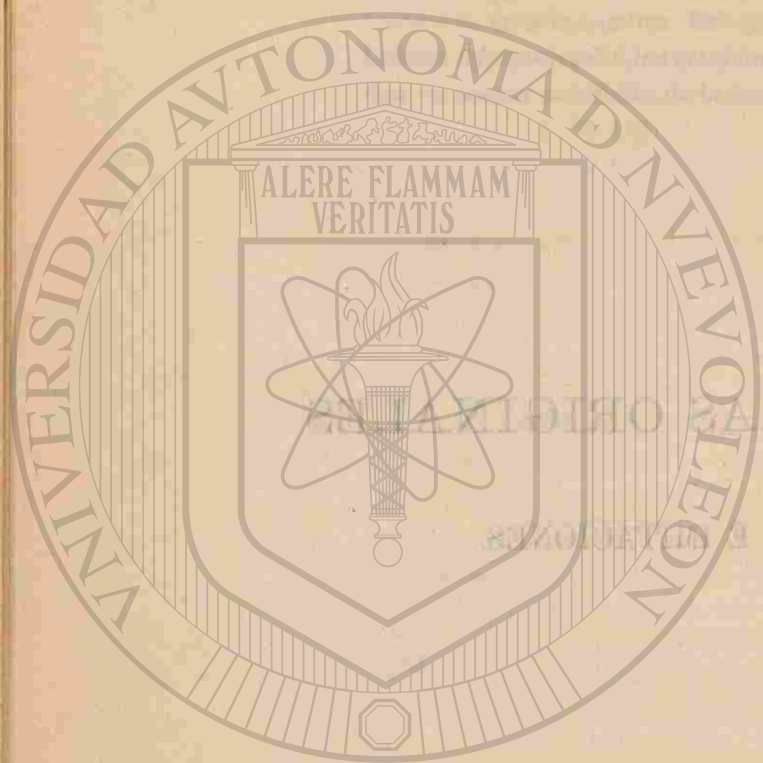
É IMITACIONES.

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á TIRSI

ENVIÁNDOLE LAS OBRAS DE VIRGILIO

¡Celeste inspiración, emblema santo,
Consoladora noble Poesía,
Mi delicia, mi gloria y dulce encanto,

Ven, tus alas despliega en este día
Y temple el arpa, y dame que á tu abrigo
La taña con acierto y bizarría!

Me llamaré dichoso si consigo
Que ceda mi cantar en tu alabanza,
Y en tu gusto y provecho, Tirsi amigo.

A otro tiempo de eterna remembranza
Intento trasladarte, y á otro suelo
Que apacible columbro en lontananza.

¡Qué tierra tan feraz! ¡qué hermoso cielo!
¡Qué llamear del sol! ¡qué limpia fuente,
Rizada de Favonio al blando vuelo!

Allí el Mincio quebrando su corriente,
En sus giros remeda siniuoso
A una escamosa y colosal serpiente;

Y se revuelve sin tener reposo,
Y más allá humeante se encajona
Despeñándose luego clamoroso.

Descuella como rey de aquella zona
El Mongibelo que de viva lumbre
Lleva en sus sienes lúcida corona;

Y con regia larguez y mansedumbre
Fomenta y nutre á su amorosa falda
De rebaños la inmensa muchedumbre;

Y ceñidos en húmeda guirnalda
Cobija los humildes caseríos
Con su clámide de oro y esmeralda.

Esa planada, Tirsi, y montes fríos
Oyeron resonar la voz divina
Del Cantor de las selvas y los ríos.

Allí, á la sombra de copuda encina
Vió pacer el ganado en la llanura
Y las cabras triscar en la colina;

Y desfogó de su alma la ternura,
Y el nombre de Amarilis peregrino
Enseñó á resonar á la espesura;

Y en la cerca del límite vecino
Oyó el susurro, y vió á la abeja Hiblea
Chupar la flor del sauce blanquecino.

Allí dijo: *Me tira Galatea*
Con manzanas, y luego se me esconde;
Pero al huir procura que la vea.

Virgilio encantador, allí fué donde
Exhalabas ternísimos lamentos
Porque Alexi tu amor no corresponde;

Y al arrullo cantabas de los vientos
El plañidor balido de la oveja,
De las aves y fuentes los concentos.

Allí *Apolo tiróle de la oreja*
Cuando emprendió tañer épica trompa
Y su ganado y la zampoña deja;

Y describió la majestad y pompa
Con que el ciprés se eleva soberano
Porque las auras y aun las nubes rompa;

Y el fruto purpurino del manzano
En las *primeras ramas* siendo niño
Allí cogía con endeble mano;

Y en las cortezas, sin mayor aliño,
Grabó el nombre adorado de su amada
Eternizando en ellas su cariño.

A Parténope, oh Tirsi, tu mirada
Dirige, y á los plácidos verjeles
De esa tierra bendita y fortunada.

El tomillo de Mantua y sus laureles
Ofrecen á tu gusto delicado
Copiosas, ricas, y fragantes mieles.

¡Ah, si á mi anhelo concediera el hado,
Ya que te miro en flor, mañana el fruto
Verte rendir sin maca y sazonado!

Pero . . . ; ay! que á veces mi castaño hirsuto
Florece, y por nutrirse de otra savia
Me da vanos erizos por tributo;

La hiedra inútil á mi cidro agravia,
Y aun le malea, si ávida le liga,
Por no arrancarla á tiempo mano sabia.

Y aunque espumosa, el paladar hostiga
La leche de mis cabras, si en el soto
Una hierba comieron enemiga.

Expuesto á errar en piélagos remoto
Lejos, Tirsi, muy lejos del Parnaso
Te miro, si no cambias de piloto.

Se te brindan León y Garcilaso,
González, Lope, y el divino Herrera
Que en el Pindo subió con firme paso.

Buscar en la falange vocinglera,
Escarnio de las Musas, elegancia,
Y solidez y número . . . ¡quimera!

Parece que las letras (¡inconstancia
De la suerte!), en el siglo de las luces,
A la tiniebla tornan de su infancia.

Y la pléyade insigne de Andaluces,
Que nombre dieron á la lengua y brillo,
Se retiran calados los capuces.

Mientras el uno, fútil estribillo
Tarareando, busca de Aretusa
La fuente con las manos al bolsillo.

Mientras el otro quéjase á su *musa*
Del ceño de *Clorila*, y gloria y fama
Logra adquirir de multitud ilusa.

Mientras Geroncio va de rama á rama
Por un flanco del Pindo nemoroso
En el templo por ver si se encarama.

Y tú, que de renombre codicioso
Te muestras cual ninguno, y sacrificas
Al estudio tu hacienda y el reposo,

Tú, que á la toga humildes las pellicas
Prefieres del zagal, y á férrea espada
De verde enea las brillantes picas,

Tú, que en la luna y bóveda estrellada,
Sus tocas al plegar la noche bella,
Embebecido fijas tu mirada,

Y escuchas arrobado la querella
De montesina tórtola, y del río
Sigues absorto la fecunda huella,

¿Puedes leer sin verdadero hastío,
Las que el *vulgus profanum* te regala
Necias coplas, sin fondo ni atavío? . . .

. . . . Perdone, Tirsi; el corazón se exhala
En inútiles quejas, y mi pluma
En pendiente tan rápida, resbala.

He querido tan sólo aquesa bruma
Que te ciega rasgar, y de tu copa
Hacer volar la engañadora espuma.

De poetastros viles la vil tropa
Ahuyenta, y te veremos caminando,
De laureles ceñido, viento en popa.

Tu claro ingenio, tu carácter blando,
Te llevarán en no remoto día
Del Helicón al templo venerando.

¡Plegue al cielo que gustes la ambrosía
Que en sus páginas breves atesora
El libro de oro que mi amor te envía!

Cuando las nubes y picachos dora
Naciente el claro sol, y el aura leda
Las fuentes acaricia triscadora,

Toma el rabel; y entrando en la vereda
Más solitaria, deja que Virgilio
El arco temple en medio á la arboleda
Bajo el ramaje de aromoso tilio.

AL EMPRENDER UN VIAJE Á ZAMORA

EL ILLMO. SR. DR.

D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE MÉXICO.

ODA.

La frente yerga Enero
 Que con su hálito empaña el aura pura;
 Y torne prisionero
 Al yerto polo austero
 Recogiendo su blanca vestidura.

A su antro obscurecido
 Tienda rugiendo las funestas alas
 El Aquilón temido;
 Y con blando rüido
 La vid despliegue sus primeras galas.

Desate su corriente
 Parlera, retozona, cristalina,
 La fresca dulce fuente,
 Ostentando en su frente
 La diadema de helechos peregrina.

El nacarado cielo
 Alumbre el sol, y en su triunfal carrera
 Con redoblado anhelo
 Del enemigo hielo
 Las huellas borre en la húmeda pradera.

Las flores sus aromas
 A tu paso derramen, su tesoro
 De fragancia las pomas
 Del naranjo, y sus gomias
 El abeto magnífico y sonoro.

Espléndido el encino
 Y el álamo que al éter se levanta,
 Con musgo blanquecino
 Alfombren tu camino
 Por defender tu vacilante planta.

Del bosque en las orillas,
 La noble Aurora al descoger su manto,
 Asomen en cuadrillas
 Las gayas avecillas
 Por recrearte con su dulce canto.

Sea tu amparo y guía
 El de la patria tutelar querube;
 Y encima de tu vía
 Despliegue al mediodía
 Por librarte del sol, amiga nube.

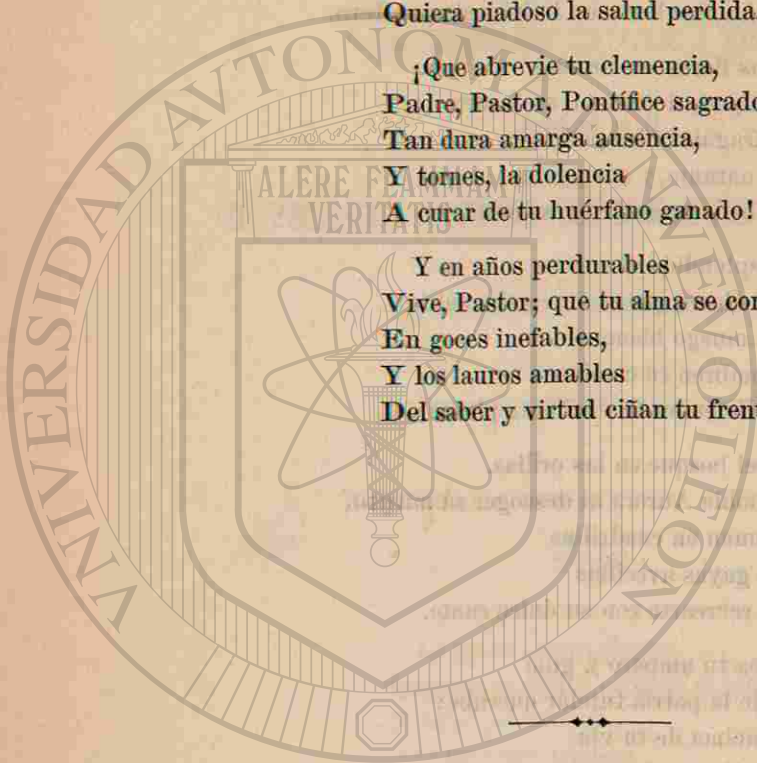
Y si la noche fiera
 Con su huésté de sombras importuna
 Levántase altanera,
 Su nivea cabellera
 Desate melancólica la luna.

¡Ah! logre de Zamora
 La amenidad, su clima bendecido
 Y el aura bienhechora
 Con voz arrulladora,
 Avigorar tu corazón herido.

Y allí donde la suerte
 El eslabón primero de tu vida
 Trabó con mano fuerte,
 El cielo devolverte
 Quiera piadoso la salud perdida.

¡Que abrevie tu clemencia,
 Padre, Pastor, Pontífice sagrado,
 Tan dura amarga ausencia,
 Y tornes, la dolencia
 A curar de tu huérfano ganado!

Y en años perdurables
 Vive, Pastor; que tu alma se contente
 En goces inefables,
 Y los lauros amables
 Del saber y virtud ciñan tu frente.



AL ENTRAR EN ZAMORA

EL ILLMO. SR. DR.

D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE MÉXICO

ODA.

Amables avecillas,
 Que os colorais del sol al reverbero
 En las flavas orillas
 Del undoso Düero
 Que á Zamora corteja vocinglero,

Dejad el blando nido:
 Los valles trasponed y las montañas,
 Y decidme al oído:
 ¿Quedan al río cañas
 Y nenúfares, trébol y espadañas?

Ya descogió sus frondas
 El délfico laurel; ya de su seno
 Las arenillas blondas
 El arroyuelo ameno
 Al camino arrojó de gozo lleno.

Y las variadas flores
 Entreabriendo su cáliz, al ambiente
 Vertieron sus olores;
 Y humillaron la frente
 Al columbrar al Zamorano ausente.

Sus blancos azahares
 Le brinda el limonero, las abejas
 Aéreos dulces lares,
 É imbeles las ovejas
 Nectárea leche y cándidas vedejas.

El fruto sazonado
 Deja caer el níspero, decoro
 Del aromoso prado;
 Y el céfiro sonoro
 Al cidro sacudió sus pomos de oro.

Dejan las castas Ninfas
 Sus grutas de coral y nácar bello;
 Y del Celio en las linfas
 Asoman albo el cuello,
 Y ungen trenzando el húmido cabello.

Y narcisos y violas
 Cortando, y girasoles amarillos
 Y frescas amapolas,
 Las juntan en cestillos
 Con azucenas, rosas, y tomillos:

Y avanzan al eneuentro
 Del ínclito Pastor, del gran Prelado
 De su cariño centro,
 A quien risueño el hado
 En la niñez arranca de su lado:

Y hoy torna de lejana
 Ferace tierra á su región nativa,
 Ya que en sidonia grana,
 Su rubia frente, altiva
 La ciencia coronó y en verde oliva.

Felices campesinos,
 Los que morais bajo la copa grata
 De los viejos sabinos,
 Que en sus ondas retrata
 El lago azul, vestidos de escarlata;

Vosotros, los que en blando
 Sabroso clima y bajo limpio cielo
 Le recibís hollando
 El verde terciopelo
 Que alfombra muelle vuestro fértil suelo,

Mil himnos de ventura
 Hoy entonad, llevando vuestras frentes
 A la azulada altura;
 Y luego de lucientes
 Juncos y helechos despoblád las fuentes.

De cedro frescas ramas
 Y tierno mirto desparcid y aromas;
 Bajad de las retamas
 Nidillos de palomas
 Y ofrecedlos, quemando ricas gomas.

Él con unguida mano
 Bendecirá rebaños y labores;
 Y el cielo soberano
 Espléndido en favores
 Con áureas mieses pagará esas flores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IDILIO.

En bella tarde del feraz Otoño,
Su manto al recoger el sol traspuesto,
Sobre el peñasco daba un pastorecillo
Este cantar al perfumado viento:

«Oh selva amada, selva deleitable,
«Oh plácido breñal, oh monte excelso,
«Oh valle arrullador, oh fuente pura
«Que bañas espumosa el soto fresco.

«Oh pino colosal que tu ramaje
«Apoyas en la copa del abeto,
«Y con tu móvil sombra nos convidas
«A gozar de profundo y blando sueño.

«Oh cárdeno peñón de verde falda,
«Delicia de mis cabras y embeleso,
«Que con tu frente armada, de las nubes
«Rasgando embistes el preñado seno.

«Oh quieta margen del fecundo río,
«Tanto, que apenas turba tu sosiego
«El raudal golpe de las limpias aguas
«Tus menudas arenas rebullendo.

«Oh pacíficas chozas donde el humo
«En remolinos se levanta al cielo
«Turbando el aire, ó como densa bruma
«Tendido arropa los calados techos.

«¡ Ah! de mis cidros gala del cercado
«Pueda mirar, y siempre, en los renuevos
«Los azahares, del florido Junio
«Cuando respiran el templado aliento.

«Pueda en Otoño mi dorado trigo
«Al cosechar y el áspero centeno,
«Cruzar los valles lento y encorvado
«De los manojos por el dulce peso.

«Y por la tarde al reducir mis greyes
«De dos en dos bajar á los corderos
«Nacidos en el monte; y que sus madres
«Vengan detrás mostrando sus recelos.

«Eche á rodar por siempre del collado
«Bolas de nieve en el sañudo invierno,
«Y grandes, tanto, que al herir los troncos
«El ruido alongue sollozando el eco.

«Pueda mirar en la enfadosa noche
«Junto al vallado, hilera de esqueletos,
«La llena luna que en tranquilo curso
«Trémula mide el refulgente cielo.

«Y allá en la corte, de engañoso brillo,
«De astucia, orgullo y liviandades centro,
«Según nos cuentan, en dorada copa
«Agoten otros el mortal veneno.

«A mí me basta para ser dichoso
«En estos bosques el frugal sustento
«Que me produce, sin dañar á nadie,
«La misma tierra que surcó mi abuelo.

« Y del nogal me basta y del castaño
 « El dulce fruto y del vicioso almendro,
 « Cuando los cierne el céfiro en Agosto,
 « Por tan maduro recoger abierto.

« Y de mi hato la espumosa leche
 « Que escurre de las jícaras al suelo,
 « Y aquellos zarzos que ni al aire oscilan
 « En donde guardo mi abundoso queso.

« Y los vellones del querido manso
 « Que en la pradera trisca y va paciendo
 « La dulce hierba, y que al tornar del monte
 « Cual buen amigo sáleme al encuentro.

« Sólo ¡ay dolor! amengua mi reposo
 « Esta pasión que mi sensible pecho
 « Constante nutre, en negra desventura
 « Penando siempre y sin hallar remedio.

« ¡ Ven, ven, Elisa! Junto á la montaña
 « Está mi choza; cúbrela de un fresno
 « El ancha copa; y miro retratarse
 « Cabaña y árbol en el lago terso.

« Allí los cisnes, ánades y gansos
 « Vienen y van sentando por momentos
 « Su pie extendido sobre el agua pura
 « Cual si estuvieran en el firme suelo:

« Ágiles, ora parten arrollando
 « Las claras linfas con su enjuto pecho;
 « Ora aletean fijos en un punto
 « Su cabeza aplanada zabullendo;

« Ya se pasean en el seco borde,
 « Ya entran graznando en el juncar espeso
 « Que protege los nidos; y es delicia
 « Hallar las ruedas de calientes huevos.

« Trepano ayer por la empinada sierra,
 « Del ahuecado tronco de un enebro
 « Dos cervatillos de manchadas pieles
 « Llevé en mis brazos sin ningún esfuerzo.

« Son muy bellos, Elisa: el uno al otro
 « Se lamen y acarician; con su aliento
 « Se dan calor, y sobre paja muelle
 « Lo más del día pásanse durmiendo.

« Tan mal su grado indócil una cabra
 « Me los ateta, que doblando el cuello
 « Quiere embestirlos mientras yo la afianzo
 « Con ambas manos de la barba y cuerno.

« Hay tordos en los verdes cañizares
 « Que mi estancia rodean; hay jilgueros
 « Que alegres trinan al rayar la aurora
 « Con la calandria en plácido concierto.

« Hay tórtolas que halagan el oído
 « Con suave arrullo y plañidor acento
 « Al mediodía, y tímidas palomas
 « De alas azules y collares negros.

« Hay una hiedra que en variados giros
 « De flor cuajada sube al limonero
 « A cuyo pie borbolla el tibio arroyo
 « Del lago origen, gala y alimento;

« Humea cuando nace; y resbalando,
 « Entre el bosque de fragante eneldo,
 « Mastranzo y manzanillas, escondido,
 « Si es que me baño sírveme de espejo.

« Si tú me oyeras, si tus negros ojos
 « Acá tornarás compasiva al menos,
 « Te llamarían al querido bosque,
 « Ya no mi amor, siquiera los recuerdos.

«Tus avellanos, tu peral, tu olivo,
 «Que en flor dejaste, y el novel cerezo,
 «No llevan fruto; y en sus mustias ramas
 «Prestan cabida al perezoso helecho.

«Te llama, Elisa, la amorosa fuente:
 «Allí tu piedra, allí el mullido asiento,
 «Allí el brocal, en donde largas horas
 «Embebecida oíste sus requiebros.

«Te llama el risco del cercano monte
 «Donde en Octubre libre de recelos,
 «El tibio sol, al espirar la tarde
 «Viste á través de su cendal bermejo.

«Te llama el aura; y la apacible luna
 «No bien domeña al escuadrón protervo
 «De sombras viles, á buscarte cueca
 «Por las rendijas del tugurio yermo.

«Deja la corte: tu candor empañá
 «De la ciudad el hálito funesto;
 «Y ven y habita en las humildes chozas
 «Que aunque muy pobres fueron tu embeleso.

«Ven, ven, Elisa; ven, amada Elisa;
 «Al campo torna; mírame que ciego
 «Al pasturaje donde fuimos juntos,
 «Haya ó no grama, mis ovejas llevo.

«Después que te ausentaste, ya no gozo
 «Lo mismo que gozaba en otro tiempo;
 «Por la mañana salgo de mi choza,
 «Triste, y más triste por la tarde vuelvo.

«Elisa, torna, torna; ¿por ventura
 «No te conmueve el mísero lamento
 «Que exhala el corazón? Si generosa
 «Mi amor no pagas, me daré por muerto.»

EPÍSTOLA.

Tirsi querido, acerba la desgracia
 Llamó á tu puerta, y con semblante adusto
 El mundo te descubre su falacia.

En tamaño dolor parece justo
 Que me dirija á ti; si bien no ignoras
 Que tengo un corazón nada robusto;

Pues muchas veces en mis negras horas,
 Dando libre expansión al sentimiento,
 He llorado también, como tú lloras;

Y también asordé con mi lamento,
 En la noche, al fulgor de las estrellas,
 Sin más testigo, al quejumbroso viento.

¿Podré esperar que temple tus querellas
 Mi débil voz, si ves que los pesares
 En mí han dejado tan profundas huellas?

Sí, ven conmigo á mis yermados lares
 En donde sólo la iracunda muerte
 Me deja á mí, y el tiempo dos pilares.

No ha muchos años me sonrió la suerte
Como á ti; y á pesar de la mudanza
Mírame vivo, resignado y fuerte.

La experiencia adquirida, en la bonanza
Modera mi alegría; en la tormenta
Me sostiene y conforta la esperanza.

Esta virtud en tu ánimo aposenta,
Y después. . . . llora, llora, te lo ruego;
Ni se prohíbe el llanto, ni es afrenta.

¿No sabes, dí, no sabes que ese fuego
Que el corazón despedazado abrasa
Sólo se extingue con tan dulce riego?

El dolor y la dicha (y ésta escasa),
El sentimiento, el odio, los amores,
Y aun el mismo recuerdo, todo pasa.

Mira en el campo las galanas flores:
Un mismo sol las tiñe en el estío
Y en invierno las queman sus rigores.

Fija tus ojos en el fresco río;
Y advierte que unas veces se desliza
Con blando murmurar, y otras bravío.

Si una nube de púrpura ó pajiza
Al sonreír el alba surca el cielo
Y partida en jirones le matiza,

A la tarde trocada en pardo velo
Escondará la luz hermosa y pura
Poniendo el mundo en confusión y duelo.

Así el triste mortal ¡oh desventura!
Liba apenas un cáliz de ambrosía
Para agotar un cáliz de amargura.

Y ten por cierto que en alegre día
Ese hermoso brillar del sol divino
Es precursor de tempestad sombría.

El goce del penar está vecino
En términos, que llevan un resabio
Uno del otro; y éste es el destino.

Tal vez ahora tomes por agravio
Esta verdad: ¡mañana la experiencia
Justifique lo que hoy afirma el labio!

Nuestra mísera frágil existencia
Sólo es hermosa en medio á las espinas,
Y es mayor que los goces la dolencia.

¡Ah! dime, dime; indócil imaginas
Que fueron los antiguos gente ruda
Y torpes devaneos sus doctrinas?

Eran grandes filósofos, no hay duda;
Y afrontaron las penas de la vida
De su Empirismo con la pobre ayuda.

El Estoico, el Pasiano y el Druida
No fueron de otra especie; ni insensibles,
Ni una casta sin juicio y aturdida;

Y de consuno todos é inflexibles
Estimaron los males de la muerte
De la vida á los bienes, preferibles.

Antes que ser ludibrio de la suerte
En una vida tan menguada é incierta,
Quisieron convertirse en polvo inerte.

Ellos buscaban, y aun llamaron puerta
De amable libertad, el blando sueño
Del cual ninguno por jamás despierta.

Y no me digas con amargo ceño:
«¡Eran gentiles!» que Moisés y Elías
Morir ansiaron con igual empeño.

El uno, que cortara allí sus días
Pidió al Señor (¡qué le apenaban tanto
De Israel la protervia y felonías!)

Y huyendo á Jezabel, en tierno canto
Rompíó el Profeta al implorar lo mismo
Como único remedio á su quebranto.

Al sabio Job, modelo de heroísmo,
Befa y escarnio de su mala esposa,
De miseria y dolor en el abismo,

Llegó á serle la vida tan odiosa,
Que por librarse de ella prefería
La muerte más horrible y afrentosa.

Y David con enfática energía
En su tierna salmodia *¡mi destierro*
Oh cuánto se prolonga! repetía.

Y el Apóstol, juzgando en triste encierro
Presa el alma y en negra servidumbre
Con duros grillos de pesado hierro,

En ayes exhaló su pesadumbre
Porque en tanto penar no le era dado
Tender el vuelo á la celeste cumbre.

El mismo Salomón, á quien el hado
Siempre miró con ojos nada esquivos,
¡Cuán sagaz se mostraba, cuán hastiado

De placeres y honores fugitivos
Al decir en sus ínclitos cantares:
« Más alabo á los muertos que á los vivos. »

Y en verdad; son tan rudos los pesares
Que nos abruman al cruzar viajeros
Y en frágil barca los airados mares

Del mundo engañoso, y son tan fieros
La duda y el afán, que ¡quién no aspira
De la Gloria á los campos lisonjeros?

Libre allí el alma sin temor respira,
Y contemplando al Soberano Hechizo
Absorta canta, gózale y admira.

Allí toca á su fin este postizo
Amargoso placer, y la pavora
De guerras, peste, rayos y granizo.

De las mansiones de eternal ventura
Ahuyenta las sonoras tempestades
Aquella Luz indeficiente y pura.

No hay padecer allí, ni enfermedades,
Ni vejez, ni ignorancia, ni tristeza,
Ni recelos, ni envidia, ni maldades.

En hermosura truécase y belleza
La fealdad, el tedio en alegría,
Y en abundancia la infeliz pobreza.

Para el que muere brilla eterno día:
Arroja ufano la gravosa carga,
Y huye del mar entrando en la bahía.

Tras una vuelta peligrosa y larga
Torna á su centro; y débil y rendido
De su Padre en los brazos se aletarga.

Al ver abandonado y derruido
Ya sin calor, en páramo distante,
Aquél mi dulce y amoroso nido

Donde nací, donde mi madre amante
Vivió feliz y el hado furibundo
Vino á segar su vida en un instante,

El corazón palpita, me confundo;
Mi hirviente sangre se convierte en hielo,
Y me contemplo nómade en el mundo.

Pero al clavar mis ojos en el cielo
En estrellada noche, cede el lloro;
Se amengua la aflicción, viene el consuelo.

Allí también en el celeste coro
Está tu buena madre; fué virtuosa,
Y de esta sociedad lustre y decoro.

Riega con llanto su funérea losa,
Y de la tarde al último destello
Cubre de flores la reciente fosa;

Ayes lanzando, abraza por el cuello
La tosca cruz. . . ¡Un hijo vehemente
Presenta un espectáculo tan bello!

Después, levanta tu abatida frente;
Y dí viendo la altura soberana:
« Mi madre impera en trono reluciente;

« Mi madre vive en tierra no lejana;
« Mi madre ausente ruega por su hijo;
« Es muy feliz, y la veré mañana.

Modera, oh Tirsi, tu dolor prolijo;
¡Mortales somos! Y endereza el paso
A la mansión de eterno regocijo
Donde sólo hay estrellas sin ocaso.

Á UN POETA.

Liranio, gracias al cielo
Que después de larga ausencia
Hoy, que menos lo esperaba,
He recibido tus letras.
Tu solícito cuidado
Agradezco; y la respuesta
Voy á dar á tu pregunta,
Que en ello el ánima huelga.
Pero, Liranio, ante todo
Es oportuno que adviertas,
Que no escribe un cortesano
Relamido, ni un poeta.
Un humilde campesino
Soy, que en la verde pradera,
De la mañana á la noche,
Va pastando sus ovejas.
El grueso tronco de un haya,
Esparrancada por vieja,
Es mi escritorio, y el musgo
Que la envuelve, mi carpeta.
Me da pluma y fácil tinta

Riega con llanto su funérea losa,
Y de la tarde al último destello
Cubre de flores la reciente fosa;

Ayes lanzando, abraza por el cuello
La tosca cruz. . . ¡Un hijo vehemente
Presenta un espectáculo tan bello!

Después, levanta tu abatida frente;
Y dí viendo la altura soberana:
« Mi madre impera en trono reluciente;

« Mi madre vive en tierra no lejana;
« Mi madre ausente ruega por su hijo;
« Es muy feliz, y la veré mañana.

Modera, oh Tirsi, tu dolor prolijo;
¡Mortales somos! Y endereza el paso
A la mansión de eterno regocijo
Donde sólo hay estrellas sin ocaso.

Á UN POETA.

Liranio, gracias al cielo
Que después de larga ausencia
Hoy, que menos lo esperaba,
He recibido tus letras.
Tu solícito cuidado
Agradezco; y la respuesta
Voy á dar á tu pregunta,
Que en ello el ánima huelga.
Pero, Liranio, ante todo
Es oportuno que adviertas,
Que no escribe un cortesano
Relamido, ni un poeta.
Un humilde campesino
Soy, que en la verde pradera,
De la mañana á la noche,
Va pastando sus ovejas.
El grueso tronco de un haya,
Esparrancada por vieja,
Es mi escritorio, y el musgo
Que la envuelve, mi carpeta.
Me da pluma y fácil tinta

La cercana humosa hoguera,
 Y papel un avellano
 De sus túnicas reseca.
 De mi ingenio.... sólo digo
 Que tengo dura mollera;
 Y al escribirte en romance,
 De ello te doy una prueba.
 El desorden es el orden
 En mí (lo sabes); mi regla
 Quebrantar las reglas todas
 Por ignorancia ó por tema.
 En tercetos ajustados
 Tal epístola debiera
 Escribir, según de antaño
 Los preceptistas ordenan;
 Pero advierte que mi tiempo
 Es limitado, y me cerca
 Mística grey que demanda
 El remedio á sus dolencias;
 Y mi indómito carácter
 Siempre esquivas las cadenas
 Que de algún modo coartan
 Mi salvaje independencia.
 Por esto elijo el romance
 Octosílabo; deleita
 Con su asonancia el oído,
 Y es peculiar de la lengua.
 Y libre de aquellas trabas
 Que hay en la rima perfecta,
 Al hablarte de mi dicha
 El carbón no corre, vuela.
 Me preguntas si contento
 Logro vivir en la selva,
 Rodeado de pastores
 Y en soledad tan completa.
 Y respondo: sí, tranquilo
 Y feliz; de tal manera
 Que no es fácil halles otro

Más fortunado en la tierra.
 Estos montes azulados
 Que en sus cañadas me albergan
 Son mi cariño, y me brindan
 La quietud que el alma anhela.
 Me agrada espaciarse mis ojos
 Hasta ver que el alta sierra
 Hince sus dientes plumizos
 Cortando la clara esfera.
 Estos plácidos arbustos
 Y estos árboles que pueblan
 La espesura, son mis libros
 De la más sublime ciencia.
 Miro que unos se levantan
 Hendiendo el aire, y ostentan
 En su porte las señales
 De majestad y nobleza;
 No consienten que los ciña
 Con sus zarcillos la hiedra,
 Ni en sus ramas dan abrigo
 A silbadora culebra;
 Cuajados de flor y fruto
 La llanura y campo alegran,
 Y los pájaros cantores
 En su cumbre se aposentan.
 Ruines otros, corcovados
 Desde su infancia, no medran;
 Y el helecho, musgo y líquen
 En sus brazos forman selva;
 Son escarnio de las auras
 Sus hirsutas ralas greñas,
 Encanecidas temprano
 Por su incuria y negligencia.
 En torno de ellos no zumban
 Las libadoras abejas,
 Y por fruto llevan hongos
 Pábulo de sierpe fiera.
 Aquellos tanto se ufanan

Y á los otros menosprecian,
 Y tanta savia atesoran
 De los pequeños con mengua;
 Tanto se exceden y abusan
 De su poder, lujo y fuerza;
 Tanto con Céforo parlan
 Y con el Ábrego altercan,
 Que no pocos, cuando alumbra
 Bicornes los campos Delia,
 Con los troncos salpicados
 Se ven de líquidas perlas:
 Y es el jugo que les sobra
 Y que despiden afuera
 Por librarse (y no se libran)
 De temprana muerte acerba.
 Otros se miran despojo
 De vengadora centella,
 Aborto de negra nube
 Que desgaja, hiende, y quema;
 Y éstos y aquellos, desnudos,
 Ya sin brazos ni cabeza,
 Aparecen, porque al Noto
 Opusieron resistencia.
 Y los que fueron ornato,
 Honra y prez de la floresta,
 Yacen mudos esqueletos,
 Ludibrio, estorbo y afrenta.

¡Ah! te aseguro, Liranio,
 Que allá en las aulas austeras
 No aprendí lo que Natura
 En estos campos me enseña.
 En cada fuente que brota
 Y cuyas ondas inquietas
 Huyen, saltando en los guijos,
 Sonoras, blandas y amenas;
 En cada flor que á la aurora
 Remeciéndose despliega
 Sus pétalos, alardeando

De su fragancia y belleza,
 Y que en sudario á la tarde
 Sus propias galas se truecan
 Y viene el aura gimiendo
 De su tallo á deponerla;
 En cada hierba que nace,
 Y en cada fronda que rueda,
 Liranio, encuentro motivos
 De reflexiones muy serias.

A través de los crespones
 De la tarde soñolienta,
 Me agrada ver los rebaños
 En la vecina ladera,
 Y las chozas arropadas
 Por blanquecina humareda,
 Ya que avanza y las cobija
 Del monte la sombra negra.
 Claro el Véspero fulgura
 Enfrente la luna llena
 Que surgiendo en la montaña
 Sobre las aguas riela;
 En escuadrón, de los tilos
 Al bronco pie, las tinieblas
 Silenciosas y cobardes
 En acecho se repliegan;
 Y en los oscuros ramblazos,
 En los repechos y quiebras
 A intervalos aparecen
 Las brilladoras lucernas.
 De alta cagiga en la cumbre
 Yergue sus leves orejas
 El ronco buho, turbando
 El reposo de la selva;
 Y á los floridos rosales
 Violas, acacia y verbenas
 De mi huerto, el cefrillo
 Con sus murmullos desvela:
 Me parece que unas flores

Sin oponer resistencia
 De su fragancia el tesoro
 En el silencio le entregan;
 Y que le desoyen otras
 Y sus cálices le cierran
 Obstinadas, y él, porfiado
 De su esquivez se querella.
 Me agrada al romper el día,
 A la luz de las estrellas
 Fugaz, del cerro vecino
 Trepas por la cumbre enhiesta;
 Y contemplar extasiado,
 Sin que la escarcha me ofenda,
 La perspectiva admirable
 Que por doquier me rodea,
 (Ora contemple la altura,
 Ora contemple la tierra)
 En el punto en que á la vida
 El mundo dormido vuelva.
 Aquella luz apacible
 Entre amarilla y bermeja,
 Salpicada de diamantes
 Que ya el horizonte incendia;
 Aquel plañir de los ríos
 Que no lejos se despeñan
 Entre brumas, aventando
 Sus aguas de piedra á piedra;
 Aquel aspecto arrogante
 De los arbustos, que ostentan
 En su frente obscurecida
 Líquida y clara diadema;
 Aquel huir de las sombras
 Que obstinadas se atrincheran
 Tras los troncos, rehusando
 Retornar á sus cavernas;
 Aquella flama que asoma
 Del Zempoala en la cresta,
 Trémula, blanca, radiante

Que majestosa se eleva:
 Graznan las aves palustres,
 Los gallos cantan al verla
 Batiendo sus blondas alas.
 ¡Es la matinal estrella!
 Y me agradan esas nubes
 Que al rayar la luz primera,
 Á modo de largas jiras
 Bajan de la obscura selva,
 Y que al rozar con las hojas
 De los pinos se condensan
 Formando no sé qué ruido
 Que mucho el alma deleita;
 La blanca luz de la aurora
 A través se mira apenas
 De los densos nubarrones
 Donde tibia se refleja.
 Entonces las avecillas
 Rebulléndose, despiertan
 Y sacuden su plumaje
 Sobre el nido que calientan;
 Y los desnudos polluelos
 Asomando la cabeza
 Ven á la madre cansados
 De aquella larga abstinencia;
 Y temblones la acarician,
 Y unos á otros se atropellan,
 Y pían y abren el pico
 Batiendo sus alas tiernas.
 Mas, como una gota de agua
 Importuna les cayera
 Encima, el frío los hiere
 Y se refugian de priesa.
 A poco por otro lado,
 Siempre con la misma tema,
 Aparecen, y la madre
 Se fastidia y rauda vuela.
 Y el viento hiende buscando

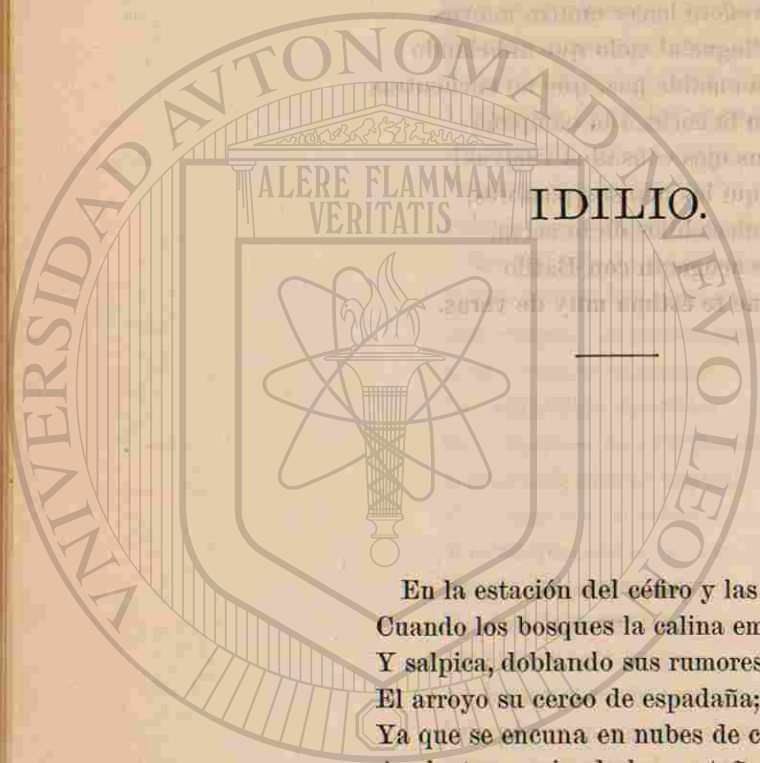
En los insectos su presa,
 O del lago azul se arrastra
 En la superficie tersa;
 Mientras el músico esposo,
 Arriba del nido, observa
 Con solo un ojo y de lado
 Tan agradables escenas;
 Y de repente se lanza
 A la altura como flecha;
 Se cierne, y baja despacio
 Soltando su arpada lengua.
 Aparece entre el ramaje
 De floreciente maleza,
 Caminando poco á poco
 Y recelosa una cierva.
 La siguen dos cervatillos
 Que la piel manchada llevan,
 Tan tiernos que al dar el paso
 Se asustan y bambolean.
 Su nariz, húmeda siempre,
 La venadita mostrenca
 Arrima al verde cantueso
 Y á la florida verbena;
 Y de su aliento al impulso
 Como estas plantas se muevan,
 Se espanta, da un resoplido
 Y más y más se alebresta;
 Retrocede y torna luego;
 Por los dulces hijos tiembla,
 Y alarga el pescuezo y tronza
 Lo que causó su sorpresa.
 Y de este modo á los hijos
 Desde pequeños enseña
 A vivir con desconfianza
 Y á caminar siempre alerta.
 Áiroso el ciervo, á la vista
 De la graciosa pareja,
 En el tronco de un encino

Está frotando sus cuernas.
 Su peregrina figura,
 Su mirada de gacela,
 Su increíble perspicacia,
 Su proverbial ligereza,
 Aquel sacudir garboso
 De la coronada testa,
 Y aquel andar compasado,
 Entonces, cual nunca, ostenta.
 Ora trepa y va saltando
 Por la escarpada ladera
 Relamiéndose la boca,
 Su cola de armiño, recta;
 Y cuando alcanza la cumbre
 Aplica la fina oreja
 A todos lados y el suelo
 Con la pesuña golpea;
 Se yergue luego, y en arco
 Pone la mano derecha
 Quedando inmoble, y lo mismo
 Hace después con la izquierda:
 Ora doblando el pescuezo
 Hacia atrás, el alta cerca
 Salva ligero y de cardos
 En los breñales se interna;
 De donde vuelve al instante
 Trayendo en la frente excelsa
 Prendida verde guirnalda
 De flexible enredadera.
 Y de este modo á los hijos,
 Caminando con cautela
 Tras helechos y jazmines,
 De improviso se presenta:
 Mas ellos le desconocen,
 Y en la madre su defensa
 Buscan mirándola fijos,
 Y temblando dan la vuelta;
 Y sacudiendo el estorbo

El ciervo á su dulce hembra
 Acaricia, y se complace
 En ver á su prole tierna.
 Al mirar los cervatillos
 Que su madre no recela,
 Conocen que están seguros
 Y de las ubres se cuelgan;
 Y después de breve espacio,
 Al rayar el sol, se aleja
 Paso á paso la familia
 Por buscar su madriguera.

Me agrada . . . ; Adónde, Liranio,
 Adónde voy? La belleza
 Del campo, me presta asunto
 Para llenar una resma.
 Al comenzar intentaba
 Ser conciso en la respuesta
 Y dejar en breves líneas
 Tu pregunta satisfecha;
 Y mira que embebecido
 Correr dos horas enteras
 He dejado, mientras vagan
 En el soto mis ovejas.
 No hagas caso de los ripios,
 Que por cierto no escasean
 Jamás en las producciones
 De quien escribe de priesa.
 Ni los epítetos vagos
 O vulgares te hagan mella,
 Ni si una letra por otra
 Miras, enarques las cejas.
 Ya me conoces; la mano
 Va, cuando escribe, ligera;
 Pero no tanto que alcance
 Al pensamiento, que vuela.
 De ahí los ripios, los hiatos,
 Las palabras incompletas
 Y el desorden que se advierte

En mis rudas cantilenas.
 Y sabes cuánto me hostiga
 Corregir; de tal manera
 Que por no revisar una
 Prefiero hacer cuatro nuevas.
 ¡Plegue al cielo que anhelando
 La amable paz, que no encuentras
 En la corte, á la campaña
 Tus ojos cansados vuelvas!
 Aquí los mansos pastores,
 Dulces hijos de la selva,
 Te acogerán con Batilo
 Que te estima muy de veras.



IDILIO.

En la estación del céfiro y las flores,
 Cuando los bosques la calina empaña
 Y salpica, doblando sus rumores,
 El arroyo su cerco de espadaña;
 Ya que se encuna en nubes de colores
 Apolo, trasponiendo la montaña,
 Entré anhelante en la cañada amiga
 Un alivio buscando á mi fatiga.

De rama en rama tímidas las aves
 Volaban, su postrera melodía
 Dejando oír en las agrestes naves
 Que á trechos forma la arboleda fría;
 Las florecillas del laurel suaves
 Desbriznaba al hurtarles su ambrosía
 El colibrí, luciendo en pecho y alas
 Su pedrería y deslumbrantes galas.

Plateada una nube y purpurina
 Cruzaba el monte en gigantesca zona,
 Y pálida la estrella vespertina
 Le servía de trémula corona;
 Tardo el sol, á través de la cortina
 De brumas que la brisa juguetona
 Ajironaba, en el peñón bermejo
 Tibio quebraba su postrer reflejo.

Sobre las selvas del azul Oriente,
 Tras leve gasa de amarillo y rosa,
 Alzaba adusta la rojiza frente
 Del almo Febo la arrogante esposa;
 Le seguía temblando y cautamente
 Con pasos y aire de mujer celosa,
 Al ver que Tetis con sin par encanto
 Le brindaba su tienda de amaranto.

¡Cuánta belleza, cuánta poesía
 En su inmensa extensión el campo encierra
 La tarde al espirar! Muda, sombría
 Destácase en el cielo el alta sierra;
 Se encoge el río; triunfa la osadía
 De las tinieblas, en la torpe guerra
 Que mueven á la luz; y mudo el viento
 En las ramas se mece soñoliento.

Del hondo lago el límpido oleaje
 Que lamía la arena, aquel rüido
 Misterioso que forma en el bosque
 El avejilla cuando torna al nido,
 Y el variado magnífico paisaje
 De la fértil campiña, embebecido
 Contemplaba de un álamo á la sombra,
 Tendido encima la campestre alfombra.

En grupos los indóciles rebaños
Y en nube de blanquizca polvareda,
Hincando el diente en vides y castaños
Seguían de su aprisco la vereda;
O por los verdes rústicos escaños
Trepaban retornando á la arboleda,
Sin atender del látigo al chasquido
Ni á los clamores del pastor garrido.

El labrador, hollando los helechos
Que tronzó en la mañana despiadado,
Cruzaba taciturno los barbechos,
Llevando al hombro el fecundante arado;
En espiral, de los pajizos techos,
A la esfera lanzábase azulado
Y denso el humo; y en la parda cumbre
Del hogar divisábase la lumbre.

Acá risueña joven aldeana,
Ágil trepando la feraz ladera,
Al céfiro, al volver de la fontana,
Su cantar confiaba vocinglera.
Del sol hermoso ronca la campana
Se despedía; y junto á la pradera
Un viejo mayoral de aspecto grato,
Al encerrarle recontaba el hato.

Allá mugían las medrosas vacas
Husmeando las brisas, y los cerros
Reveían oyendo en las opacas
Agrias cuevas la voz de sus becerros.
En las humosas hispidas barracas
Resonaba el ladrido de los perros,
Al brillar la luciérnaga en los flancos
Del monte y profundísimos barrancos.

¡Dichosos campesinos! la escondida
Próvida selva, de la varia suerte
Os liberta en su seno, donde anida
La paz amable y sus tesoros vierte.
¡Ah! ¡quién me diera sosegada vida
Entre vosotros y tranquila muerte
A mí, que bogo en piélago cubierto
Por negras nubes, sin hallar el puerto!

Una cabaña humilde ya que otoña;
Un terreno, un rebaño, una cacera
De aguas limpias; un huerto que retoña
Cuajándose de flor en primavera;
Un horizonte claro, una zampoña,
Una sombra en la púbera ribera
De undoso río, y un frugal sustento. . . .
¿Qué pudiera faltar á mi contento?

Mas ya la noche lóbrega, importuna,
Allí marcaba sus tediosas huellas
En cruda lid con la apacible luna
Y su coro de lúcidas estrellas.
El céfiro al juncar de la laguna
Se replegaba, al son de las querellas
Del cárabo que encima un árbol seco,
A mí vecino, fatigaba al eco.

De ese árbol en el árida cubierta,
Al húmido fulgor de Cintia pura,
Hallé que de un zagal la mano experta
Grabó con pedernal esta escritura;
Que por ser de su amor imagen cierta
Y documento de sin par finura,
Que pregona de un mísero la historia,
Indeleble conservo en la memoria:

« Cuando la suerte con airada mano
 « Enturbie, Filis, de tu dicha el cielo,
 « Y el desamor con hálito de hielo
 « El fuego extinga de tu pecho insano;
 « Cuando demandes compasión en vano
 « De quien no alcance tu inefable duelo,
 « Y sola cruces erizado el suelo,
 « Enjuto el rostro y el cabello cano;
 « Ven, Filis, ven á mí. La sierra erguida
 « No ha de negarnos en su seno frío
 « Algún rincón donde acabar la vida.
 « Y tu lloro al mezclarse con el mío,
 « Dirás, ¡ ingrata! de mi cuello asida:
 « ¡ Fué más grande tu amor que mi desvío! »

¡ Triste pastor! en medio á dos alheños
 Otra inscripción con noble gentileza
 Grabó inflexible el ángel de sus sueños,
 De un espinó venciendo la dureza.
 De mustias flores y áridos beleños
 Un hacecillo atado á su corteza
 Tosca y raída el árbol ostentaba
 Y la cruel respuesta publicaba:

« Cuando Filis encuentra en su camino
 « A un pastorcillo que de amor le trata,
 « Y no escucha, ó si escucha no aquilata
 « Los versos de su amante peregrino;
 « Cuando no teme que el falaz destino
 « Trueque en luto su cielo de escarlata,
 « No es pérfida, ni es dura, ni es ingrata;
 « Es que está muerto el corazón, Alcino.
 « ¡ Quisiera amarte! ¡ Sobre el monte alzado
 « Morar contigo? . . . ¡ Misera locura!
 « Quién puede, Alcino, contrastar el hado?
 « ¡ Nunca! ¡ jamás! Refrena la ternura
 « De tu alma virgen: huye ¡ desgraciado!
 « Y no acrezcas tu horrible desventura. »

Lorenzo amigo: en memorable día,
 Y con vivas instancias, un soneto
 En género vedado, me pedía
 Tu amor (como de joven) indiscreto.
 Por complacerte, vióse el alma fría
 En duro lance y riguroso aprieto.
 Pagan aquella deuda, mal su grado,
 Las trovas de ese amante desdeñado.

ELEGÍA.

Aquel Mirtilo flor de nuestros campos,
Gala del valle, orgullo de la selva,
No existe, Delio, y desde ayer descansa
En las entrañas de la madre tierra.

¡Ha muerto! El bosque, las erguidas rocas,
El verde soto y la feraz pradera,
Sollozan, Delio; y el hirsuto sauce
Al suelo humilla sus amargas greñas.

Mírase el antes delicioso llano
Obscuro, escueto, y la fontana yerma;
Los mirlos callan, y los negros buitres
Salir rehusan de su parda cueva.

El mismo Apolo su radiosa frente
Al espirar el seductor poeta
Hundió lloroso; y desde entonces cruza
Envuelto en nubes la enturbiada esfera.

Y los pastores sin poner oído
Al clamor de sus miserables ovejas,
En consolar á la infelice madre
Del buen Mirtilo con su amor se esfuerzan.

¡Y en vano, en vano! ¡Mirta sin ventura,
Por menguar tu dolor, la aguda flecha,
Que abre camino á tu ánima oprimida,
Arrancar de tu seno, quién pudiera!

Tú le amabas, oh Delio; el dulce vate
También te amó; no ha mucho que á la incierta
Fragante sombra de florido almendro
De ti me hablaba y aun lloró tu ausencia.

Yo recogí las últimas palabras
De tu amigo infeliz; la suerte aviesa
Por desgarrar mi corazón llevóme
A presenciar tan lastimosa escena.

Al declinar, dos días ha, la tarde
Entré en el madroñal; de una corneja
El fatídico vuelo perseguía
Con honda leve y zumbadora piedra.

Ella, de rama en rama, en la espesura
Se internó, y en la cumbre de una peña
Sentó su inmunda planta, redoblando
Sus temibles y lúgubres querellas.

Desde la altura, en el boscoso seno
De la montaña, vi que cien ovejas
A un zagal que dormido parecía,
Rodeaban balando lastimeras.

Latiendo el corazón — ¿será Mirtilo?
Me dije; sus rebaños apacienta
En aquesa cañada donde brotan
Límpidas aguas y abundosa hierba. —

Anhelante bajé por un ramblazo;
Entre zarzales y erizadas breñas
Me abrí camino; y del lascivo arroyo
En breve hollaba la florida vega.

¡Era Mirtilo, Delio! Moribundo,
Sin luz sus ojos, en musgosa piedra
Reclinaba la sien, y le envolvía
Con su ramaje funeral adelfa.

Le llamé por su nombre; sus pupilas
En mí fijaba y alargó su diestra;
Quiso valerse; y prorrumpió en sollozos
Mirando el mundo por la vez postrera.

Las claras linfas del raudal vecino
Al hacerle beber, su pecho alienta;
Y me mira de nuevo, y se incorpora
Y con voz extenuada así se expresa:

¡Oh padre Febo! . . . del copudo roble
Que me cobija, la hispida melena
Crucen tus rayos; y mi helada frente
Por un instante con tu luz fomenta.

¡Voy á morir! . . . La fiebre que me abrasa
Con fuego extraño y que á la par me hiela,
Mis ojos nubla. . . ¡Agonizante y solo
Yazgo aterido en la mojada hierba!

Yo, que del lobo á las sangrientas fauces
Forzudo á veces arranqué la presa,
No puedo ahora levantar mi brazo
Para enjugar mis lágrimas postreras.

¡Sedme testigos, árboles del soto!
Sensible y manso el corazón, no albergu
Ni envidia ni odio; y cedo resignado
Al ciego influjo de mi mala estrella.

De aguese pino las agudas hojas
Suave aparta. . . la celeste esfera
Quiero mirar, parlero cefirillo;
Entre las ramas ábreme una brecha.

Tal vez las nubes de amarillo y nácar
Del cielo cruzan la región serena,
Y á engalanar de Apolo el regio estrado
En grupos al Poniente van ligeras.

Tal vez ahora el Véspero amoroso
Persigue deslumbrado al gran planeta,
En cuyo manto de carmín se esconde
Y curioso los ojos abre y cierra.

Tal vez los montes vuelven al Ocaso
Su rubia espalda, y del contorno ahuyentan
A las alondras, que de cumbre en cumbre
La garra esquivan de la noche fiera.

Tal vez el río, clamoroso, al llano
Se lanza envuelto en vagarosa niebla,
Y se sonroja si en su crespa frente
Iris le pone la imperial diadema.

Del verde fresno la robusta copa
Tal vez agita con sensual pereza
La tenue brisa, y bajan sollozando
Las mustias flores y las hojas secas.

Tal vez debajo los crecidos lotos,
Su faz obscura la gentil violeta
Temblando asoma, y el dorado broche
Destraza y vierte su fragante esencia.

Con paso lento las cobardes sombras,
De los barrancos á las agrias cuevas
Suben tal vez; y urgida por los celos
Espiendo á Febo se levanta Delia.

Por las rendijas de mi pobre choza
Las llamaradas de rojiza hoguera
Tal vez se miran, y azulado el humo
Turbando el aire sale por la puerta.

*¡Tal vez mi madre!... ¡madre!... ¡nombre santo!
 ¡Nombre divino!... el único que acierta
 A repetir en medio á mis congojas
 Mil y mil veces mi anudada lengua.*

*¡Tal vez mi madre... viendo que tendido
 Alumbra el sol, levántase y la rueca
 Guarda afanosa; y vacilante, al prado
 Sale á esperar que su Mirtilo vuelva...*

*¡Ah, pobre anciana!... nunca tu Mirtilo
 Por sustentarte empuñará la esteva...
 Ni por los montes trepará ligero
 Buscando el nido de la blonda abeja...*

*¡Madre!... ¡qué frío!... ven á socorrerme...
 Ven... estoy solo... ¡ven!... ¿por qué te alejas?
 Recoge amante mi postrer suspiro...
 Si en arrullarme fuiste la primera...*

*Poco después el alma de Mirtilo
 Tranquila, noble, soñadora y bella,
 Cercada de ventura y poesía
 Huyó por siempre de su cárcel negra.*

*Guarda sus restos en humilde fosa
 El vecino oquedal; con sombra densa
 Un ciclamo y un álamo cobijan
 El montecillo de mojada tierra.*

*Él te rogó que un nido de palomas
 Traspusieras encima; y que su avena
 Encadenaras al vestido tronco
 De agosto roble con tenaz crizneja.*

*Cumplí su voluntad. Las castas aves
 Por su prole atraídas, en las tiernas
 Ramas del árbol con el crudo viento
 En dulce consonancia se querellan.*

*Su flauta, Delio, su armoniosa flauta,
 Que tanto, tanto mitigó sus penas,
 De mimbre y trébol con fragante lazo
 Sobre su tumba agítase suspensa.*

*Allá en la tarde, cuando el fresco río
 Vadea el hato, la radiosa estrella
 Al asomar creemos que nos mira
 Y que sus manes sobre el campo velan.*

*En el plañir del aura aqueña hora,
 En los murmullos de las aves ledas
 Que entre el ramaje de los verdes tilos
 Por un lugar enójense y altercan;*

*En el murmurio de la clara fuente,
 Cuando sus linfas al correr tropiezan
 Con la raíz volante de una encina
 Que provoca dulcísimas reyertas;*

*Y en el bullicio grato de las hojas,
 Que intentan impedir á las rastreras
 Blancas neblinas, el sonoro paso,
 Su voz oímos modulada y tierna.*

*Y nos parece que el vapor del monte,
 Blanquizeo y tenue, su semblante encela;
 Y revisamos las purpúreas nubes
 En el Ocaso por buscar sus huellas.*

*A media noche la temblante luna
 ¡Con qué primor al encumbrar se cuele
 Entre el follaje, y sus pajizos rayos,
 Sobre la fosa, dolorida quiebra!*

*No vengas, no. Tu duelo acrecería
 Nuestras desdichas é indecible pena;
 Y esperemos que borre estos vestigios
 Con su aliento la dulce Primavera.*

ELEGÍA

¡Ya nunca, Delio, bella y tremulante
La llena luna al espirar el día
Alumbrará tu pálido semblante!

¡Ya nunca el aura sonora y fría
Ha de venir por halagar tu oído,
Estremeciendo la arboleda umbría!

No escucharás el plácido balido
De las ovejas, ni el sabroso canto
Que ensaya el ave en su colgante nido.

Del mirto la fragancia, del acanto
Los artísticos pliegues, del helecho
Vaporoso y magnífico el encanto,

Y de las chozas el negruzco techo,
Ya nunca un sentimiento de ternura
Despertarán en tu sensible pecho.

Como las aguas de la fuente pura
Gimiendo corren á buscar los mares
Para jamás volver á la espesura;

Cual las hojas que arranca por millares
El cierzo frío van sin la esperanza
De tornar á sus troncos seculares;

Como la débil hiedra que se afianza
Al grueso pie de protector encino,
Si éste cae, jamás su cumbre alcanza;

¡Así tú, Delio. . . ¡bárbaro destino!
Has entrado en el reino de la muerte
Para nunca salir. . . pastor divino!

¡Nunca mis ojos tornarán á verte. . .
Ni asestará sus dardos importuna
A tu amoroso corazón la suerte!

Tal vez ahora al rayo de otra luna,
En la piragua del feroz Barquero,
Vas cruzando la frígida Laguna;

Y absorto acaso miras pasajero
El agua turbia, el cárdeno horizonte,
Las negras ovas é insondable estero;

Y al acordarte del peñón bifronte
Que tu redil protege y tu cabaña
En el declive de apacible monte,

Solo, entre sombras, en región extraña,
Tal vez sollozas, y caliente lloro
En largas venas tus mejillas baña.

Tal vez escuchas el crujir sonoro
Del remo grácil, y de espectros vanos
Yerto presides el funesto coro.

¡Tal vez me llamas! . . . y al mirar lejanos
Los dulces valles de la opuesta orilla,
Tiendes á mí tus suplicantes manos.

Mientras aquí con trémula rodilla
Busco tu fosa, y mi surcada frente
Crudo el dolor hasta la tierra humilla.

Ni los murmurios de la tibia fuente,
Ni del jazmín la embriagadora esencia,
Ni el susurrar de triscador ambiente,

Ni de las aves la eternal cadencia,
Un momento me roban tu memoria,
Pues sólo vivo por llorar tu ausencia.

En repasar tu lastimera historia
Recorriendo los bosques y colinas
Que tanto anabas tú, cifra mi gloria.

Viendo correr las aguas cristalinas
Desde que asoma la rosada aurora,
Me envuelven de la tarde las neblinas.

Y repite gimiendo á toda hora,
«¡Ven, Delio. . . ven!» la vigilante peña
Llamándote con voz desgarradora.

De sus corimbos la fragante alheña
Al peso cede, y sobre el mustio suelo
Teje el nido la tórtola mesteña;

Cruzan las nubes con el mismo anhelo
De púrpura teñidas y amarillo
Por la mañana el zafirino cielo;

Mis cabritas el húmedo tomillo
Vienen tronzando; y al facundo arroyo
Baja, como antes, el zagal sencillo;

En las rampas vestidas de verdoyo
Tiende sus brazos la amorosa hiedra
Buscando un árbol que le preste apoyo;

Y del ciprés entre el follaje medra
Y en bandas flota el musgo ceniciento
Acariciando la vecina piedra. . .

¿Qué importa! . . . ¿qué! Del ábrego el lamento
Y ese hablar eterno de los ríos
Esecho con el mismo sentimiento.

Son para mí los ricos atavíos
De la campiña funeral sudario,
Y páramo los cármes sombríos;

Del tierno ruiseñor el canto vario
Y del jilguero el melodioso trino,
Baladros del mochuelo solitario.

¿Y en dónde, en dónde estás! . . . Del triste Alcino
Apiádate la negra desventura;
Y presto ven, oh bardo peregrino,
Por conducirle á tu mansión obscura.



AL VOLVER AL CAMPO.

¿Quién me diera ocultarme en las ondas
Cristalinas del lúbrico río,
Que atraviesa encrespado y bravío
La llanura del suelo natal!

¿Quién me diera esconderme en el bosque
Silencioso que al Valle circunda,
Y buscar en la vida errabunda
Un alivio á mi tedio mortal!

Ya no escucho el rumor de la fuente;
Ni me arroban los mirlos cantores;
Insensible del prado las flores
Miro y huello sin grata emoción:
Y aun el cielo, ese diáfano cielo,
Casto amor del pindárico artista,
De zafir ó de grana se vista
Ya no logra fijar mi atención.

Las montañas, del céfiro blando
Los murmurios, la nube de encaje,
No me alegran, ni el rojo celaje
Ni de Febo el divino esplendor;
Y en la noche la trémula luna
Alumbrando la adusta maleza
Sólo viene á doblar mi tristeza
Acreciendo del alma el pavor.

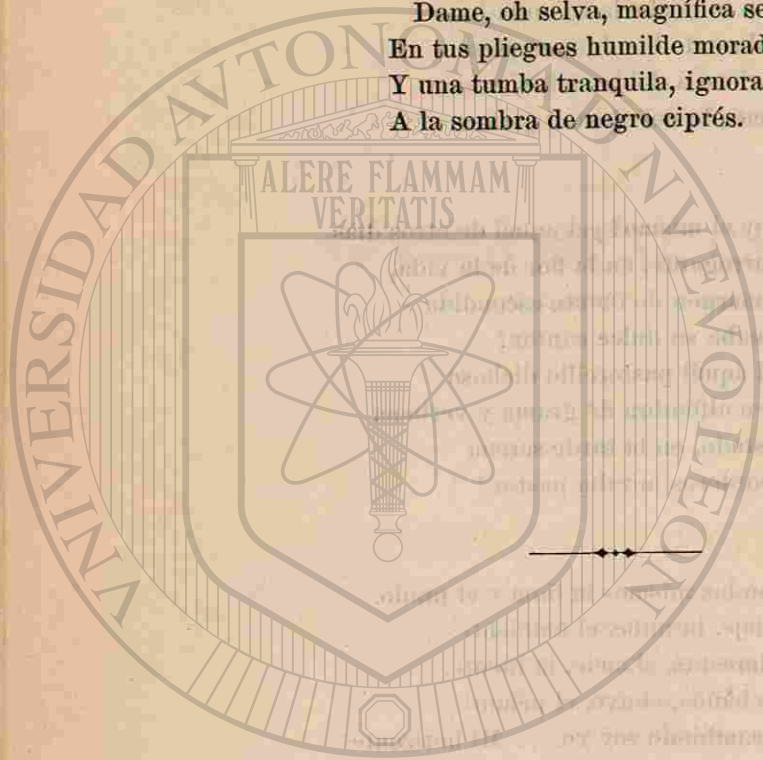
¿Soy el mismo? ¿el aquél de otros días
Que arrogante, en la flor de la vida,
A la margen de fuente escondida
Entonaba su dulce cantar?

¿El aquél pastorcillo dichoso
Que en alfombra de grama y verbena
Recostado, en la tarde serena
Sus corderos miraba pastar?

¿Son los mismos la luna y el prado,
El celaje, la nube, el ambiente,
Las florestas, el cielo, la fuente,
Los rebaños, el ave, el peñón!
El cambiado soy yo... Mi horizonte
El destino maléfico enluta;
Y halla espinas tan sólo en su ruta
Mi sensible y leal corazón.

¿Oh ciudad! con efímero halago
A tu seno letárgico y triste
Me llevaste; y en pago me diste
Un momento de dicha fugaz.
Por seguirte dejé mi llanura,
Mi rebaño, mi rústico nido;
Y en un punto por siempre he perdido
La salud y del alma la paz.

Vuelvo á ti (y ¡ay de mí, cómo vuelvo!)
 Dulce campo. Tus húmedas brisas
 No le niegues y gratas sonrisas
 A tu pobre, infeliz montañés.
 Dame, oh selva, magnífica selva,
 En tus pliegues humilde morada;
 Y una tumba tranquila, ignorada,
 A la sombra de negro ciprés.



SONETOS

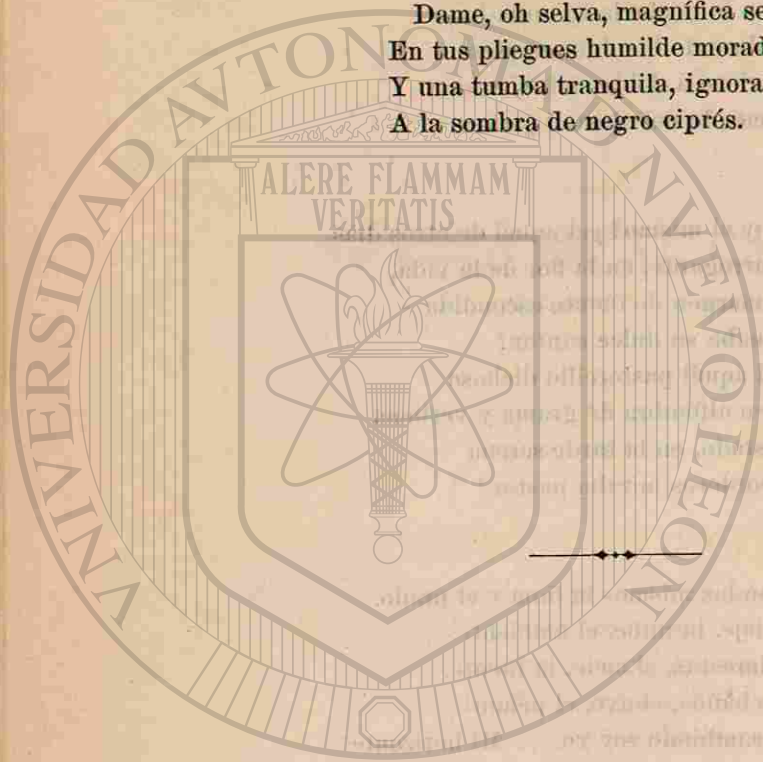
RELIGIOSOS Y MORALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Vuelvo á ti (y ¡ay de mí, cómo vuelvo!)
 Dulce campo. Tus húmedas brisas
 No le niegues y gratas sonrisas
 A tu pobre, infeliz montañés.
 Dame, oh selva, magnífica selva,
 En tus pliegues humilde morada;
 Y una tumba tranquila, ignorada,
 A la sombra de negro ciprés.



SONETOS

RELIGIOSOS Y MORALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

MIÉRCOLES DE CENIZA.

Nimum ne crede color.

VIRGILIO

¡Cándido lirio, rosa de escarlata,
 Negro heliotropo, mística violeta,
 Del candoroso Adán la prole inquieta
 Cuán al vivo en vosotros se retrata!

Vístase aquél sus pétalos de plata,
 Éste, enlutado, siga al gran planeta,
 A una por vana, á la otra por secreta,
 Un soplo frío á todos hiere y mata.

Si flor por flor solícito examino
 A la escarcha primera, en sus despojos
 Hallo el mismo color é igual destino.

Y vuelto á mí conozco mis arrojios;
 Palidece mi faz; la frente inclino,
 Y dos lágrimas ruedan de mis ojos.

II

LA INSTITUCIÓN.

*Inmotabis Phase vespere ad
solis Occasum.*

DEUT.

Lleno de amor, negado á las querellas
Del aura y aves y fontana pura,
Tramonta Febo y á la noche obscura
Borrar permite sus fecundas huellas.

Pero al enviar las últimas centellas
Aquese duelo aviva su ternura;
Y cambiando ingenioso de figura
De nuevo encarna en mil y mil estrellas.

¡Ah, Sol del sol! Tu mística Paloma
Te aprisionó, llegada tu partida,
Con sus arrullos y preciado aroma;

Y por dejarla en saciedad cumplida
Tomaste, al trasponer el agría loma,
En mil panes y mil eterna vida.

III

EL MANDATO.

¡Saul et Iónathas amabiles et decori!

II. REG. I. XXIII.

De Jonatás, su amigo y su delicia,
Y de Saúl, contrario, crudo el sino
Al par lloró David. (¡El amor fino
Lleva siempre un resabio de injusticia!)

Y de Judas midiendo la malicia
É ingratitud el Redentor divino
Y de Juan el afecto peregrino,
A entrambos lava, obsequia y acaricia.

Lleva á su plato, aquél la mano impura;
Y aquéste aviva su amorosa llama
Libando de su pecho la dulzura.

Amable á entrambos sus amigos llama:
Al que dañarle pérfido procura,
Y al que leal le sigue y tierno le ama.

IV

EN LA PARASCEVE.

Omnia traham ad me ipsum.

IOAN—12—32.

Dicen que el Tracio fué tan inspirado
Poeta, que al tañer su blanda lira
Llevaba en pos de sí (¡dulce mentira!)
La selva, el arroyuelo y el collado.

¡Vate, no tú, por vates sublimado!
Aquel Cisne divino cuando espira
Él sí, por más que el bátrato conspira,
Se atrajo al universo consternado.

Al resonar su postrimer acento,
Despierta el mar y airado se incorpora
Enviando á las estrellas su lamento;

El Infierno sus pérdidas deplora;
Treme la Tierra en su hondo fundamento,
Y en luto el cielo con los astros llora.

V

EN LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR.

*Eius dolore miscbitur; extrema
gaudii occupat luctus.*

PROV.

No hay en el orbe estado ni grandeza
Que no haya de probar la desventura;
Ni hay alegría moderada y pura
Que tributo no pague á la tristeza.

¡Grande verdad! Del cielo la Riqueza
Sólo una vez acá se transfigura;
Su manto es nieve de sin par blancura
Y como el sol irradia su cabeza.

Si Juan y Diego con temor profundo
Le contemplan callando, y se divierte
En quimeras forjar Simón facundo,

¡Quién le da el parabién?... ¡Terrible suerte!
Moisés y Elías tornan á este mundo
Por hablarle de oprobios, cruz y muerte.

VI

A UN GIRASOL.

*Heliotropii flos cum sole se circumaget et etiam
núbilo die. Tantus sideris amor!*

PLINIO.

Espejo de lealtad, flor admirable,
Que inmóvil y á la par en movimiento
Saludando de Febo el nacimiento,
A su ocaso le sigues invariable.

Es tan fino tu amor inimitable,
Que si envuelto en su manto ceniciento
Esquivo se levanta y soñoliento,
A través le contemplas siempre amable.

Si al amante Jesús, mi sol divino,
Que me busca y acecha enamorado,
Como tú al lumínar amara fino,

No me helaría el verle disfrazado,
Con capuz ingenioso y peregrino,
Escondirse de mí Sacramentado.

VII

EN LA FIESTA

DE LA MATERNIDAD DIVINA DE LA SANTA VIRGEN.

Flores... et pereunt ut pariant.

PLINIO.

Doble el manzano de sus blancas flores
Al dulce peso la galana frente;
Sus azahares el naranjo ostente
Humillando á los tiernos ciclamos.

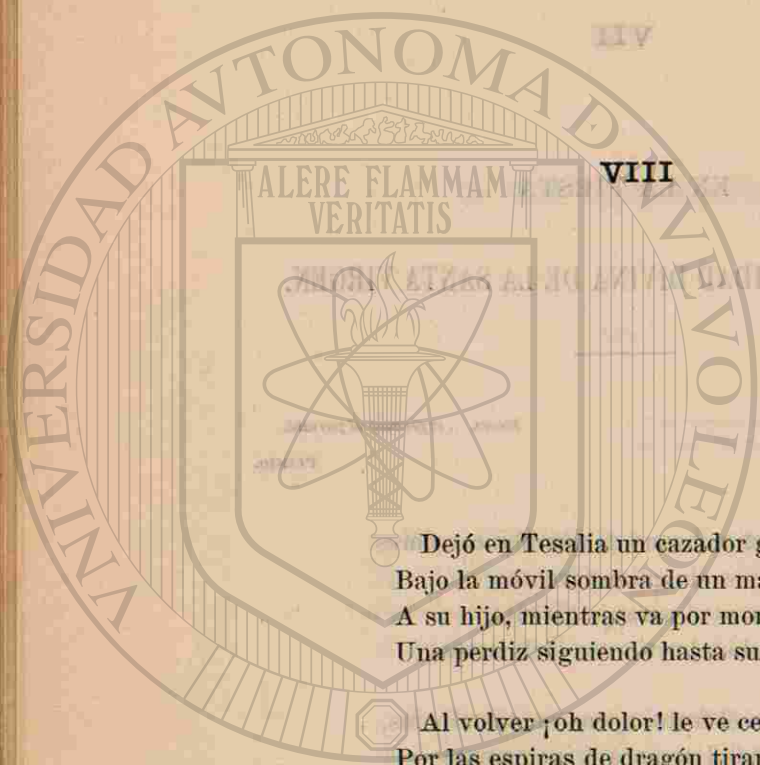
Mañana el fruto, appena en sus albores,
Su integridad arrancará inclemente
A la flor madre. ¡Nunca del naciente
Hijo una flor admira los primores!

El mismo Arón, de Dios el escogido,
Las flores de su vara misteriosa
Vió trocarse en almendras, sorprendido.

Sólo la Flor de Nazaret graciosa,
Al producir su fruto bendecido,
Íntegra queda y en su tallo airosa.

IIIV

VIII

*Ars fuit esse patrem.*

SEDULIO.

Dejó en Tesalia un cazador garrido,
 Bajo la móvil sombra de un manzano,
 A su hijo, mientras va por monte y llano
 Una perdiz siguiendo hasta su nido.

Al volver ¡oh dolor! le ve ceñido
 Por las espiras de dragón tirano:
 ¡Era padre! al carcaj llevó la mano,
 Trémulo el brazo, el corazón transido.

La flecha embebe al arco; y con tal arte
 La fuerza mide y el impulso pesa,
 Que tan sólo al dragón, certero hiere.

Así Dios el socorro nos imparte
 Cuando nos mira del Infierno, presa;
 Y vive el hombre y la serpiente muere.

IX

Vanitas vanitatum et omnia vanitas.

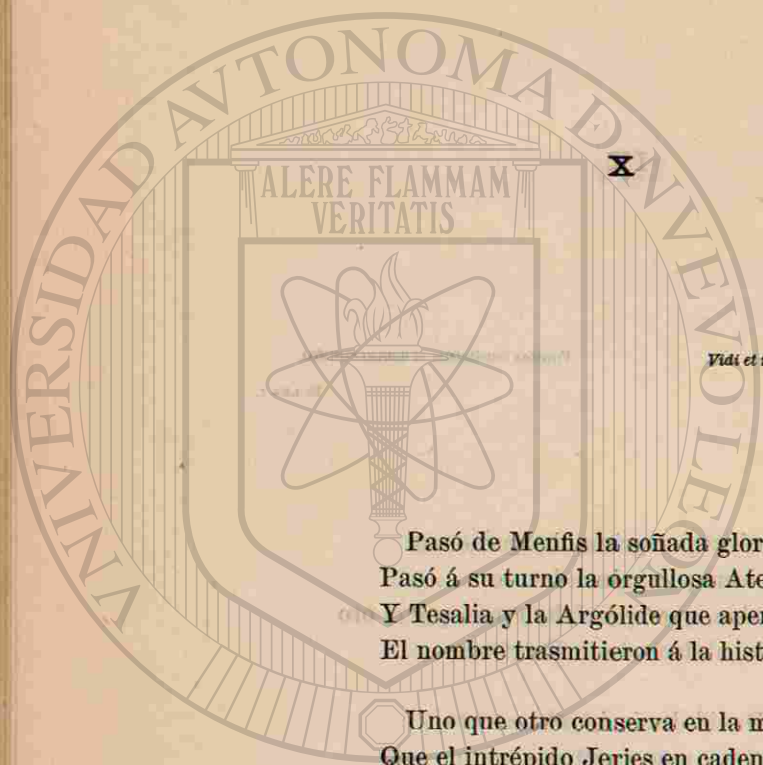
ECLÉS I.

De esbeltez peregrina, de hermosura
 Tan hechicera y máximo decoro
 Fué Absalón, que apreciaban más que el oro
 Su cabello, al decir de la Escritura.

Y fué David de sin igual bravura
 Y tan certero, que al silbar sonoro
 De aquella honda que era su tesoro,
 De Goliat derramó la sangre impura.

Fué Aquitofel de la ignorancia el mazo
 Por su saber, y oráculo bendito;
 Y de Israel, su patria, escudo y brazo.

De éstos el fin publica á voz en grito
 ¡Oh vanidad! que la hermosura es lazo,
 Mengua el ingenio, y el valor delito.



Vidit et nihil permanere sub sole.

ECLES II.

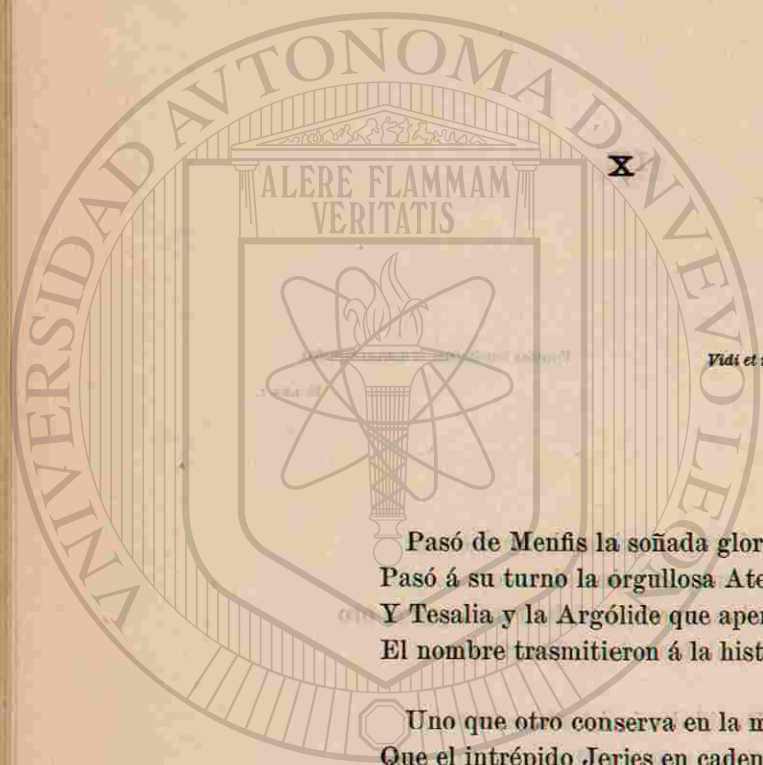
Pasó de Menfis la soñada gloria;
 Pasó á su turno la orgullosa Atenas,
 Y Tesalia y la Argólide que apenas
 El nombre trasmitieron á la historia.

Uno que otro conserva en la memoria
 Que el intrépido Jerjes en cadenas
 Quiso poner el mar, y las escenas
 De Temístocles grande en la victoria.

Demócrates pasó; Fidias y Apeles
 Pasaron; y el Orfeo y aun Apolo
 Sombras fueron ceñidas de laureles.

¡Todo en el mundo desencanto y dolo!
 ¡Nada hay estable! y firme en los verjeles
 Místicos, queda la virtud tan sólo.

SONETOS PASTORILES



Vidit et nihil permanere sub sole.

ECLES II.

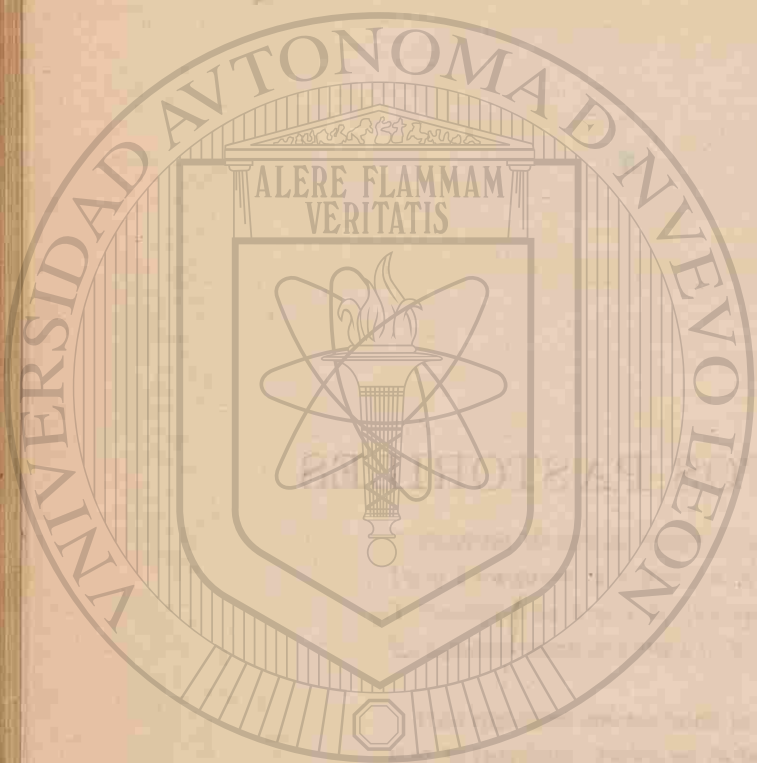
Pasó de Menfis la soñada gloria;
 Pasó á su turno la orgullosa Atenas,
 Y Tesalia y la Argólide que apenas
 El nombre trasmitieron á la historia.

Uno que otro conserva en la memoria
 Que el intrépido Jerjes en cadenas
 Quiso poner el mar, y las escenas
 De Temístocles grande en la victoria.

Demócrates pasó; Fidias y Apeles
 Pasaron; y el Orfeo y aun Apolo
 Sombras fueron ceñidas de laureles.

¡Todo en el mundo desencanto y dolo!
 ¡Nada hay estable! y firme en los verjeles
 Místicos, queda la virtud tan sólo.

SONETOS PASTORILES



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

EN EL XXV ANIVERSARIO

DE LA

CONSAGRACIÓN EPISCOPAL DEL ILLMO. SR. ARZOBISPO

DE MÉXICO.

8 DE JULIO DE 1880.

Es hoy tu día, Mayoral querido:
No extrañes que zagales y pastores
Vengan de lejos á ofrecerte flores
Y tórtolas cogidas en el nido.

El horizonte apenas ha teñido
El alba con sus tibios resplandores,
Y en alas de los vientos triscadores,
Por verte, nuestro amor nos ha traído.

Henos aquí: la parte del rebaño
Que tienes confiada á nuestro celo
Queda bien, y es augurio de buen año.

Los pastos riega providente el cielo;
Y el fiero lobo, más y más hurraño,
El campo deja. Vive sin recelo.

I

II

AL ENTRAR EL INVIERNO.

El crudo Norte con su aliento frío
Va el llano poco á poco despojando
De su hermoso verdor, y deshojando
El tierno sauz del vaporoso río.

¡ En dónde pacerás, rebaño mío,
Causa inocente del tormento infando
Que sufre el corazón? ¡ Ya estás balando
Y aun no se cuaja el matinal rocío!

.....Ya sé lo que he de hacer. La hierba fina
Que ajironada flota en la laguna,
Tu alimento será; copuda encina

Te abrigará á su pie; y en la importuna
Noche fría, mi avena peregrina
He de tañer al rayo de la luna.

III

AL ENTRAR EL VERANO.

Solstitium pecori defendite: jam venit aestas.

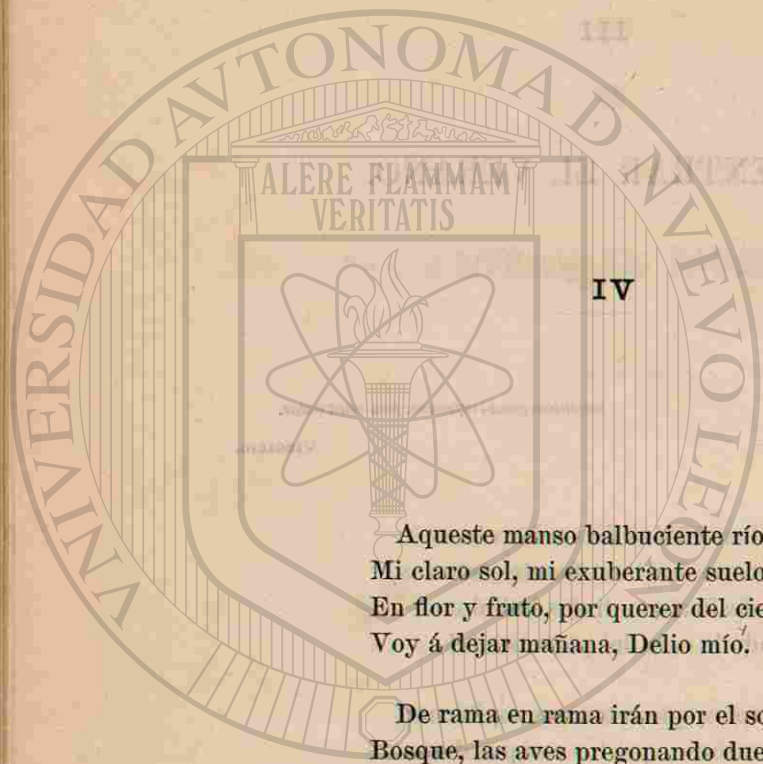
VIRGILIO.

¡ Montes ceñidos de verdor eterno
Por la mano de Dios; fuentes sonoras,
Que os deslizáis en linfas bullidoras
Lamiendo la raíz del pobo tierno!

¡ Madroño, que retoñas sempiterno;
Y tú, cantueso, que los campos doras
Coronado de espigas brilladoras
En verano lo mismo que en invierno!

¡ Mirad! Ya enturbia la calina ardiente
Las tibias auras, y ligero nace
Sangriento el sol cual globo incandescente;

Enflaquecido mi ganado paca
La grama seca; y su balar doliente
Me presagia un funesto desenlace.



Aqueste manso balbuciente río,
Mi claro sol, mi exuberante suelo
En flor y fruto, por querer del cielo
Voy á dejar mañana, Delio mío.

De rama en rama irán por el sombrío
Bosque, las aves pregonando duelo;
Y tú.... más duro que marmóreo hielo,
Oirás su lloro indiferente y frío.

Mira hacia abajo: en la risueña orilla
Del terso lago, al pie de la montaña,
Forceja con el tilo mi barquilla.

¡Adiós por siempre! La expresión entraña,
Ingrato Delio, de mi fe sencilla
El son postrero de mi endeble caña.

V

AL AMANECER.

Asoma, Filis, soñoliento el día
Y llueve sin cesar; en los cercanos
Valladares al pie de los bananos,
Mi grey se escuda de la niebla fría;

Las vacas á sus hijos con porfía
Llaman de los corrales, en pantanos
Convertidos; y ruedan en los llanos
Pardas las nubes y en la selva umbría.

Oye.... se arrastran sobre el techo herboso
Los tiernos sauces con extraño brío
Al mecerlos el viento vagaroso,

Que trayendo oleadas de rocío
Por las rendijas entra querelloso.
Prende el fogón, amiga, tengo frío.

VI

AL CAER LA TARDE.

Van de tropel cruzando los bermejos
Celajes el espacio; la campaña
Pueblan las sombras; y los riscos baña
Tardo el sol con los últimos reflejos.

En medio, Lauro, á los copudos tejos
Que sombríos coronan la montaña,
Descansa Filis, cuya la cabaña
Fué que en ruinas vislumbras no muy lejos.

Aquella claridad que surge ahora
Ciñendo el mar, de céfiros ladrones
La hueste que perfunes atesora,

Y este plañir tenaz de los alciones,
¡Cuánto agradaban, cuánto á mi pastora!...
... ¡Apíadate de mí!... ¡No me abandones!...

VII

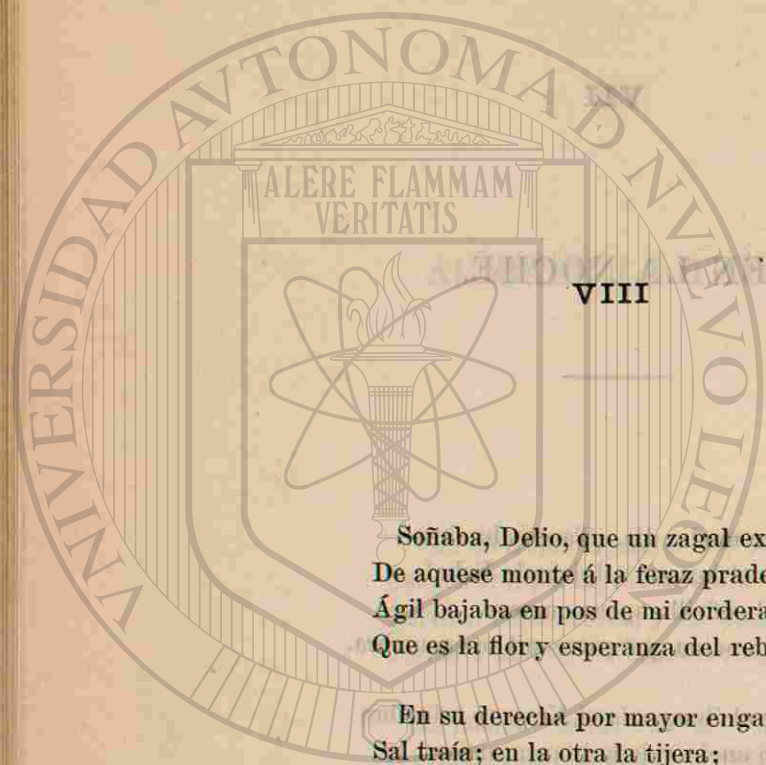
EN LA NOCHE.

Parece medio día. ; Tanto alumbra
Húmida el bosque salpicando Febe!
Süave el cefrillo apenas mueve
Aquella encina que entre mil se encumbra.

Sobre el Zempoala el Véspero relumbra
Tendido encima de la blanca nieve;
Y en la planada el arroyuelo leve
Como cinta de plata se columbra.

Rutila el cielo; y se oye en la montaña
De la abubilla el grito lastimero
Que el eco reproduce en la campaña.

Flérida, ven y sígueme, pues quiero
Gozar de aquesta noche. La cabaña
Cierra, amiga; te aguardo en el otero.



Soñaba, Delio, que un zagal extraño,
De aquese monte á la feraz pradera,
Ágil bajaba en pos de mi cordera,
Que es la flor y esperanza del rebaño.

En su derecha por mayor engaño
Sal traía; en la otra la tijera;
Y en mi aprisco, salvando la barrera,
Entró ¡qué audacia! á consumir el daño.

Inmoble y presa de inefable duelo,
La contemplaba débil, plañidora,
Y atusada y tendida sobre el suelo.

¡Una ilusión que surge y se evapora
Fué mi soñar? ¡el irritado cielo
Me anuncia algún desmán en mi pastora!

IX

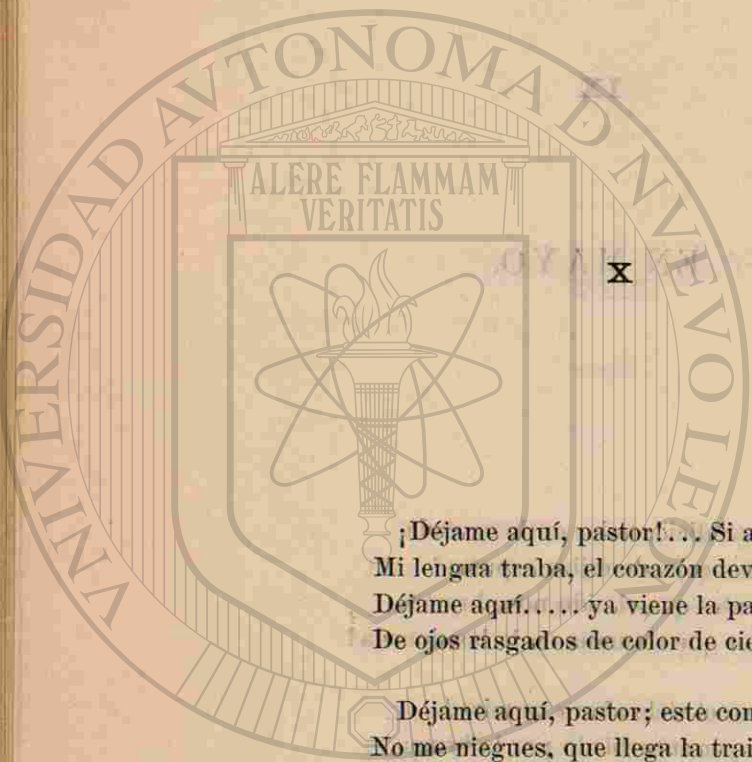
EN MAYO.

¡Ves, Salicio, rodar en la cascada
Copo tras copo de rojiza espuma?
¡No sientes que el oído nos abrumba
El fragor que retumba en la hondonada?

Fija en el cielo ahora tu mirada
Desde ayer enturbiado por la bruma,
Y mira que el halcón de roja pluma
Revuela con la cola desplegada.

Ya triscan los cabritos; el ganado
Con la pesuña escarba en las praderas
Y husmea el viento de agua saturado.

Oye, Salicio, un ojo á mis corderas;
Viene la lluvia, y de por fuerza ó grado
Voy á cubrir del chozo las goteras.



¡Déjame aquí, pastor!... Si amargo celo
 Mi lengua traba, el corazón devora;
 Déjame aquí... ya viene la pastora
 De ojos rasgados de color de cielo.

¡Déjame aquí, pastor; este consuelo
 No me niegues, que llega la traidora:
 Y... nunca, si mi suerte no mejora,
 Tornarás á mirarme en este suelo.

¡Qué es esto? ¡Qué quereis, ovejas mías?
 ¡Lejos de aquí!... mi látigo... á los cerros
 Id, no hay sal, ni tolero demasías.

¡Balais? callad: ¡estoy para cencerros!
 Tomad; é idos á balar impías...
 ¡No escuchas el ladrido de sus perros?

XI

*Nec sum adeo informis; nuper me in
 littore vidi.*

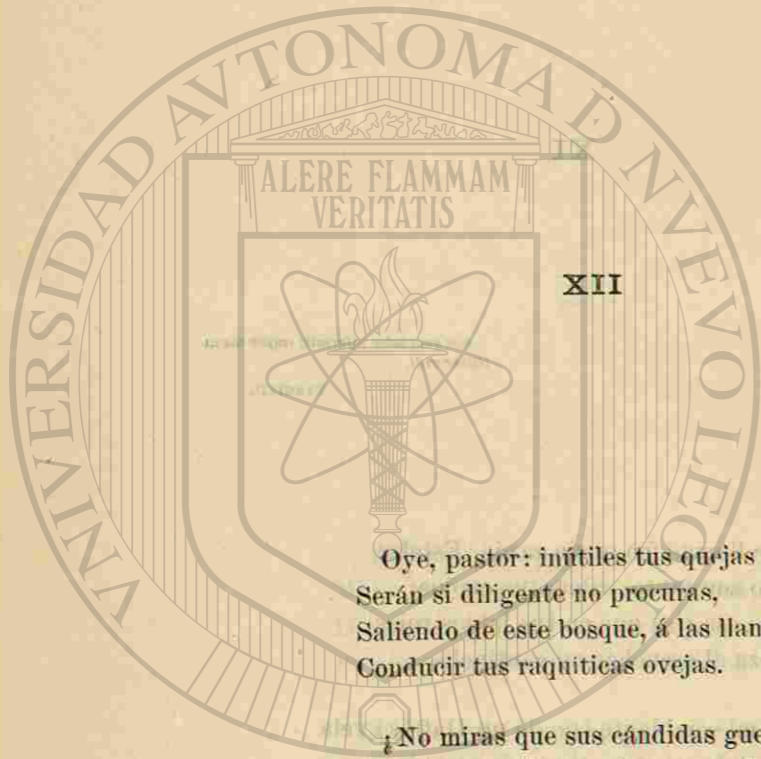
VIRGILIO.

Me llamas feo, y sin razón, Estela:
 No lo soy tanto, calma tus enojos;
 Y ata esa risa que en tus labios rojos
 Retoza al escuchar mi cantinela.

Si mi semblante (no de un Dafnis) vela
 La palidez que encubre mis sonrojos,
 En la mirada de mis negros ojos
 El estro soberano se revela.

¡Ah! no me engañe, no, la oculta fuente
 En donde ví mi rostro, estando en calma
 La amena y limpidísima corriente.

Mas, no de mi figura, de mi alma
 Te aprisione el valer, y de mi frente
 Tierno el laurel é inmarcesible palma.



Oye, pastor: inútiles tus quejas
Serán si diligente no procuras,
Saliendo de este bosque, á las llanuras
Conducir tus raquíticas ovejas.

¿No miras que sus candidas guedejas
Quedan prendidas en las zarzas duras,
Y que á llamar en vano te apresuras
Si el negro lobo asoma las orejas?

Sabemos bien que Filis, la inconstante,
Tus esperanzas burla... Mas... innoble
Parece que el ganado muera errante.

Leandro, tu rival, mientras inmoble
Las aguas ves correr, canta triunfante
Con tu pastora bajo el fresco roble.

XIII

VIX

..... Vaccinia nigra leguntur.

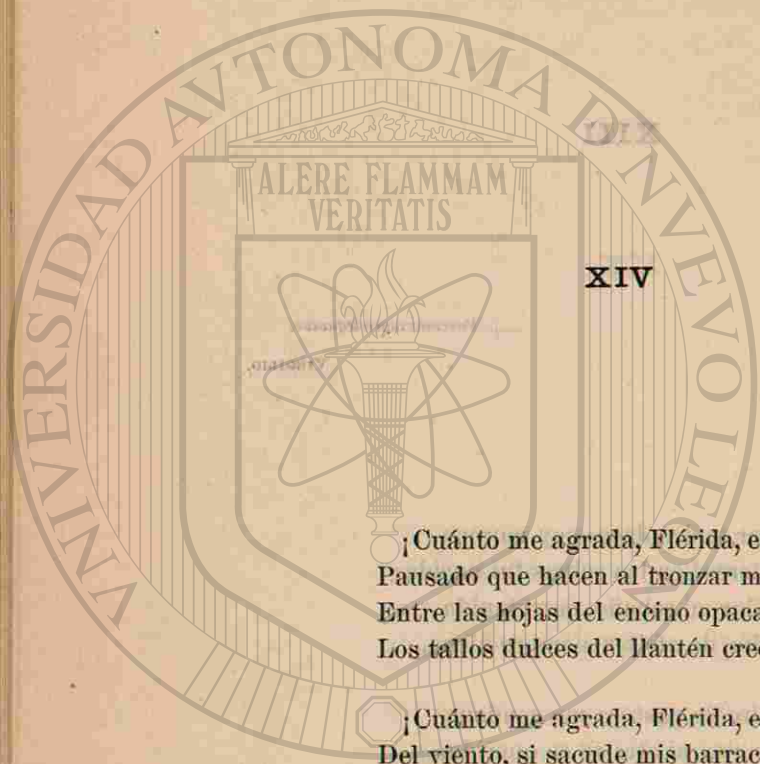
VIRGILIO.

Mi color te desplace: soy morena.
¿Qué quieres? en las selvas fui nacida;
Y en cuidar mi rebaño, entretenida
Paso el día, de afeites siempre ajena.

Si el aire de pastora me condena
Ante tus ojos, si otra te es querida,
Dichosa más que yo, bien de mi vida,
Déjame á solas devorar mi pena.

.... Mas no. Si de Moisés Séfora hermosa,
Siendo etiopisa, el corazón alcanza;
Y el mismo Salomón llamó su esposa

A Sabá (y era negra), en lontananza
Vislumbro que mirándome graciosa
Tornarás dando el lleno á mi esperanza.



¡Cuánto me agrada, Flérída, el rüido
Pausado que hacen al tronzar mis vacas,
Entre las hojas del encino opacas,
Los tallos dulces del llantén crecido!

¡Cuánto me agrada, Flérída, el silbido
Del viento, si sacude mis barracas
O se columpia y trisca en las estacas
Del viñedo que un año no ha cumplido!

Y el canto de las aves, y el acento
Del riachuelo llorón que necio lidia
Con las peñas que baña con su aliento.

Flérída, hermana, ¡cuánto me fastidia
La corte, y cuánto acá moro contento
Sin oír los murmullos de la envidia!

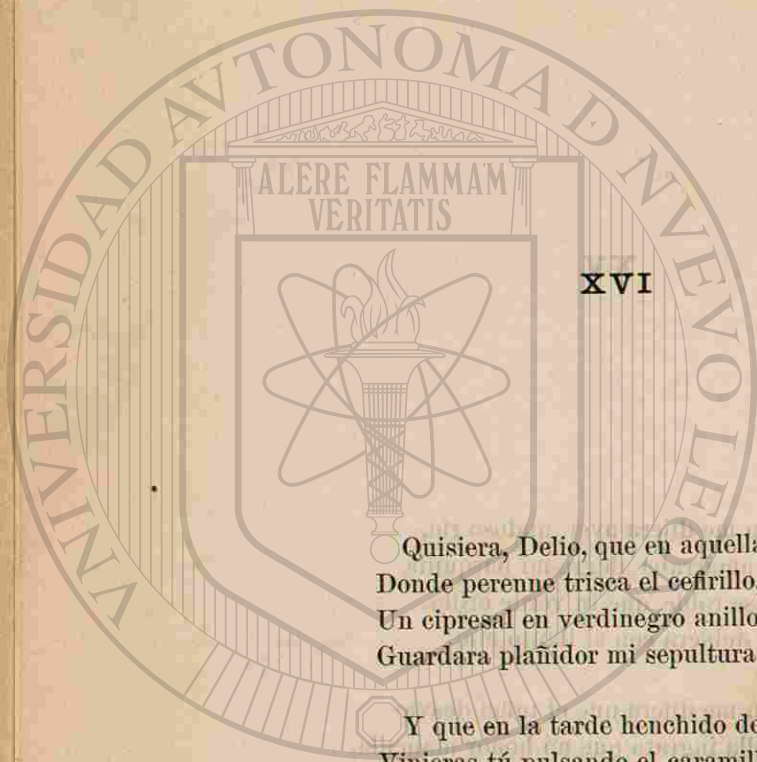
UN PART XV

¡Quién me dijera ayer, undoso río,
Cuando amarraba alegre mi barquilla
De aque-se roble, que tu verde orilla
Quemar debiera con el llanto mío!

¡Quién me dijera que el infiel desvió
De aquella ingrata que mi honor maneilla,
Débil mi voz, temblante mi rodilla,
Me arrojara á tu borde y soto frío!

Enfermo ahora, pobre, sin ovejas,
Sin hogar ni rabel, en hondo duelo
A importunarte vengo con mis quejas.

¡Tiempo voluble!... Entonces, sin recelo
En tus frías ondas y bermejas
Veía balancear el claro cielo.



○ Quisiera, Delio, que en aquella altura
Donde perenne trisca el cefrillo,
Un cipresal en verdinegro anillo
Guardara plañidor mi sepultura.

○ Y que en la tarde henchido de amargura
Vinieras tú pulsando el caramillo,
A desaparecer adelfas y tomillo
Este lamento dando al aura pura:

«¡ Ah, pobre Alcino!... Ni la negra suerte
« Domó tus bríos; ni la falsa gloria
« Avasalló jamás tu pecho fuerte.

«¡ Viviste sin vivir!... Tal es tu historia.
«¡ Descansa en paz! y mira que la muerte
« No ha logrado robarme tu memoria.»

XVII

XVII

UN PASTOR AUSENTE.

De airoso roble en la corteza dura
Grabé tu nombre con dolor infando;
Y vacilante sobre el césped blando
Tus huellas busco y en la selva obscura.

Cabe la fuente que á mis pies murmura,
La vez primera te miré lavando
Tu bello rostro; pálida, llorando,
De mí te despediste en esa altura.

Hoy de ti, dulce joven y querida,
Me separan los negros anchos mares...
¡ Virginia! por piedad, ¿ dónde eres ida?

Ven, ven acá; de mí no te separes.
Mira que estoy cercano á dar la vida
En fuerza de tan horribidos pesares.

XVIII

Semper et assidua postes fuligine nigri.

VIRGILIO.

¿Adónde te encaminas, y tan presto
Amable Coridón? Los algarrobos
Sus flores cierran y los lindos pobos;
Claros señales de que el sol se ha puesto.

Hay por aquí peligro manifiesto
Caminando de noche; á los escobos
Que enfrente ves, los carniceros lobos
Llegan....; oyes ¡qué horror! su aullar finesto?

Descansa con nosotros: hay castañas,
Leche espumosa y pan; entretenidos
Velaremos soplando nuestras cañas.

Los fogones crepitan bien surtidos
De acre leña, y ostentan las cabañas
Sus techos por el humo ennegrecidos.

XIX

*Nescio quis teneros oculus mihi
fascinat agnos.*

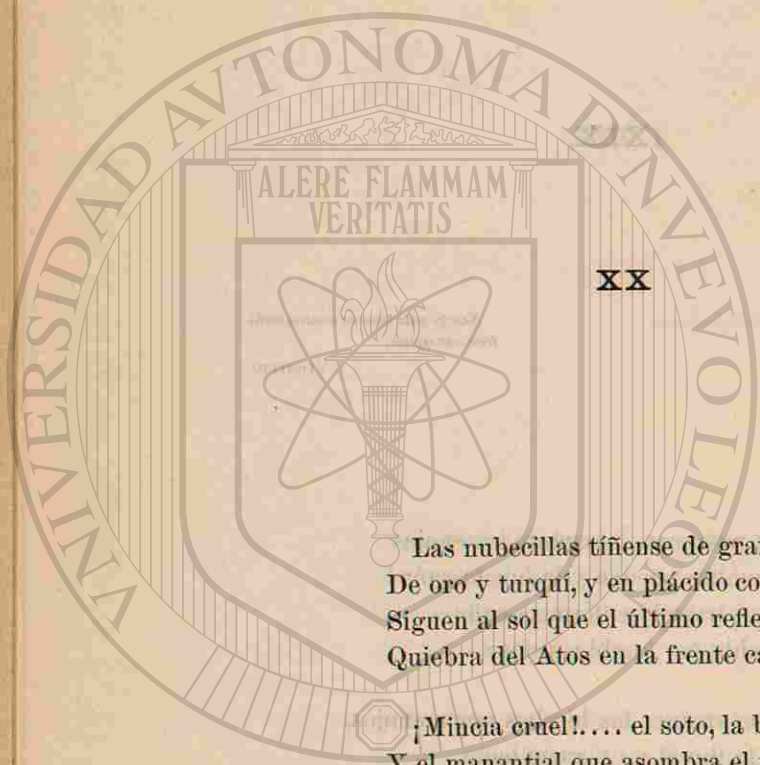
VIRGILIO

Mirad, pastores.... ¡cuánto los enojos
De un hombre pueden y la inicua saña!
Ved de mi trigo la enfermiza caña
Obscurecida por anublos rojos;

Aunque arranco las hierbas por manojos,
Aunque la lluvia mi terreno baña,
Tenaz ondea la infeliz cizaña
Entre cardos quebrándose y abrojos.

Mirad mis avellanos y frambuesos,
Sin vida están; la grama no retoña
Ni de Favonio por los tibios besos;

En mis corrales quedan, hoy que otoña,
De mis greyes las pieles y los huesos.
¿Cómo quereis que taña la zampona?



Las nubecillas tiñense de grana,
De oro y turquí, y en plácido cortejo
Siguen al sol que el último reflejo
Quiebra del Atos en la frente cana.

¡Mincia cruel!... el soto, la besana,
Y el manantial que asombra el verde tejo,
Flébil llamando al triste zagalejo,
En vano, en vano cruzarás mañana.

Y en vano al monte con letal quebranto
Subirás á la hora en que tendido
Huelga Febo en hamaca de amaranto.

¡No me hallarás! Aquí y allá esculpido
Verás en las cortezas este canto,
Que es de tu Alexis el postrer gemido.

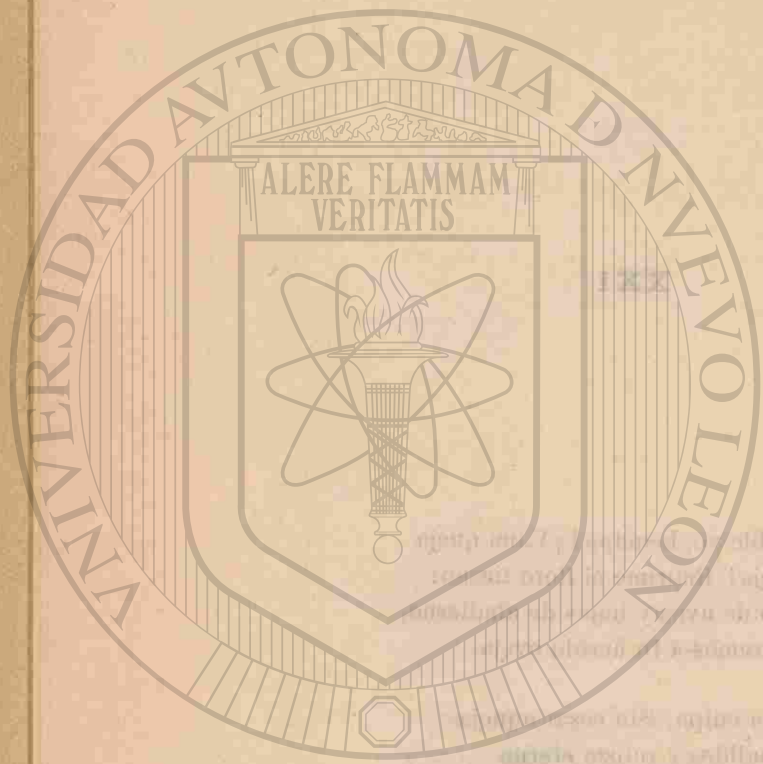
XXI

¡Culpable yo, Leucipo? ¡Vana queja
Es tu queja! Reprime el lloro tierno:
Con zumo de uvas y hojas de aladierno,
Ven, curaremos á tu herida oveja.

A ella la culpa. Sin cesar aqueja
Con sus balidos y retozo eterno
A mi chivo, que hiere con el cuerno
Cuando rompe enfadado la crizneja.

Curémosla, Leucipo: y te conjuro
Que este animal indómito y dañino
No turbe el que tenemos goce puro.

Yo tomo esta vereda; tú el camino
Sigue: y aparte en el hayal obscuro
Alternaremos con cantar divino.



EN LA BIBLIOTECA DEL FONDO DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

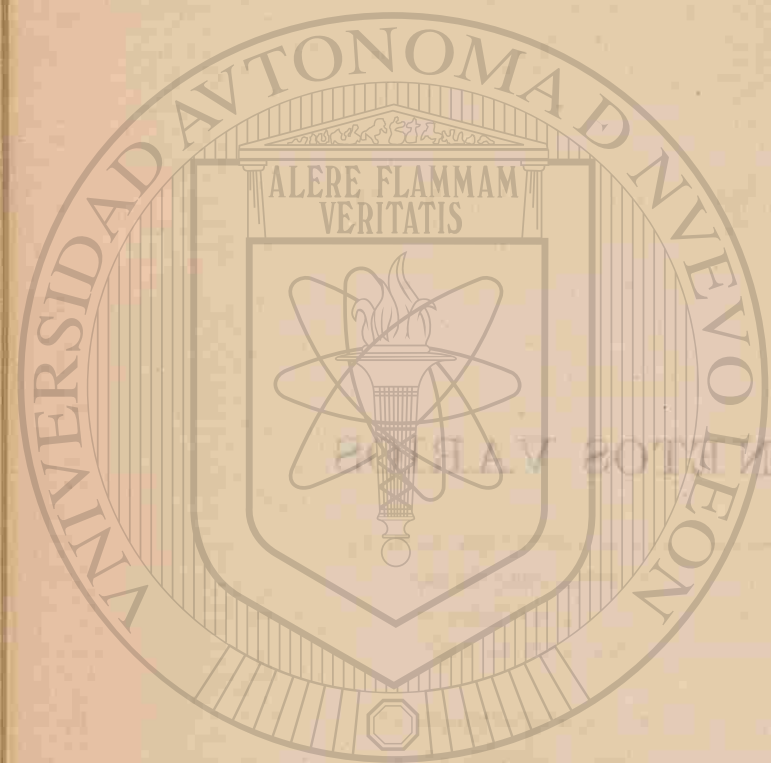
SONETOS VARIOS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

EN LA MUERTE DEL SEÑOR PIO IX.

*In nidulo meo moriar; et sicut Phoenix
multiplicabo dies meos.*

IOB.

En triste hoguera por el sol prendida
Único el Fénix se consume fuerte,
Sabido por instinto que la muerte
Es arteficio de alargar la vida.

Voraz la llama apenas extinguida,
Joven renace en su ceniza inerte;
Y por eso quizá su triste suerte
Es muy más envidiada que temida.

Así de Pedro el sucesor anciano:
Afligido de antiguas herejías
Trunca en pira su nido, el Vaticano.

Pero al morir, de sus cenizas frías
Renace como el Fénix soberano,
Y multiplica sus gloriosos días.

II

VEN TENANGO DEL VALLE.

Deus nobis haec otia fecit.

VIRGILIO.

Timida, insomne, apenas abrillanta
La aurora el bosque, y de colores suaves
Los cielos tiñe, al canto de las aves
Inmolo en templo humilde la Hostia santa.

Sigo y persigo con ligera planta
Mis greyes, libre de cuidados graves;
Me da su sombra, en vez de ricas trabes,
Un roble que hasta el éter se levanta;

Delia su luz; los árboles sus pomas;
El arroyuelo que á mis pies murmura
Sus cristales; las flores sus aromas;

Y el cefirillo inquieto, en la espesura
Compite en el gemir con las palomas
Y me regala ensueños de ventura.

VI

III

Et de petra, melle saturavit eos

Ps. LXXX.

Es agraciada y noble, y no le arredra
A Diana, cuando Febo se avecina,
Con temblosa diadema y peregrina
Ceñir la frente de la humilde hiedra.

Y en el abra negruzca de la piedra
La abeja esconde su fragante mina;
Y el fruto ostenta la silvestre encina,
De vid dorada que á su abrigo medra.

Tú, Dios eterno, Espíritu fecundo
Que haces brotar de mieles el tesoro
Del seno de las rocas infecundo,

Darme quisiste, en vez de plata y oro,
Para atenuar mis penas en el mundo
Avena grácil y rabel sonoro.

IV

AL CAER LA TARDE.

Del bosque amé la magestad serena
 Cuando tramonta el sol y el mundo esquiva;
 Esta quietud, para otros repulsiva,
 Es lo que más me agrada y enajena.

En torno mío la última cadena
 De montes, se corona de luz viva;
 De luz crepuscular que más se aviva
 Si viene no muy lejos luna llena.

Este crujir de las caídas hojas
 Si las huella, los plácidos rumores
 Del maíz que ya cuelga sus panojas.

Y estos del río acentos plañidores,
 De mi espíritu amenguan las congojas
 Y adormecen del cuerpo los dolores.

IV

A UNA TÓRTOLA.

Huésped del bosque y júbilo y decoro,
 Al despertarse cuando rompe el día,
 El cefirillo, infunde su alegría
 Al de las aves encumbrado coro.

Se abate y roza con sus alas de oro
 La tibia sien de la fontana umbría,
 Y la acaricia con tenaz porfía
 Hasta que suelta el murmurar sonoro.

De ti no más, emblema del herido
 Enjuto corazón, de ti, no alcanza
 Otro halago Favonio que un gemido.

Dulce avecita, sigue: no hay mudanza
 Posible para ti, porque has nacido
 Destinada á llorar sin esperanza.

VI

Á UNA FLORECILLA.

¡Humilde flor! Ninguno tu corola
Admira blanda y de gentil decoro,
Ni tus estambres saturados de oro,
Ni tu perfume suave de viola.

Naces y mueres retirada y sola;
Te aduerme joven el malvís canoro;
Y en tu muerte la aurora de su lloro
Deja en tus sienes trémula aureola.

Amiga flor, en tu purpúreo seno
Recoge y guarda el llanto que gotea
De quien, cual tú, vegeta en suelo ajeno.

¿Cuándo querrá la suerte que te vea
De mi cabaña en el umbral sereno
Y en el ejido de mi dulce aldea?

VII

Á UN POETA.

Omnia fert aetas.

VIRGILIO.

Como en el mar las naves voladoras,
Como en las algas gélido el rocío,
Como en declive el espumoso río,
Resbalan, Tirsi, las fugaces horas.

Dulce poeta, ¿por ventura ignoras
Que el grave Otoño sucedió al Estío,
Y que sus alas bate el cierzo frío
Sembrando sus escarchas roedoras?

¿Cómo es que pides versos ¡inocente!
Al bardo lugareño, que marchito
Ostenta el lauro en la surcada frente?

Huyó ese tiempo de cantar bendito:
Y á mi lira dorada y plectro ardiente
Les dije adiós, en lastimero grito.

VIII

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

*Debita sparge lachryma favillam
Vatis amici.*

HORACIO.

Pálido, triste, en perezoso vuelo
Traspone el sol la blanquecina sierra;
Y le lloran las aves, y la tierra
Empapa con sus lágrimas el cielo.

¡Nada más justo! al temeroso hielo
De fuente y nidos con su luz destierra;
Y con la noche en victoriosa guerra
Cambia en zafir el turquesado velo.

Y al esconder la frente en el hirsuto
Sombrio monte Febo enamorado
¿Se pagará de aqueste amor y luto?

¡Ay, Delio, amable Delio! el ser llorado
En muerte, infunde al corazón enjuto
Brios que templan el rigor del hado.

IX

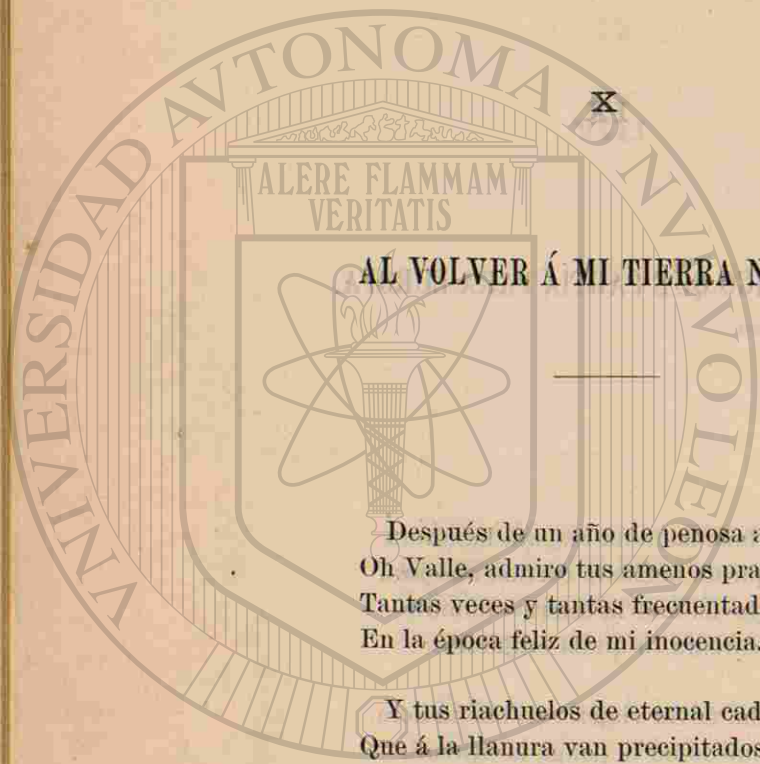
Á UN AMIGO QUE PARTÍA PARA EUROPA.

No bien mañana rasgará la aurora
De aquesta noche la cortina obscura,
Cuando del mar la esférica llanura
¡Ay! surcará tu quilla erujidora.

Anda, novel viajero, en buena hora.
¡Que miedo no te ponga la bravura
De ola encrespada; ni la brisa impura
Te dañe, ni nostalgia roedora!

Y del sol á los últimos reflejos,
Ya que destrence, al comenzar su giro,
Blanca Delia sus húmidos cadejos,

Sube á cubierta; y flébil un suspiro
Exhala cuando mires los bermejos
Celajes en el cielo de zafiro.



X
AL VOLVER Á MI TIERRA NATAL.

Después de un año de penosa ausencia,
Oh Valle, admiro tus amenos prados;
Tantas veces y tantas frecuentados
En la época feliz de mi inocencia.

Y tus riachuelos de eternal cadencia,
Que á la llanura van precipitados,
Los mismos son; los mismos tus collados
Que otro tiempo alegré con mi presencia.

¡Ah, dulce patria, objeto de mi anhelo!
Si adverso el hado me encadena ahora
Lejos de tu almo y esplendente cielo,

Que á lo menos tu brisa bullidora
Acaricie mi tumba en este suelo
A la luz apacible de tu aurora.

XI

Á UN POETA.

*Dignum laude virum
Musa vetat mori.*

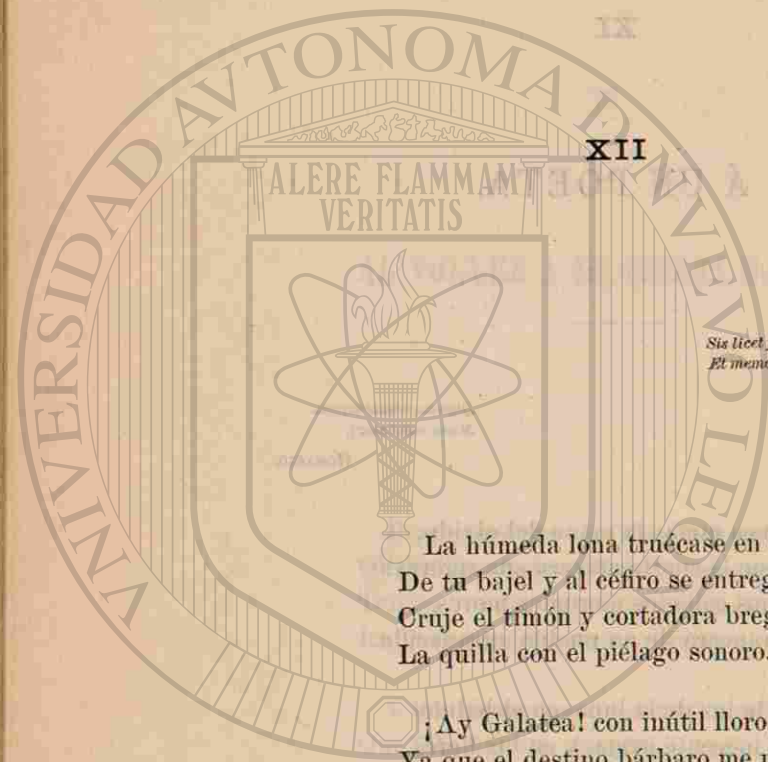
HORACIO.

Nunca jamás la mano del olvido,
Aunque la suerte acrezca sus rigores
O en los collados eternos mores,
Te arrancará de un pueblo agradecido.

En la luz de la luna, en el balido
De la inocente oveja, y en las flores,
Y del aura en los místicos rumores
Tan vivo quedarás como has vivido.

Cruel la envidia, que con ágil planta
Hoy te persigue, flébil á tu lado
Veráse y muda ante desdicha tanta.

¡Sólo el poeta, del sepulcro helado
Y mil veces más vivo se levanta
Y más querido y triunfador del hado!



XII

*Sis licet felix ubicumque moris
Et memor nostri Galatea vivas.*

HORACIO.

La húmeda lona truécase en decoro
De tu bajel y al céfiro se entrega;
Cruje el timón y cortadora brega
La quilla con el piélago sonoro.

¡Ay Galatea! con inútil lloro,
Ya que el destino bárbaro me niega
Partir contigo, de tu patria vega
Quedo á empañar las arenillas de oro.

Dejas sin tino ¡miserable engaño!
Por otro cielo tu apacible aldea,
Yermo el hogar, y huérfano el rebaño.

Mas aunque tu querer atenacea
El alma mía, no te quepa daño:
Y, cura no me olvides, Galatea.

XIII

Gustavi paululum mellis et ecce morior.

REG. I. XIV.

Pulsa mis sienes Febo y me convida
Con el labio á tocar su copa avara;
Y de laurel un ramo me depara
Que fué otro tiempo mi ilusión querida.

¡Amable Jonatás! La miel cogida
Y apenas con la punta de tu vara
¡Cuán amargosa para ti! ¡Cuán cara,
Si estás en riesgo de perder la vida!

¡Ay! Esta que libé pequeña gota
Me ha emponzoñado; y bárbara dolencia
A suspender me obliga el arpa rota.

Y el torpor con su ingrata soñolencia
Y tedio, al par que el sufrimiento agota
Va minando mi débil existencia.

XIV

AL AMANECER.

Rompe la flor el nacarado broche
Fragante y bello; el cielo se engalana;
Y trina el ave al asomar Diana
Risueña y pura en argentado coche.

El séquito brillante de la noche
Huye despavorido; y queda ufana
La estrella matutina cual sultana,
Superior á la envidia y al reproche.

Las tiernas hayas mece gemebundo
El viento; y del peñón por un taladro
Rápido el río arrójase y facundo;

Lanza el mochuelo su postrer baladro;
Y en pabellón de nieblas duerme el mundo
Mientras contemplo tan grandioso cuadro.

XV

AL PARTIR DE TENANGO DEL VALLE.

Amadas ovejitas. . . ; Oh tormento
Inefable y cruel! llegó el temido
Fatal instante; y del pastor querido
Vais á escuchar el postrimer acento.

Si no en la vida os esquiló avariento,
Si os ama tanto, y acudió afligido
Cuando exhalabais el menor quejido,
No deis ingratas su memoria al viento.

Os queda otro pastor, que á las hermosas
Y saludables cristalinas fuentes,
Os llevará en las tardes calurosas.

No os fiéis, no, de pérdidas corrientes;
Ni gustéis, por piedad, hierbas dañosas
Que á la vista parecen inocentes.

XVI

AL TERMINAR EL DÍA.

Cansado el sol del blanquecino monte
En el blondo cabello hunde la frente;
Céfiro juguetón riza la fuente,
Y se tiñe de gualda el horizonte.

Con su hacha al hombro torna el guardamonte
Melodiosa canción dando al ambiente;
Robusto el labrador busca impaciente
Su hogar y llama á quien el lecho apronte.

Y las aves, perdidas ya sus galas,
Vuelven al nido y la última armonía
Entonan al plegar sus dulces alas.

¡Todo respira paz y poesía!
Yo... sólo aspiro á las etéreas salas
Donde hallará reposo el alma mía.

XVII

*Debita sparge lacrymâ favillam
Vatis amici.*

HORACIO.

Oh Delio, cuando muera, en el ejido
De mi lugar y en donde más resuena
Aquel mi río de brillante arena,
Me enterrarás al pie de roble erguido.

Otro favor: de tórtolas un nido
Traspón encima; y hábil encadena
Con mimbre y trébol mi silvestre avena
A su tronco de musgo revestido.

Y en las mañanas, cuando tiñe de oro
El sol las nubes y la fuente riza
Aleteando el céfiro sonoro,

Deja tu lecho; deja tu pajiza
Cabaña, Delio; y ven con tierno lloro
A regar de tu amigo la ceniza.

XVIII

A UNA FUENTE.

Ni el blando arrullo de vernal ambiente,
 Ni la llovizna que mi techo cala,
 Ni el pajarillo sacudiendo el ala,
 Te pongan celos, rumorosa fuente.

Llevas ceñida la cerúlea frente
 De ovas y espuma, tu aderezo y gala;
 Y te corteja el iris y regala
 Tu voz mi oído y soñadora mente.

Das á las ciervas al rayar la aurora
 Tu blanco pecho; y en perenne vida
 Mantienes al rosal que te colora;

Y la torear paloma, embebecida
 En ti se mira, y al mirarse llora;
 Y en tu margen escóndese y anida.

XIX

XIX

; Dulcísima esperanza, hija del cielo!...
 Ven, abandona las empíreas salas;
 Despliega sobre mí tus blondas alas
 Y temple mi profundo desconsuelo.

Es la vida sin ti continuo duelo;
 Aun la misma virtud pierde sus galas,
 Su atractivo y poder, si tú no exhalas
 Suave tu aroma en el ingrato suelo.

Por ti el enfermo á quien la suerte dura
 En tosco lecho á padecer condena
 Amargo cáliz resignado apura.

Y al son por ti de la tenaz cadena
 Que al par que me ata, el corazón tritura,
 Canto á veces y alterno con mi avena.

AL VÉSPERO.

No envidio tu fulgor, querida estrella
De la tarde, ni el aire con que á veces
Sigues al sol y hundida te estremeces
En su manto imperial de grana bella.

Ni si entre ciento tu beldad descuella
Cuando al llegar la noche en brillo creces,
Y á instantes como lámpara te meces
Mi corazón exhala ruin querella.

¿Envidia? no: mas sí me pone celo;
Un celo blando, justo, inofensivo,
Pensar que alumbras mi dorado suelo. . .

Mi húmedo Valle. . . Dile que no vivo:
Y ni puedo vivir bajo otro cielo
Si queda el alma en el hogar nativo.

¡Jamás un ramo de risueña oliva
Ay Delio, Delio ceñirá mi frente!
¡Nunca una hoja me dará luciente
De su espléndido manto palma altiva!

Fragante el mirto mi presencia esquiva;
Mustio el laurel á orillas del torrente
Se esconde; y se hunde en la callada fuente
Por no verme la dulce sensitiva.

¡Solo crinado un sauce triste asoma
Y un fúnebre ciprés. . .! No hay ruiseñores
Que el lloro estorben de torcaz paloma.

¡Vate infeliz, sin ilusión ni amores,
Deja el laúd en esa calva loma
A merced de los vientos silbadores!

XXII

AL TERMINAR EL OTOÑO.

Diáfano el aire, cobra nuevo brillo
Radiante el sol en la azulada esfera;
Encanece la parda cordillera
Y se visten los campos de amarillo;

Presas las aguas en su verde anillo,
Recibe el lago en su hispida junquera
De tordos la falanje aventurera
Que le adormecen con cantar sencillo.

¡Qué triste perspectiva! ¡Yerto el prado...
Yertos los ríos... yerta la llanura
Del cierzo aterrador al soplo helado!

¡Ay de mi Valle la eternal verdura!
Mi Valle siempre en flor y serpeado
Por aquellas corrientes de agua pura.

XXIII

AL XUXTEPETL.

AL TORNAR POR LA VEZ PRIMERA Á TENANGO DEL VALLE.

¡Guardián del valle, que de azul y gualda
En alto solio tu cabeza erguida
Airoso elevas cana y mal ceñida
De roble y pino en húmeda guirnalda!

Libre y feliz, á tu amorosa falda
Logré atenuar las penas de mi vida;
¡Y hoy?... ¡Sólo mi cabaña derruida
Cobijas con tu manto de esmeralda!

En tu gemir de agreste melodía,
En tu hálito aromoso, en tu severo
Mirar, ya no hallo encanto y poesía.

Oh monte, monte de quietud venero,
En tu ardua selva rumorosa y fría,
Acógeme ya pobre y forastero.

XXIV

EL PINO.

Hay en mi pueblo un árbol cuya altura
Nadie alcanzó á medir: es un sabino
Que el soto envuelve del raudal vecino
Con regio manto de eternal verdura.

Lleva su calva frente al aura pura
Con donaire; furioso el torbellino
No logra menear el viejo *pino*
Gala y padrón de mi natal llanura.

¡Cuántas veces al pie de aquel gigante,
En mi niñez, la sombra apetecida
Buscaba sudoroso y anhelante!

¡Cuántas... oh Dios... en la estación florida,
De su regazo fué mi madre amante
A arrancarme temiendo por mi vida!

XXV

Á MI CANARIO.

Canario mío de color divino,
Exiguo, tenue, centro de elegancia,
Suave el plumón aun llevas de la infancia
Y ya me alegras con tu dulce trino.

Del rudo tronco de nudoso encino
Pende tu jaula en mi tranquila estancia;
Y junto á mí respiras la fragancia
Que trae el viento del jardín vecino.

Si ambos vivimos lejos de la tierra
De nuestros padres, si ambos forasteros
Somos en esta tempestosa sierra,

Cantemos pues los dos. A vocingleros
Gorjeos, ave, tu garganta cierra;
Y modulemos sonos lastimeros.

XXVI

A UNA FLOR.

¡Gala del valle, pudoroso nardo,
Que sólo alientas en el campo bello,
Que humilde apoyas tu nevado cuello
De acacia virgen sobre el tronco pardo!

En las mañanas joven y gallardo
Temblante aguardas el primer destello
Del sol, mostrando de pureza el sello
Entre las greñas del lascivo cardo.

¡Ah, pobre flor! Si tu marchita frente
Hoy á la tierra lánguida se inclina
Buscando el musgo de tu amiga fuente,

Muy lejos yo de mi natal colina
También respiro el extranjero ambiente
Sintiendo que mi muerte se avecina.

XXVII

AL SOL PONIENTE.

¡Adiós, oh sol! . . . De púrpura suprema
Su lecho Tetis y de blonda espuma
Te indica muelle, y transformada en bruma
Encubre tu magnífica diadema.

¡Adiós! . . . ¡Acaso por la vez postrema
Te admiro! . . . Acaso el hado que me abruma
En esta noche súbito consuma
Aqueste fuego que ávido me quema.

Si de tu rojo tálamo y luciente
Por la mañana tímido el lucero
Descorre la cortina transparente,

No tardes, nó, levántate ligero;
Ven presuroso y en mi helada frente
Imprime, oh sol, el ósculo postrero.

XXVIII

A UN CAZADOR.

Trahit sua quemque voluptas.

VIRGILIO.

Si vas, Enrique, vigoroso atleta,
No bien Diana en el Oriente asoma,
De breñal en breñal, de loma en loma
Armado de mortífera escopeta;

Si dejas olvidada la corneta
Y aun la valija y túrgida redoma
Al vislumbrar á errática paloma
O el graznido al oír de la garceta;

Si á fuer de gavilán la garra afilas
Atisbando á las tórtolas hurañas
El día entero en las ahumadas lilas;

Hijo del alma, dime: ¿por qué extrañas
Que el poeta inocente sus pupilas
Clave en pájaros, fuentes y montañas?

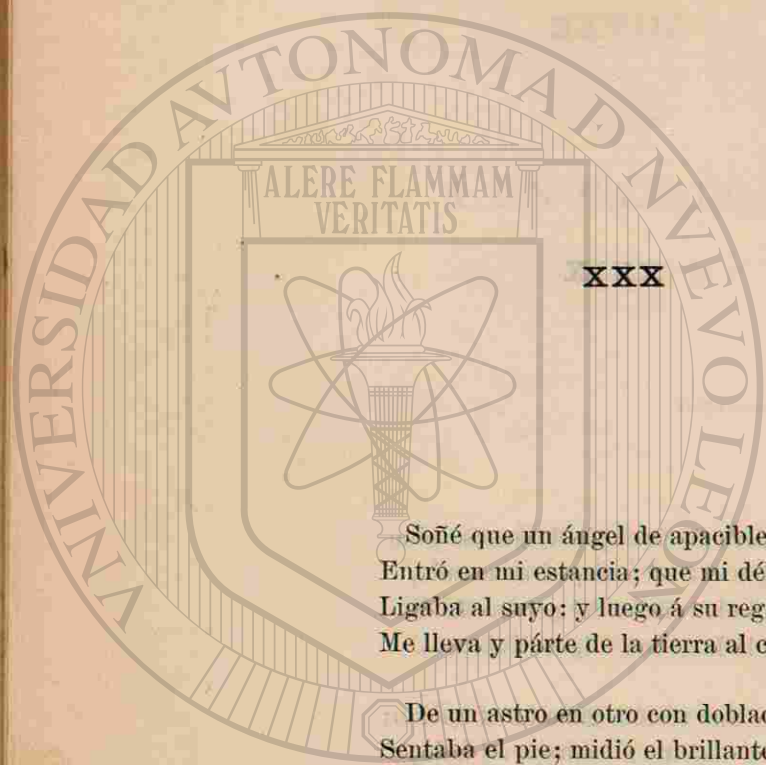
XXIX

Quiero morir al pie de grueso pino
Y sobre el fresco césped recostado,
Cuando los riscos del peñón alzado
Bañe la luna con fulgor divino;

Que una tórtola gima en el encino;
Que se lamente el céfiro á mi lado;
Y que plañendo, silencioso el prado
Un arroyuelo cruce peregrino.

Y quiero, Fabio, que de verde palma
Y de laurel cortado en la espesura
Ciñas mi frente en venturosa calma;

Que tañan los zagales con dulzura
Junto á mí sus rabeles: y mi alma
Irá tranquila á la celeste altura.



Soñé que un ángel de apacible vuelo
Entró en mi estancia; que mi débil brazo
Ligaba al suyo; y luego á su regazo
Me lleva y parte de la tierra al cielo.

De un astro en otro con doblado anhelo
Sentaba el pie; midió el brillante lazo
De Saturno, y aquel nubloso trazo
Que mancha y corta el turquesado velo.

De vuelta al mundo, mi celeste guía
Al señalarme la creciente luna
Sonriendo, al oído me decía:

*Hijo, nacer poeta es gran fortuna:
Y si buscas belleza y poesía
Mírala rielar en la laguna.*

LXXXI

LXXXI

Ora te vea, en matinal rocío,
Viniendo Abril, ceñir de la verbena
Las mustias sienes; ó en copiosa vena
Saciar la sed del árido plantío;

Enturbies ora el diáfano vacío
En parda nube cuando el rayo truena;
O bajas impetuosa á la serena
Fértil llanura en el sañudo Estío;

Va traspongas de arena tu baluarte
Bramadora esquivando la sevicia
Del Bóreas que se alegra de inquietarte;

Ya, si el céfiro blando te acaricia,
Murmures, agua bella, en admirarte
He cifrado entusiasta mi delicia.

XXXII

Á UN AMIGO QUE RETORNABA Á MI TIERRA NATAL.

¡Adiós, Arnaldo!... Del nativo suelo
Pronto verás el húmedo collado,
Y sus bosques magníficos y el prado
Con su alfombra de verde terciopelo.

Pronto verás su inmensurable cielo
Al tardecer, azul y arrebolado;
Y de la casta Delia el regio estrado
Retratarse en el lúbrico arroyuelo.

Y el sabino verás que se levanta
Con blanquizca y flotante cabellera
Del cerro en la poética garganta.

¡Ah, quién los grillos sacudir pudiera!...
Anda tú; y al mirar belleza tanta
Un recuerdo conságrame siquiera.

XXXIII

ENVIANDO UNA COPA DE MIEL SILVESTRE.

No es ambrosía ó néctar lo que encierra
En su seno esta copa abriantada;
Es una miel fragante y delicada
Recogida en los bosques de mi tierra.

A quien ludibrio de la suerte yerra
De lar en lar, del monte á la planada,
No es mucho que le anuble la mirada
Un girasol de su nativa sierra.

Ángel querido, suspendió su vuelo
La casta abeja por libar las flores
Purpúreas del selvático ciruelo;

De allí labró esta miel. Y los pastores
Me la han traído con doblado anhelo
Porque soy el imán de sus amores.

XXXIV

A UN POETA.

¡Delicia y gala de la selva umbría,
Viola tropical, Marón indiano,
Que diestro, al caramillo siciliano
Haces verter raudales de armonía!

A la fontana que resbala fría
Robaste su gemir; al mar su arcano;
Los arrullos al céfiro galano;
El trino al ave; al Hibla su ambrosía.

El cardo azul, anémone y violeta
Con la hiedra se enlazan reluciente
Y festonan tu mágica paleta.

Y deja el trébol la nativa fuente
Por ligarse al laurel, oh gran poeta,
Que asombra ufano tu ardorosa frente.

XXXV

Yo os quiero preguntar, señor Vicario:
¿Por qué con más placer el Hermosilla,
Un soneto, leéis, ó una letrilla
Que el Billuart, el Berardi y el Breviario?

¡Por Baco!... Sois un hombre estrafalario:
Ese afán el cerebro os aniquilla;
Y... por oler silvestre florecilla
Dejais atrás el místico incensario.

De Ezequiel repasad con flemma y juicio
El sagrado volumen; y un sustento
Hallaréis, si no grato, más propicio.

¡Por vuestra vida!... meditad atento
El capítulo octavo; y fiero indicio
Será, el que no os sirva de escarmiento.

XXXVI

A MI URRACA.

Hija locuaz de la apartada zona
 Que el Atoyac salpica con su espuma,
 Que un sol de fuego con su peso abruma,
 Urraca singular, ave ladrona;

¿Mi lápiz dónde está?... ¿Por la corona
 Que llevo, juro que tu audacia es suma!
 ¿En dónde mi papel? ¿dónde mi pluma?...
 ¿Qué pesares tu instinto me ocasiona!

¿Quisiera!... Pero nó; prosigue: ufana
 Vuelca, destruye, roba... que un tesoro
 Por ti daría; mi escritorio allana.

Ven, llégate, avecilla. Conmemoro
 ¿Ay Dios! que te amansó mi dulce hermana:
 Por eso al verte me sofoca el lloro.

Tenango del Valle, 1881.

XXXVII

A MI CABALLO.

No viene de Bucéfalo ó Babieca,
 Ni del tardo y sufrido Rocinante,
 Ni fué jamás de caballero andante,
 Este caballo que de manso peca.

Puede montarle, y aun llevar su ruca,
 Cualquiera Filis; y él, de buen talante,
 La tierra oliendo, seguirá adelante
 El pajuz rebuscando y fronda seca.

Y aunque así sea; mi rocín querido,
 De Tenango en el valle polvoroso,
 Incansable diez años me ha servido.

Que si no es muy ligero y animoso
 Sube montes enhiestos atrevido,
 Y de mil cuitas me ha sacado airoso.

XXXVIII

A MI URRACA.

¡Ah!.... ¡presa tú! Conmigo en las serenas
Verdes llanuras y áridas colinas
Libre moraste; y hoy el cuello inclinas
Amorosa besando mis cadenas.

Y del Gril por las márgenes amenas
Me seguías debajo las encinas;
¿Te acuerdas? Si las flores en espinas
Se truecan, compartamos nuestras penas.

Mas nó: la libertad, un don que el cielo,
Ave amiga, te diera generoso,
¿He de robarte? nó: ¡pese á mi anhelo!

Tiende las alas; vuelve al campo hermoso;
Y deja, deja que en extraño suelo
Espire solitario y pesaroso.

México, 1883.

De juncos y lotos
Que al impulso del aura se mecen,
Y te halagan con blando rumor.

Alloquor extremum mestos abiturus amicos.

Triste Alcino! La suerte enemiga
Te persigue con hórrida saña;
Es ya tiempo que dejes la caña
Y el agreste sonoro rabel.
Un pastor en la plácida vega
Fementido te afrenta y baldona;
Y de abrojos en dura corona
Trueca ingrato, el brillante laurel.

Deja, deja la gárrula fuente
Que al nacer en sus linfas retrata
Del rosal la encendida escarlata
Y del púdico lirio el albor;
Deja, deja los juncos y lotos
Que á su margen sin número crecen,
Que al impulso del aura se mecen,
Y te halagan con blando rumor.

Oh montañas, oh selvas, oh ríos,
 Mi tesoro, mi gloria y contento,
 Vais á ser de mi alma el tormento....
 ¿Cómo, cómo os pudiera olvidar?
 Otro bardo celebre felice
 Vuestro encanto con plectro divino;
 ¡Acogedle!.... sembrad su camino
 De jazmines y blanco azahar.

Tú, llanura, me has visto mil veces
 Recostado en tus muelles alfombras,
 Cuando cruzan errantes las sombras
 El espacio la tarde al morir;
 Y hoy me miras partir vagabundo
 Y elavar tremulante, de hinojos,
 En el cielo mis húmedos ojos
 Y mi frente á la tierra abatir.

Avecillas, que en tiempos mejores
 A los olmos y músico pino
 Preferiais los halagos de Alcino
 Y en sus palmas veniais á comer,
 Remontaos; y en las hispidas copas
 Vuestro duelo exhalad en querellas;
 Y en el césped buscando mis huellas
 Os encuentre la Aurora al nacer.

Mopso, Mopso, ¿qué mal correspondes
 La lealtad que mi pecho atesora!
 ¡Ya triunfaste! y con mano traidora
 Para siempre me alejas de aquí.
 ¿Y por qué?... Porque puse en tus manos
 (¡Pobre Alcino!) y en hora tremenda,
 Unas violas, selvática ofrenda
 Por humilde no digna de ti.

¡Doble el cielo tus goces, amigo!
 Vive, vive; y en paz venturosa
 Coronado de mirtos y rosa
 Nunca tomes el pulso al dolor;
 Mientras voy con el ánima herida,
 Sin que nadie comprenda mi duelo,
 Exhalado á buscar otro cielo,
 Otro ambiente y un campo mejor.

¡Vendrá tiempo en que lloren las peñas!...
 Y del bosque los dulces zagales
 Lamentando mis hados fatales
 De su Alcino tendrán compasión.
 Para entonces, no Mopso.... ¡os lo juro!
 Es quien ciego el laúd me arrebató;
 Es... que altivo su furia desata
 Sobre mí el espantable Aquilón.

ÍNDICE

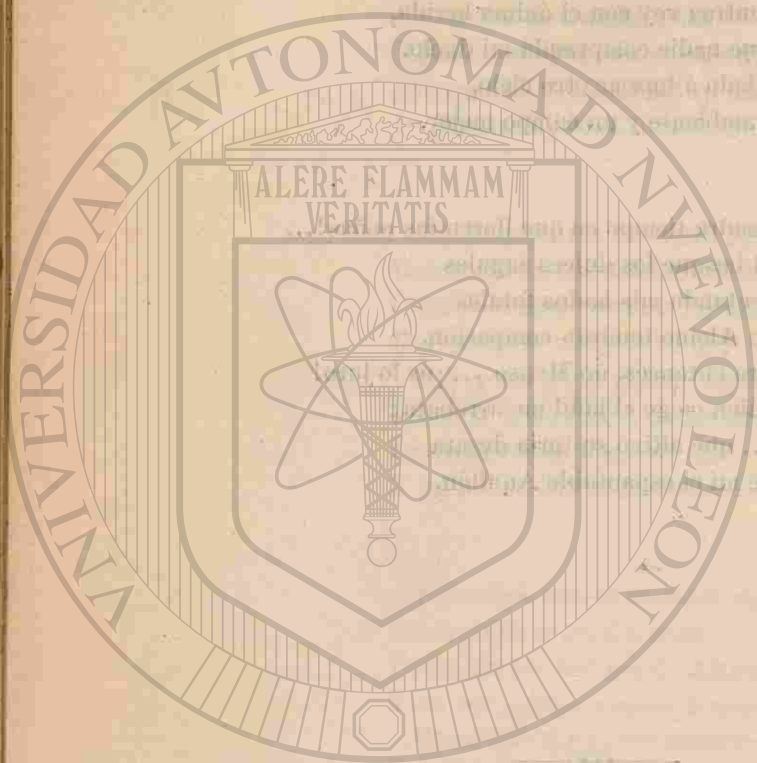
Prólogo	v
Corrigenda	xxxix

TRADUCCIÓN PARAFRÁSTICA
DE LAS ÉGLOGAS DE VIRGILIO.

Égloga primera	3
Segunda	9
Tercera	16
Cuarta	34
Quinta	41
Sexta	48
Séptima	53
Octava	63
Novena	69
Décima	74

POESÍAS ORIGINALES É IMITACIONES.

Epístola á Tirsi enviándole las Obras de Virgilio	81
Al emprender un viaje á Zamora el Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Dignísimo Arzobispo de México.—Oda	86
Al entrar en Zamora el Ilmo. Sr. Arzobispo de México.—Oda	89
Idilio	92
Epístola	97
Á un poeta.—Romance	103



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



Idilio.....	114
Elegía.....	120
Elegía.....	126
Al volver al campo.....	130

SONETOS RELIGIOSOS Y MORALES.

I. ¡Cándido lirio, rosa de escarlata.....	135
II. Lleno de amor, negado á las querellas.....	136
III. De Jonatás, su amigo y su delicia.....	137
IV. Dicen que el Tracio fué tan inspirado.....	138
V. No hay en el orbe estado ni grandeza.....	139
VI. Espejo de lealtad, flor admirable.....	140
VII. Doble el manzano de sus blancas flores.....	141
VIII. Dejó en Tesalia un cazador garrido.....	142
IX. De esbeltez peregrina, de hermosura.....	143
X. Pasó de Menfis la soñada gloria;.....	144

SONETOS PASTORILES.

I. Es hoy tu día, Mayoral querido.....	147
II. El crudo Norte con su aliento frío.....	148
III. ¡Montes ceñidos de verdor eterno.....	149
IV. Aquestó manso balbuciente río.....	150
V. Asoma, Filis, soñoliento el día.....	151
VI. Van de tropel cruzando los bermejós.....	152
VII. Parece mediodía. ¡Tanto alumbra.....	153
VIII. Soñaba, Delio, que un zagal extraño.....	154
IX. ¡Ves, Salicio, rodar en la cascada.....	155
X. Déjame aquí, pastor. Si amargo celo.....	156
XI. Me llamas feo, y sin razón, Estela.....	157
XII. Oye, pastor; inútiles tus quejas.....	158
XIII. Mi color te desplace: soy morena.....	159
XIV. ¡Cuánto me agrada, Flérida, el rüido.....	160
XV. ¡Quién me dijera ayer, undoso río.....	161
XVI. Quisiera, Delio, que en aquella altura.....	162
XVII. De airoso roble en la corteza dura.....	163
XVIII. ¡Adónde te encaminas y tan presto.....	164
XIX. Mirad, pastores.... ¡Cuánto los enojos.....	165
XX. Las nubecillas tíñense de grana.....	166
XXI. ¡Culpable yo, Leucipo? ¡Vana queja.....	167

SONETOS VARIOS.

I. En triste hoguera por el sol prendida.....	171
II. Tímida, insomne, apenas abrillanta.....	172
III. Es agraciada y noble y no le arredra.....	173
IV. Del bosque amé la majestad serena.....	174
V. Huésped del bosque y júbilo y decoro.....	175
VI. ¡Humilde flor! Ninguno tu corola.....	176
VII. Como en el mar las naves voladoras.....	177
VIII. Pálido, triste, en perezoso vuelo.....	178
IX. No bien mañana rasgará la aurora.....	179
X. Después de un año de penosa ausencia.....	180
XI. Nunca jamás la mano del olvido.....	181
XII. La húmeda lona truécase en decoro.....	182
XIII. Pulsa mis sienes Febo y me convida.....	183
XIV. Rompe la flor el nacarado broche.....	184
XV. Amadas ovejitas.... ¡oh tormento.....	185
XVI. Cansado el sol del blanquecino monte.....	186
XVII. Oh Delio, cuando muera, en el ejido.....	187
XVIII. Ni el blando arrullo de vernal ambiente.....	188
XIX. ¡Dulcísima esperanza, hija del cielo!.....	189
XX. No envidio tu fulgor, querida estrella.....	190
XXI. ¡Jamás un ramo de risueña oliva.....	191
XXII. Diáfano el aire, cobra nuevo brillo.....	192
XXIII. ¡Guardián del valle, que de azul y gualda.....	193
XXIV. Hay en mi pueblo un árbol cuya altura.....	194
XXV. Canario mío de color divino.....	195
XXVI. ¡Gala del valle, pudoroso nardo.....	196
XXVII. ¡Adiós, oh sol!.... De púrpura suprema.....	197
XXVIII. Si vas, Enrique, vigoroso atleta.....	198
XXIX. Quiero morir al pie de grueso pino.....	199
XXX. Soñé que un ángel de apacible vuelo.....	200
XXXI. Ora te vea, en matinal rocío.....	201
XXXII. ¡Adiós, Arnaldo!.... Del nativo suelo.....	202
XXXIII. No es ambrosia ó néctar lo que encierra.....	203
XXXIV. ¡Delicia y gala de la selva umbría.....	204
XXXV. Yo os quiero preguntar, señor Vicario.....	205
XXXVI. Hija locuaz de la apartada zona.....	206
XXXVII. No viene de Bucéfalo ó Babiéca.....	207
XXXVIII. ¡Ah!.... ¡presa tú! Conmigo en las serenas.....	208
Conclusión.....	209

